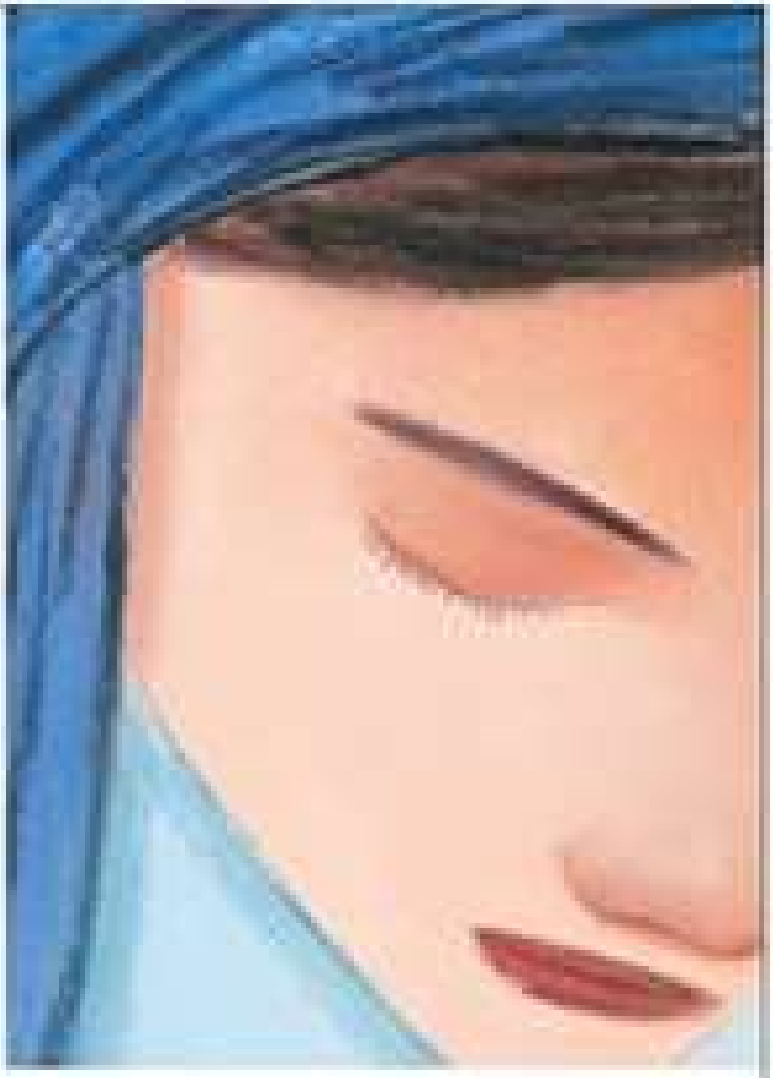
Tamar

Rahab

Ruth

Bathsheba

Mary



One of five unlikely women who changed eternity

A NOVELLA

UNAFRAID

Francine Rivers

Introducción

QUERIDO LECTOR,

Esta es la quinta de cinco novelas sobre las mujeres en el linaje de Jesucristo. Estas fueron mujeres orientales que vivieron en tiempos antiguos, y sin embargo sus historias se aplican a nuestras vidas y a los difíciles problemas que enfrentamos en nuestro mundo de hoy. Estaban al límite. Tenían valor. Se arriesgaron. Hicieron lo inesperado. Vivían vidas atrevidas, y a veces cometían errores, grandes errores. Estas mujeres no eran perfectas, y sin embargo Dios, en su infinita misericordia, las usó en su plan perfecto para dar a luz al Cristo, el Salvador del mundo.

Vivimos en tiempos desesperados y problemáticos, cuando millones de personas buscan respuestas. Estas mujeres señalan el camino. Las lecciones que podemos aprender de ellos son tan aplicables hoy como cuando vivieron hace miles de años.

Tamar es una mujer de esperanza.

Rahab es una mujer de fe.

Ruth es una mujer de amor.

Betsabé es una mujer que recibió gracia ilimitada.

María es una mujer de obediencia.

Estas son mujeres históricas que realmente vivieron. Sus historias, como les he dicho, se basan en relatos bíblicos. Aunque algunas de sus acciones nos parezcan desagradables en nuestro siglo, necesitamos considerar a estas mujeres en el contexto de sus propios tiempos.

Esta es una obra de ficción histórica. El bosquejo de la historia es proporcionado por la Biblia, y he comenzado con los hechos que se nos han proporcionado allí. Construyendo sobre esa base, he creado acción, diálogo, motivaciones internas y, en algunos casos, personajes adicionales que siento que son consistentes con el registro bíblico. He intentado permanecer fiel al mensaje bíblico en todos los puntos, añadiendo sólo lo que es necesario para ayudarnos a entender ese mensaje.

Al final de cada novela, hemos incluido una breve sección de estudio. La autoridad suprema sobre la gente de la Biblia es la Biblia misma. Les animo a que lo lean para una mayor comprensión. Y oro para que al leer la Biblia, usted se dé cuenta de la continuidad, la consistencia y la confirmación del plan de Dios para las edades, un plan que lo incluye a usted.

Francine Rivers

DEVOTA

MARIA

PREPARANDO LA ESCENA

—Tienes otra hija. —La partera levantó a la bebé que lloraba mientras Ana se desplomaba sobre su lecho, exhausta después de las horas de parto.

El corazón de Ana se desmoronó con la noticia. Giró el rostro hacia la pared para no mirar a la partera mientras cortaba el cordón, lavaba a la bebé y le frotaba sal sobre su cuerpito tembloroso para prevenir las infecciones.

—Tu hija —dijo la mujer mayor.

Tiernamente, Ana tomó en sus brazos a la arrugada niñita, sabiendo que su esposo se sentiría amargamente decepcionado. Él había estado ayunando y orando por un hijo varón.

Besó a la bebé y la levantó para que la partera la tomara.

—Dale la niña a su padre para que la bendiga.

Cuando la mujer salió de la casa, Ana se movió en el lecho, estremeciéndose por el dolor. Trató de escuchar qué decía su esposo, pero lo que oyó fue la voz emocionada de su hija mayor, María.

—¿Puedo cargarla, padre? Por favor. Ah, es tan dulce.

Joaquín habló en un tono de voz demasiado bajo como para que Ana escuchara. Cuando entró en la casa, lo miró a los ojos. Aunque no la miró con reprobación, Ana vio que estaba decepcionado. Agachándose, colocó de nuevo a la recién nacida en sus brazos. ¿Qué podía decir él que trajera alivio a sus corazones? Dios no había considerado conveniente darles un varón.

—La amo —dijo María, entrando en la casa.

—Todos la amamos —dijo Joaquín rápidamente.

Ah, pero Ana entendía. Un varón trabajaría a la par de su padre. Un varón iría a la sinagoga y le daría distinción a su padre. Un varón mantendría a su madre si el padre moría. Un varón crecería y algún día podría levantarse en contra de los opresores de Israel. O, incluso, podía resultar ser el tan esperado Salvador, el Mesías por el cual oraba todo Israel.

En cambio, ¿una niña? ¿Para qué servía una niña, más que para compartir los quehaceres domésticos? No sería más que otra boca que alimentar hasta que llegara el momento en que su padre le encontrara el marido adecuado.

—He pensado en el nombre Débora —dijo Ana en voz baja, con la cabeza inclinada. Esta bebé era más delicada que la primera, pero su rostro tenía una dulzura que había llegado a lo más profundo del corazón de Ana.

—La llamaremos María.

—Pero María es *mi* nombre —dijo la hermana mayor, mirando a su padre y a su madre.

Joaquín puso una mano sobre su cabeza y habló suavemente:

—Tu hermana será la *pequeña* María.

Ana extendió la mano hacia su hija mayor.

—No te angusties, querida mía. Ve afuera para que pueda hablar con tu padre. —Cuando estuvo a solas con Joaquín, lo miró—. ¿Por favor, podrías considerar otro nombre, esposo mío? Débora es un nombre fuerte. Y, además, hay muchas Marías. Se ha vuelto el nombre más común en todo Israel.

—Y cuando haya suficientes, ¡quizás el Señor, por fin, escuche nuestro clamor! —La voz de Joaquín se quebró. Sus mejillas se sonrojaron y miró hacia otra parte—. Se llamará María. —Salió de la casa. Ana escuchó que le decía a su hija mayor que jugara con sus amigas y que dejara sola a mamá para que descansara.

Ana estudió el rostro de su hija recién nacida.

—María —susurró—. Mi preciosa pequeña María. —Su corazón estaba acongojado porque sus dos hijas tenían un nombre que significaba «amargura y sufrimiento». El nombre *María* expresaba la profunda desesperación que sentía cada judío bajo la opresión de los conquistadores romanos. *María* era un grito pidiendo auxilio al Señor.

Levantando un poco las rodillas, Ana acunó a la bebé sobre sus muslos. Desenvolvió su ropa y acarició los bracitos, observó las piernas arqueadas por los nueve meses que había estado en el vientre. Las lágrimas caían por las mejillas de Ana mientras besaba la manito que sujetaba su dedo. La piel de la pequeña María era más suave que la de un conejito bebé. «Señor, Señor, por favor, haz que su nombre represente algo más que amargura y sufrimiento. Que llegue a transformarse en el Señor es mi fortaleza. Que sea confía en Dios y no dejes que nada derrote la fe que hay en ti. Oh, Señor… —Lloró suavemente mientras acercaba a la bebé a su pecho—. Que el nombre *María* nos recuerde cómo obedecer sin miedo».

UNO

María se sentó sola bajo un árbol de mostaza y se cubrió el rostro con las manos. ¿Se sentirían así todas las novias cuando se firmaba su contrato y se entregaban los regalos nupciales, cuando su futuro quedaba decidido por la voluntad de otros? Se estremeció ante la idea de pasar la vida con un hombre que apenas conocía, además de ser un hombre admirado que se había hecho amigo de su padre luego de que llegara a Belén, tres años atrás.

—Es de nuestra tribu, Ana —había informado Joaquín después de reunirse con José en la sinagoga—. Y es descendiente del linaje real de David.

—¿Está casado? —Su madre miró de reojo a María.

De ese modo pusieron en marcha los planes para su futuro, pues su padre no perdió tiempo en averiguar que José estaba buscando esposa entre los de la tribu de Judá, una descendiente de David, una mujer de indiscutida fe y virtud. María sabía cuáles eran las ambiciones de sus padres. La hermana mayor de María se había casado con un nazareno, y sus padres tenían expectativas de casar a su hija menor con otro hombre de su propia tribu. Desde luego, debía ser devoto, bondadoso y capaz de proveer un buen hogar para ella y para los hijos que podía llegar a darle. Por eso, solían invitar al carpintero a su casa y José era receptivo a sus esperanzas.

—¿Por qué no buscó a una joven en Belén? —preguntó María a su madre una vez.

—¿Por qué preguntas semejante cosa? —Su madre estaba impaciente—. Solo acepta que Dios lo envió aquí, a Nazaret.

Su padre era menos propenso a creer que Dios podía involucrarse íntimamente en la vida personal de un humilde carpintero o de un hombre pobre con una salud deteriorada y una hija que pronto estaría en edad de casarse.

—José necesita trabajar como cualquier otro, y Séforis está creciendo. Los carpinteros y los trabajadores de las canteras pueden ganar más dinero ahí que en Belén.

Los hombres habían empezado a hablar de casamiento, pero, cuando su padre murió, el futuro de María quedó en manos de su madre. Y ella tenía la intención de arreglarlo cuanto antes.

—Tu padre quería darte más tiempo, María —le había dicho—, pero el tiempo puede ser un enemigo. Estás lista para casarte y, teniendo en cuenta nuestra situación, no hay tiempo que perder. Ya hablé con José y él ha aceptado casarse contigo. Ahora, todo estará bien, María. No tendremos que valernos por nosotras mismas.

Sentada bajo el árbol de mostaza, María escondió el rostro entre sus brazos. ¿Habrían tenido que valerse por sí mismas? Dios prometía cuidar a quienes tenían fe en él. María creía en las promesas del Señor.

Lo único que siempre había deseado era estar cerca del Señor. Su corazón lo ansiaba. Lo anhelaba como el ciervo anhela las corrientes de agua. Cómo le habría gustado estar entre las personas que fueron rescatadas de Egipto. Cuán bendecidos fueron al ver los milagros de Dios, escuchar la ley por primera vez, contemplar el agua que brotaba de la roca y probar el maná del cielo. A veces, casi deseaba haber nacido hombre. Así podría haber ido a los acantilados desérticos de Qumrán y dedicado su vida a Dios.

¿Estaba inquieta porque era joven? La profunda sed que tenía por el Señor la frustraba. ¿Cómo podría amar al Señor Dios con todo su corazón, su mente, su alma y sus fuerzas si debía entregarse a un hombre? ¿Cómo podía amar completamente a Dios y, además, honrar debidamente a su esposo?

No obstante, comprendía la practicidad del matrimonio. Las mujeres eran vulnerables. Cuántas veces había escuchado los cascos de los soldados romanos acercándose a la pequeña aldea de Nazaret. Infinidad de veces los había visto en el pozo, llenando sus odres con agua. Luego, tomaban lo que se les antojaba comer de los ciudadanos resentidos y oprimidos. A veces también se llevaban a las mujeres jóvenes y las dejaban maltratadas y arruinadas. La vida podía ser insoportable para una mujer indefensa; especialmente, para las jóvenes. La madre de María le había enseñado que debía correr y esconderse al oír el ruido de los caballos o de la marcha de los soldados. El corazón se le estrujó de preocupación, porque ahora escuchaba que se estaban acercando.

La *Pax Romana* había traído cualquier cosa menos paz a Israel, pues el pueblo de María luchaba contra el dominio de Roma. ¿No sería más sensato para ella quedarse soltera, en lugar de casarse y traer hijos a un mundo como este? Muchos hebreos habían combatido con todo su ser las influencias helenísticas, alimentando sus quejas y avivando su odio hasta que se convirtió en violencia. Otros se volvieron traidores, rechazando al Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y adoptando las costumbres de sus conquistadores.

¿Dónde estaba Dios en todo esto? María sabía que Él era tan poderoso ahora como lo había sido cuando creó el mundo. ¿Estaría siendo desleal por cuestionarse si su pueblo había traído toda esta desgracia sobre sí mismo? Conocía la historia de su pueblo. Sabía cómo los había disciplinado Dios en el pasado para hacerlos volver a Él. ¿Por qué Israel tenía que repetir sus ciclos de desobediencia generación tras generación? Y ¿cuánto tiempo más pasaría hasta que Dios volviera a enviarles un salvador?

Desde que María tenía memoria, escuchaba que su pueblo pedía a gritos ser rescatado de la opresión romana.

Algún día, el Señor enviaría al Libertador, el que prometió luego de que Adán y Eva cayeron en desgracia, el que arreglaría todas las cosas y las haría nuevas. El Mesías. María oraba todos los días para que llegara… así como rogaba ahora, sentada a la sombra del árbol de mostaza, luchando con preguntas que sobrepasaban su entendimiento. Desgarrada por el mundo turbulento que la rodeaba, así como por su propio futuro que ya había sido decidido, María lloró pidiendo un Salvador.

Oh, Señor, ¿cuándo nos enviarás un Libertador? ¡Rescátanos de los opresores forasteros que traen ídolos de oro y que proclaman con prepotencia que su caprichoso emperador es un dios!

Debía dejar de luchar. Se casaría con José. El asunto estaba decidido. María honraría a su madre y obedecería.

Ay, Señor Dios de Israel, no comprendo estas cosas. ¿Está mal querer pertenecerte? Mi alma te ansía. Ayúdame a ser obediente, a ser la esposa adecuada para José, porque Tú eres soberano y debes haber escogido a este hombre para mí. Hazme una mujer conforme a Tu corazón. Crea en mí un corazón limpio y renueva un espíritu fiel dentro de mí.

Una rara sensación de cosquilleo se extendió por su piel. Se le erizó el cabello cuando levantó la cabeza y vio a un hombre parado frente a ella. Con el corazón palpitándole de terror, se quedó mirándolo, porque nunca antes había visto a nadie como él. ¿Parecía tan aterrador solamente por el sol que daba sobre su espalda?

—¡Saludos, mujer favorecida! ¡El Señor está contigo!

Temblando, se quedó quieta y en silencio, asombrada por esas palabras. Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos. Él seguía parado en el mismo lugar, mirándola con una paciencia amable. ¿Qué significaba ese saludo? ¿No eran favorecidos todos los del pueblo escogido de Dios? ¿Y por qué dijo que el Señor

estaba con ella? ¿Él era el Señor? Se llenó de miedo y volvió a cerrar los ojos, porque seguramente todo el que viera al Señor moriría.

—No tengas miedo, María, ¡porque has hallado el favor de Dios!

El sollozo que brotó en su garganta la tomó desprevenida, porque ¡nada quería más que agradar a Dios! Pero el Señor sabía cuán indigna era. Se ruborizó al recordar que, solo un momento atrás, se había resistido a la idea de casarse con José, aunque él amaba a Dios tanto como ella. ¡Y ahora este hombre decía esas preciadas palabras que la llenaban de regocijo!

El desconocido se acercó e inclinó la cabeza hacia ella.

—Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús.

Jesús. El nombre significaba «el Señor salva».

El ángel siguió hablando:

—Él será muy grande y lo llamarán Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de su antepasado David. Y reinará sobre Israel para siempre; ¡Su reino no tendrá fin!

María tragó saliva y su mente empezó a dar vueltas con las implicaciones que tenían sus palabras. ¡Estaba diciéndole que ella tendría al Mesías! Tan pronto como las palabras fueron dichas, se sintió atacada por un coro de voces tenebrosas.

¿Tú? ¿Por qué elegiría el Señor a alguien tan común? El Mesías no saldrá de una campesina nazarena cualquiera. ¡Qué perversidad es esta, que alguien tan indigna se atreva a imaginar que puede dar a luz al Mesías! Ignora a este loco. ¡Deja de mirarlo! Rechaza lo que te dice. ¡Cierra los ojos! ¡No digas nada!

Sin embargo, otra voz habló, una voz tranquila, una voz que su corazón reconocía.

¿Cuál es tu respuesta, María?

Se puso de pie y ladeó la cabeza mientras miraba al ángel.

—Pero ¿cómo podrá suceder esto? Soy virgen.

Él ángel sonrió con ternura.

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con Su sombra. Por lo tanto, el bebé que nacerá será santo y será llamado Hijo de Dios. Además, tu parienta Elisabet, ¡quedó embarazada en su vejez! Antes la gente decía que ella era estéril, pero ha concebido un hijo y ya está en su sexto mes de embarazo. Pues la palabra de Dios nunca dejará de cumplirse.

María tomó aire, sonriendo, y juntó las manos. ¡Oh! Ella sabía que Elisabet siempre había deseado tener un hijo. ¡Nada era imposible con Dios! Elisabet sería como Sara, quien tuvo a Isaac en su vejez. Sería como Ana, que consagró su hijo al Señor. La noticia hizo que la fe de María diera un salto. Quería salir corriendo a encontrarse con Elisabet y ver el milagro con sus propios ojos, pero el ángel estaba de pie delante de ella, esperando su respuesta en silencio.

Si decía que sí, sería la madre del tan esperado Mesías. Por qué el Señor había elegido hacerla participar en su plan era algo que ella no podía ni adivinar. Era analfabeta, pobre y vivía en una aldea perdida que la mayoría de los judíos menospreciaba. Sin embargo, por las lecturas de las Escrituras que escuchaba en la sinagoga, también sabía que Dios a menudo usaba a los más improbables e indignos para realizar Sus propósitos según Su voluntad. El ángel del Señor estaba pidiéndole que fuera parte del plan de Dios. Y todo su corazón y su alma gritaban un sí jubiloso.

¿Realmente piensas que puedes ser la madre del Mesías? ¿Crees que sabrás cómo educar al Hijo de Dios para que reine sobre Israel? **Las** voces tenebrosas otra vez.

No. No sabré cómo hacerlo, respondió su corazón. *Pero Dios sí.*

María se armó de valor y levantó la mirada.

—Soy la sierva del Señor. —Extendió las manos—. Y estoy dispuesta a aceptar lo que Él quiera. Que se cumpla todo lo que has dicho acerca de mí.

Tan pronto como tomó la decisión, el ángel se fue. Ella se quedó con la respiración agitada por el desmayo. Si el aire no hubiera seguido temblando alrededor de ella, habría creído que había imaginado todo el episodio. Sobresaltada, apretó las manos contra su pecho hasta que recordó que el ángel del Señor le había dicho que no tuviera miedo. Liberando el aire suavemente, se arrodilló y miró al cielo. Levantó las manos con las palmas hacia arriba. *Señor, que se haga Tu voluntad.*

Sintió un extraño cosquilleo en la piel al ver que descendía una nube. Se llevó las manos al corazón cuando la sombra cayó sobre ella. Al cerrar los ojos, inhaló el aroma de las flores primaverales, de la tierra y de los cielos. Su piel se calentó mientras su cuerpo se inundaba de sensaciones. Tomó aire y lo retuvo. Por un

breve lapso de tiempo, nada se movió; no se escuchó ningún sonido, porque toda la creación se detuvo.

Dentro del útero de una muchacha pobre y campesina, oriunda de una desconocida aldea en Galilea, Dios el Hijo se unió con la simiente de Adán.



José miró furioso a María.

—¿Cómo esperas que crea semejante historia? —Todas las expectativas que tenía de un futuro prometedor estaban destruidas. Nunca habría pensado que una muchacha como María, tan joven, tan dulce, tan devota, podría traicionarlo de una manera tan repugnante. *¡Embarazada!* Lo invadió la emoción y lo sacudió. Cerró los ojos y luchó contra las ideas violentas que llenaban su mente: ***¡Denúnciala! ¡Líbrate de ella! ¡Avísale al rabino lo que hizo! ¡Hazla apedrear!***

—¡No! —gritó, tapándose los oídos con las manos. Abrió los ojos y vio a Ana, la madre de María, encogida de miedo y llorando en el rincón.

Solo María estaba tranquila.

—Creerás, José. —Levantó la vista y lo miró con sus ojos oscuros e inocentes—. Lo harás. Sé que lo harás.

¿Cómo podía parecer tan calmada cuando, con una sola palabra, él podía hacerla matar?

—La mujer concibe de una sola manera.

—Para Dios, todo es posible.

—¿Y Dios te escogería a *ti* para dar a luz al Mesías?

Ella se rio ante el sarcasmo; su rostro estaba lleno de alegría.

—¿Acaso Dios no ha elegido siempre a los débiles para confundir a los fuertes? Ay, José. —Entrelazó las manos irradiando entusiasmo—. Piensa en Él. Dios nunca elige como lo haría un hombre.

—No puedo creer esto. *¡No puedo!* ¡No tiene ningún sentido! —Tenía que salir de la casa. No podía mirarla y pensar con claridad.

—¡José! —Ana se levantó y salió detrás de él—. ¡José! ¡Por favor! —gritó, mientras él salía por la puerta y la dejaba entreabierta detrás de sí—. *¡José!*

Dobló en la esquina y se alejó caminando rápidamente por una calle angosta que llevaba al final del pueblo. No quería que la gente notara que estaba alterado y se preguntaran la razón. ¡Tenía que pensar!

Cuando nadie en Nazaret podía verlo, se echó a llorar. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Olvidarse de que era la hija de un hombre que había sido su amigo, un hombre de su propia tribu? ¿Podía ignorar el hecho de que estaba embarazada del hijo de otro? ¡Ella había cometido un pecado abominable! ¡Estaba impura! Si se casaba ahora con María, la gente lo señalaría con el dedo. La reputación de ambos quedaría arruinada. El chisme circularía por muchos años. Y, una vez que el bebé naciera, ¿qué sucedería? Todos sabrían que había sido concebido antes de la boda y murmurarían a sus espaldas al verlo pasar.

¿Por qué eran tan débiles las mujeres? ¿Por qué se dejaban engañar con tanta facilidad? Pateó el suelo con enojo. ¿Quién podía haberle hecho eso? ¿Quién se había atrevido a aprovecharse de una muchacha inocente y sin padre? ¿Y por qué había inventado una mentira tan ridícula y estrafalaria para encubrir su pecado? Hizo una mueca. ¡Que un ángel llegó y le dijo que iba a tener al Hijo de Dios! ¿Qué hombre en sus cabales creería semejante historia?

Cuando Joaquín le ofreció a María para casarse, José creyó que le entregaba un futuro y una esperanza. Ahora tenía entre manos un desastre. Si la exponía, tendría que quedarse mirando cómo

apedrearían a muerte a la hija de Joaquín por el pecado de fornicación. Y el hijo que llevaba en su vientre moriría con ella.

¡Sí! ¡Hazlo! **carraspeó** la voz extraña y tenebrosa. ***¿Por qué no debería morir, si te traicionó a ti y a su propio padre? ¿Por qué no debería ser amputada de Israel por haber rechazado la ley que te rige? ¡Mátala! ¡Mata al niño!***

La violencia en sus pensamientos asustó a José y clamó: «Oh, Dios, ¡ayúdame! ¿Qué debo hacer? ¿Por qué me mandas esta catástrofe? ¿Acaso no he tratado de hacer lo correcto durante toda mi vida? ¿Vivir de acuerdo con tu ley? —Se sentó y se pasó los dedos por el cabello. Apretando los dientes, lloró con furia—. ¿Por qué, Señor? ¡Hazme entender!».

El sol se puso, pero no tenía respuesta alguna a la vista. Agotado, José se puso de pie y caminó de regreso al pueblo. Las calles estaban vacías, porque era tarde y todos habían vuelto a sus casas. Entró en su taller y se sentó junto a su mesa de trabajo. Nunca se había sentido tan solo. «¿Dónde estás, Dios? ¿Dónde estás

cuando necesito tu consejo?». Pensó en ir a pedirle consejo al rabino, pero no siempre se podía confiar en que un rabino guardara un secreto. José no quería que nadie supiera lo de María hasta que él decidiera qué hacer. Pasó una mano por el yugo que había estado tallando; luego, tomó sus herramientas. Tal vez el trabajo trajera un descanso a su mente.

¿Quién era él para condenar a María?

José obedecía la ley, pero en su corazón sabía que lo hacía superficialmente. Aunque cumplía las horas obligatorias en la sinagoga, y entregaba los diezmos y las ofrendas, su corazón se rebelaba contra el yugo de Roma, el yugo de los rabinos corruptos y el peso de la ley misma. ¿Cómo podía resistirlo algún hombre? Se sentía tentado a pecar cada vez que veía a un soldado romano burlándose de una mujer junto al pozo, a un rabino arengando a las viudas pobres por el diezmo, a algún cliente rico que ignoraba cuánto debía pagar por el trabajo entregado, o a algún mendigo que lo maldecía cuando no tenía dinero para darle. A pesar de que, con el correr de los años, José había llevado infinidad de corderos al templo de Jerusalén para ofrecerlos como sacrificio, nunca se había sentido completamente limpio de pecado. La sangre del cordero sacrificial cubría el pecado y luego José volvía a pecar. Quería actuar rectamente, pero se sorprendía fracasando una y otra vez.

Estirándose en su esterilla puso un brazo sobre sus ojos, aún indeciso de qué hacer en cuanto a María. La ley era clara, pero su corazón estaba dividido. Cerró los ojos esperando que el sueño le permitiera pensar con mayor claridad en la mañana. Pero su sueño se vio atormentado por las pesadillas. Escuchó voces enojadas y a una muchacha que gritaba. Él gritó, pero cuando intentó correr, sus pies se hundieron en la arena. Mientras forcejeaba, las tinieblas lo rodearon y alguien le habló desde ellas. ***Mata a la muchacha. ¡Mátala a ella y al engendro que lleva adentro!***

«José, hijo de David —oyó decir a otra voz que nunca antes había escuchado, pero que reconoció instantáneamente. Un hombre con una vestimenta de un blanco radiante lo miraba—. No tengas miedo de recibir a María por esposa, porque el niño que lleva dentro de ella fue concebido por el Espíritu Santo. Y tendrá un hijo y lo llamarás Jesús, porque Él salvará a Su pueblo de sus pecados».

José absorbió las palabras; su alma se estremeció, deleitada. Toda su vida había escuchado hablar del Mesías que llegaría. Desde los tiempos de David, los judíos habían esperado que otro rey derrotara a los enemigos de Israel. Y, más aún, el Mesías prometido reinaría sobre toda la tierra. La hora había llegado, y Dios estaba enviando al Ungido. Y José lo vería. Se pararía junto a la madre del Mesías y protegería al Elegido como si fuera su propio hijo.

¿Tú, un simple carpintero, plantarte como protector? **La** risa tenebrosa lo rodeó y José gimió en sueños. ***Yo los mataré. Y a ti, si te interpones en mi camino.***

José volvió a gemir y giró sobre su espalda. Abrió los ojos y sintió la oscuridad que lo rodeaba. El miedo lo oprimió hasta que un murmullo lo atravesó.

Él salvará a Su pueblo de sus pecados…

El anhelo por justicia de José brotó en su interior como la sed de un hombre perdido en el desierto. Recordó las palabras de su antepasado David y las susurró a la oscuridad: «Los que viven al amparo del Altísimo encontrarán descanso a la sombra del Todopoderoso… *No* tendré miedo de los terrores de la noche, pues él ordenará a sus ángeles que protejan a Su Hijo. El Señor mismo lo protegerá».

Las tinieblas retrocedieron y José vio las estrellas a través de su ventana. Se quedó mirándolas un largo rato. Sonriendo, volvió a dormirse.



Ana lloró de alivio, pero María no pareció sorprenderse en absoluto de la decisión de José de casarse con ella pronto. De hecho, cruzó la sala y puso una mano sobre el brazo de él, sorprendiéndolo con una exigencia:

—Debo ir a visitar a mi parienta Elisabet.

Su madre protestó:

—¿Para qué quieres ir allá? Ir a las colinas de Galilea es un viaje difícil…

—Ay, madre, no importa. ¡Elisabet está esperando un hijo!

—¡No seas ridícula! Hace mucho que se le pasó el tiempo de tener hijos.

—El ángel me dijo que está embarazada.

—¿Y qué crees que dirá la gente cuando te cases repentinamente con José y luego te vayas a la región montañosa de Judea?

—¿Qué importa lo que diga la gente, si es la voluntad del Señor que yo vaya?

José vio cómo el viaje podía resolver varios problemas. El ángel no había dicho nada sobre anunciar a la población de Nazaret que María había concebido por medio del Espíritu Santo y que daría a luz al Mesías. ¿Y si la noticia se descubría? ¿Qué clase de peligro podía representar para el niño? Cuando el

embarazo de María se notara, surgirían los rumores. Sin embargo, si se iban de viaje juntos…

—Tan pronto como nos casemos, llevaré a María a visitar a su parienta.

—La gente hablará —dijo Ana.

Sí, la gente hablaría, pero la condenación estaría dirigida a él, más que a María.



Cuando el embarazo de María resultó evidente, algunos en Nazaret por fin creyeron entender el apuro de José para casarse con ella. Las mujeres murmuraban junto al pozo; en la sinagoga, los hombres meneaban la cabeza y chasqueaban la lengua. ¿Qué sabían realmente sobre José, aparte de que era un carpintero oriundo de Belén? Pobre Joaquín. El hombre había confiado en José porque era un pariente, un descendiente de David. Seguramente Joaquín estaba revolviéndose en su tumba ahora que era obvio que José había hecho uso de sus derechos maritales antes de lo debido. Algunos se presentaron ante el rabino e insistieron en que la pareja fuera disciplinada ¡para que otros jóvenes no pensaran que semejante comportamiento era aprobado en Nazaret! El rabino dijo que José había actuado dentro de sus derechos bajo el contrato, ya que los regalos habían sido intercambiados y los documentos firmados.

Una voz salió desde las sombras del fondo de la sinagoga.

—¿No destruirás el mal que hay entre ustedes?

El rabino levantó la cabeza de la Torá.

—¿Quién habla?

—¿No dice la Escritura que el Señor odia los ojos arrogantes y la lengua mentirosa? **—La** voz era profunda, tenebrosa y conocida por muchos—. ***Debemos destruir la perversión en medio de nosotros.*** **—Los** hombres se miraron unos a otros y las voces comenzaron a levantarse mientras el acusador permanecía en las sombras—. ***¿Quién es este carpintero que desafía la ley? ¿Quién es esta muchacha que actúa como una ramera?***

Un hombre se levantó con el rostro enrojecido.

—¡Tiene razón! —Otros se le sumaron en señal de conformidad.

Helado, el viejo rabino levantó las manos.

—La ley también dice que deberá haber dos testigos. Que den un paso al frente.

Un murmullo apagado recorrió la reunión de hombres, pero nadie se movió. Los hombres miraron a su alrededor. Temblando, el rabino desenrolló la Torá:

—El Señor también odia al testigo falso que respira mentiras y el que siembra discordia en una familia. —Habló en voz baja, pero las palabras les llegaron a todos.

El acusador se fue.

Poco después se terminaron los rumores sobre José y María cuando soldados romanos llegaron a Nazaret trayendo el decreto de César Augusto. Se estaba realizando un censo de todos los habitantes de la tierra. Los hombres gritaron consternados. ¿Se daba cuenta este «dios» romano del caos que generaría su decreto? Pues la orden era que todos debían volver a su ciudad natal para ser censados.

DOS

José había temido este momento desde que escuchó la lectura del decreto. Miró a las dos mujeres sentadas a la mesa: una tan joven y bonita que le estrujaba el corazón; la otra, mayor y ofendida por las crueldades que habían dicho sobre su hija durante las últimas semanas.

—Debemos ir a Belén —dijo, interrumpiendo el silencio. Les explicó la situación a ambas. María dio un vistazo a su madre, pero Ana se sentó negando con la cabeza.

—María está pronta a dar a luz, José.

—Debemos obedecer la ley.

—¿La ley de quién debemos obedecer? ¿Deberías poner en riesgo a mi hija por un emperador romano, un idólatra pagano que se cree un dios?

José se inclinó hacia adelante y apoyó su mano sobre la de Ana.

—La Escritura se está cumpliendo, madre. —Desde que era un niño había escuchado que, algún día, Belén sería el lugar donde nacería el Mesías—. El profeta Miqueas dijo: Pero tú, oh Belén Efrata, eres solo una pequeña aldea entre todo el pueblo de Judá. No obstante, en mi nombre, saldrá de ti un gobernante para Israel, cuyos orígenes vienen desde la eternidad… Y él se levantará para dirigir a su rebaño con la fuerza del Señor.

Los ojos de María se iluminaron cuando miró a José. Entusiasmada, se dio vuelta y miró a su madre:

—Puedes venir con nosotros, madre. Ven a ver cómo se cumple el gran día del Señor.

—Sí —dijo José, apretando suavemente la mano de Ana—. Ven con nosotros.

—No. —Retiró bruscamente su mano de debajo de la de él—. Yo soy de aquí, de Nazaret. ¡Y María también! —José la observó mientras se levantaba y le dada la espalda. Se abrazó a sí misma y levantó la cabeza—. ¿Cómo puedes siquiera pensar en semejante viaje cuando María está tan próxima al parto?

Él entendía a Ana: era madre y no quería dejar ir a su hija favorita.

—Si no puedes verlo como el cumplimiento de la Escritura, considéralo una manera de escapar del chismorreo que se generó alrededor de nuestro casamiento.

Ana se dio vuelta y lo miró.

—¡Entonces solo piensas en ti mismo! No te importan en absoluto los peligros que ella pueda correr.

—¡Madre! —dijo María, protestando asombrada.

Su madre la miró, suplicante:

—Ni siquiera puedes considerarlo, María. Y tú —dijo, mirando furiosa a José otra vez—, no puedo creer que quieras quitarme a María en este momento, cuando me necesitará más que nunca.

María pestañeó y miró a José. Él bajó la vista, examinándose frenéticamente para ver si encontraba alguna verdad en las palabras de Ana. ¿Se había equivocado en su interpretación de este decreto? ¿Estaba poniendo en peligro la vida de María por el capricho de un emperador extranjero? ¿Tenía que descartar la profecía sobre Belén y posponer el viaje una semana más?

María ladeó la cabeza.

—Debo ir a donde vaya mi esposo.

—Tienes que quedarte aquí y esperar a que nazca el bebé.

—¿Te has olvidado de Rut?

—No me hables de Rut —dijo su madre, airada—. Eso fue hace mucho tiempo. Y estaba dejando a sus padres paganos por amor a su suegra, que le había enseñado sobre el Señor.

—Madre, por favor, escucha —dijo María gentilmente.

—¡No! —Ana se tapó el rostro y sus hombros empezaron a sacudirse mientras lloraba—. Pensé que no habría un mayor honor al que mi hija diera a luz al Ungido, pero esto me desgarra el corazón. ¿Cómo sabré que estás bien y a salvo?

María agarró la mano de su madre y la apretó contra su mejilla.

—¿El Señor no cuidará de Su propio Hijo? ¿Alguna vez el Señor prometió algo que no haya cumplido?

José vio la angustia en los ojos de Ana cuando acarició con ternura la mejilla de su hija. José había escuchado que dar a luz era un proceso intenso que ponía en peligro la vida de la madre tanto como la del bebé. ¿Quién actuaría como partera?

—Por favor, Ana, ven con nosotros.

Su suegra lo pensó un momento y, luego, negó lentamente con la cabeza, decidida.

—Joaquín nació aquí, José, igual que yo. Debo quedarme aquí de la misma manera que tú debes regresar a Belén. Quizás sea esta la manera que eligió Dios para hacerme dejar ir a mi hija. —Torció la boca en una mueca triste—. ¿Acaso la Escritura no dice que el hombre y la mujer deben dejar a su padre y a su madre y unirse entre sí? —Inclinó el rostro de María—. Tienes razón, mi preciosa. Debes ir con tu marido. Tu hermana y su esposo me cuidarán.

La expresión de María se iluminó.

—Por supuesto. Y vendrás con ellos a Jerusalén para la Pascua. Nos veremos allí.

Los ojos de Ana se humedecieron, pero no dijo más. Se obligó a sonreír y luego se dio vuelta, angustiada, cuando María se acercó a José y le tomó las manos.

—Iremos a Belén, José. Nos registraremos para el censo y luego viviremos cerca de las murallas de Jerusalén, a la sombra del Dios Altísimo.

José sintió una explosión de alegría al escucharla, hasta que la voz tenebrosa la mitigó.

Ah, sí. Ven a Belén, donde el niño nacerá a la sombra de mi servidor Herodes.



Después de analizarlo mucho, José decidió que sería prudente comprar un lugar en una de las caravanas de Mesopotamia que pasaban por Nazaret. Como María estaba a punto de parir, debían tomar el camino más rápido hacia el sur. En lugar de ir por las llanuras más fáciles del Mediterráneo y el Camino del Mar, o de cruzar por el valle del Jordán, lo harían por la vieja ruta comercial que atravesaba la zona montañosa. No le gustaba la idea de viajar con desconocidos,

pero al menos irían fuertemente custodiados y por ende estarían a salvo de los bandidos y de los leones de montaña.

Afligido por las lágrimas de María, José no dijo una palabra el día que salieron de Nazaret. Bajaron las altas colinas galileas, con el monte Tabor erigiéndose al oriente. Cada pocos minutos, José se daba vuelta para mirar a su joven esposa montada sobre el asno. Iba con la cabeza inclinada, pero José se daba cuenta de que, con el paso de las horas, se aferraba cada vez más fuerte a la montura. No emitió queja alguna y una sola vez levantó la cabeza y lo miró con silenciosa desesperación, la creciente tensión y la evidente incomodidad visibles en su rostro. «Ay, José, déjame caminar». Pero, cuando lo hizo, se agotó rápidamente.

Cuando se detuvieron a pasar la noche, comió poco antes de acurrucarse de costado. Sonriendo por primera vez en el día, apoyó su mano de manera protectora sobre su hijo no nacido y se durmió inmediatamente. José se quedó sentado al lado de ella y oró. Cuando se hizo de noche y la vio temblar, se acostó detrás de ella y la tapó con su manto para abrigarla.

Al día siguiente viajaron por el hermoso valle de Jezreel.

«Bebe este aire, José —dijo María sonriendo, porque estaban atravesando bosques verdes. José llevó al asno a un costado para que ella pudiera descansar en un prado de flores silvestres. El corazón le dio un vuelco cuando ella le puso un lirio del campo detrás de la oreja—. ¿No ves cómo clama la tierra, José? —Sus ojos brillaron cuando levantó la mano hacia el cielo despejado y azul—. Oh Señor, Señor nuestro, ¡tu majestuoso nombre llena la tierra! ¡Tu gloria es más alta que los cielos!

José tomó su mano y la besó. ¡Cuánto la amaba!



Los días siguientes, acamparon junto a corrientes de agua fresca. Comenzaron el largo y arduo ascenso a las montañas. En el séptimo día, José se quedó mirando sombríamente cómo se alejaba la caravana, mientras él y María se quedaban atrás para cumplir con el sabbat. Sabía que al día siguiente los alcanzarían, porque la procesión de animales cargados no podía avanzar tan rápido como un asno fuerte, cuya única carga eran la pequeña muchacha y la comida suficiente para el viaje. Sin embargo, José se preocupó.

María partió el pan y le entregó su porción. Sus dedos rozaron suavemente los de él. «Dios nos está cuidando, José». Su mirada era tan tierna como la de una gacela y su fe era fuerte como la de un león.

A la tarde siguiente alcanzaron a la caravana; luego aminoraron el paso para ir a la par de los animales lentos y pesados. Pasaron junto al monte Gilboa, donde el rey Saúl y su hijo Jonatán habían sido asesinados por los filisteos. Viajaron cruzando Dotán, donde José, el hijo de Jacob, había sido vendido como esclavo por sus hermanos. Pasaron el día hablando de su vida y de la esclavitud de los israelitas en Egipto. Habían transcurrido más de cuatrocientos años antes de que el Señor le hablara a Moisés desde la zarza ardiente y lo usara para liberar a Israel. Y pasaron otros cuarenta años en que la generación desobediente deambuló por el desierto, hasta que finalmente sus hijos entraron en la Tierra Prometida.

«Pronto, la Tierra Prometida será nuestra otra vez —dijo María, acariciando con la mano la curva de su vientre—. Dios arreglará todas las cosas».



A medida que la fecha de su parto se acercaba, a María le costaba más el viaje. Cada vez que José la veía inclinarse, el miedo se apoderaba de él. Ella hablaba poco, pero José la veía mover los labios orando y, como él, rogaba que llegaran pronto a Belén y encontraran descanso y refugio antes de que el bebé naciera.

La caravana acampó a las afueras de la ciudad amurallada de Shomrón-Sebaste y José pidió en oración que los mercaderes vendieran rápido sus mercancías para que pudieran seguir adelante. Había samaritanos que gustosamente asesinarían a un judío y no se apiadarían de su esposa embarazada. Viajaron dieciséis kilómetros hacia el sur, a Siquem, otra opulenta ciudad samaritana llena de hombres arrogantes e incircuncisos. ¡Y pensar que el pozo de Jacob estaba en medio de ellos! José se sacudió el polvo contaminado de sus pies cuando él y María salieron de Samaria.

La caravana rodeó Silo. Alguna vez había sido la morada del arca del pacto. Ahora era una ciudad nueva hecha con materiales de las edificaciones derrumbadas y los altares destrozados. José y María se apartaron de la caravana para orar en la sinagoga de Betel, pues fue allí donde Abraham había ofrecido sus sacrificios a Dios y donde Jacob había soñado que los ángeles subían y bajaban la escalera al cielo. No fue sino hasta que llegaron a Ramá que pudieron ver la ciudad santa de Jerusalén y los pináculos del gran templo brillando con la puesta del sol.

«Solo un día más, María», dijo José, preocupado por el creciente malestar que sentía María.



Cuando llegaron a Jerusalén, las calles pavimentadas estaban atestadas de gente. José tiró de las riendas del asno mientras un grupo de soldados romanos

los veían pasar. Encima de ellos estaba la fortaleza romana que llevaba el nombre de Marco Antonio, y el templo, con sus aleros y pináculos recubiertos de oro. Levantando la mano de María, José le dio un beso en la palma. «Los caminos del Señor están más allá de mi entendimiento, porque yo hubiera pensado que el Mesías nacería en la ciudad de Sion, en el Santo de los Santos».

Era el crepúsculo cuando por fin llegaron a Belén. Normalmente era una ciudad pequeña, habitada en su mayoría por pastores y campesinos. Ahora rebosaba de miembros de la tribu de David que habían venido a casa para el censo romano. Fue fácil encontrar la fila para inscribirse, y se quedó parado junto a María, apoyada sobre el asno, hasta que le llegó el turno de decir su nombre y el número de los de su casa.

—José, de la tribu de Judá, y mi esposa, María.

El romano levantó lo suficiente la cabeza para ver el estado de María. Agregó una tilde en la columna para los hijos, lo cual implicaba cobrar más impuestos.

—¡El siguiente! —dijo con impaciencia, y los despachó sin dedicarles otra mirada.

—Ay, José —gimió María, tocándose con sus blancas manos el vientre protuberante, mientras se inclinaba hacia adelante.

—Encontraré un lugar para nosotros. —Puso su brazo alrededor de ella y la ayudó a caminar.

Había hombres parados en todas las esquinas, quejándose del decreto del emperador y de la multitud de residentes temporales. José volvió a acomodar a María sobre el asno, pero, con cada paso, veía en sus ojos que aumentaba el dolor. Se detuvo una docena de veces, solo para escuchar la misma respuesta de los posaderos: «Aquí no hay lugar. Ahora, ¡muévanse!».

—¡José! —María respiraba agitadamente y se inclinó hacia adelante otra vez—. Ay, José. —Él nunca antes había visto una expresión de pánico en sus ojos y esta lo estremeció profundamente. Los dedos de ella se aferraron a la crin del asno, tratando de no caerse. Rápidamente, José la levantó del animal y la acomodó con cuidado contra la pared de la última posada. Llamó a la puerta golpeando fuertemente.

—¡Por favor! —dijo, mientras un hombre abría la puerta—. Por favor, ¿puede hacernos lugar? Mi esposa está a punto de dar a luz.

El hombre miró más allá de José e hizo una mueca cuando vio a María.

—No hay lugar para ustedes aquí. ¡Váyanse!

—¡Tenga piedad! —José atrapó el borde de la puerta antes de que la cerrara—. ¡Por favor! ¡Se lo suplico!

—Suplique todo lo que quiera —gruñó el hombre— ¡pero no le servirá de nada! —Tuvo un instante de remordimiento cuando volvió a mirar a María—. Maldigo al perro romano que lanzó a gente como ustedes a los caminos. —Empujó a José hacia atrás y, de un portazo, los dejó afuera. Se escuchó un golpe seco cuando puso la barra por dentro, y con ello le negó la posibilidad de entrar a cualquier otro.

Temblando, José se dio vuelta hacia María. Los ojos de ella se agrandaron aún más.

—Ayy… —Su voz estaba tensa por el dolor, y rodeaba su vientre con los brazos, levantando las rodillas.

Él se arrodilló rápidamente y sujetó sus brazos.

—Aguanta. Ay, María, aguanta.

El dolor aflojó y ella lo miró con ojos asustados y bañados por las lágrimas.

—Llegará pronto, no importa dónde estemos.

Oh, Señor, ¡ayúdanos! José ató las riendas del asno a su cinturón y levantó a María en brazos. *Señor, Señor, ¡muéstrame adonde ir!*

—El Señor nos ayudará, María —dijo mientras la cargaba—. Él nos ayudará. —Resistió las dudas que lo atacaban. María gimió y su cuerpo se tensó en sus brazos. José se llenó de miedo mientras miraba a su alrededor frenéticamente, buscando ayuda.

Había una anciana sentada contra una pared, con una frazada raída que le envolvía el cuerpo.

—Pruebe en las cuevas que están por allá. —Una mano retorcida apareció de debajo de la manta manchada y señaló con un dedo huesudo—. Los pastores guardan sus rebaños ahí durante el invierno, pero ahora estarán en las colinas.

—¡Que el Señor la bendiga! —José cargó a María colina abajo y atravesó un trecho llano. Vio hacia arriba la entrada de una cueva pequeña y se dirigió hacia allí. Cuando entró en los recovecos oscuros, arrugó la nariz, pues el aire era frío y húmedo, impregnado de olores fétidos a estiércol y humo. El asno lo siguió al

interior de la cueva y caminó directamente hacia el comedero que había en la parte de atrás.

Nuevamente, María se puso tensa en sus brazos y gritó. El miedo invadió a José cuando vio el suelo sucio de la cueva. *¿Este es el lugar donde nacerá el Mesías?* Se le llenaron los ojos de lágrimas. *¿Aquí, Señor?*

—Ya viene… —dijo María—. Oh, José, Jesús está llegando.

¿Qué sabía él de asistir a una mujer que estaba dando a luz? ¿Había tiempo para buscar a una partera? Aunque tuviera tiempo, ¿adónde iría a buscar una, y qué pasaría con María mientras tanto?

—Tienes que quedarte aquí un momento. —Cuidadosamente, la dejó de pie—. Usa esta madera para apoyarte mientras preparo un lugar para ti.

Encontró una horquilla y desparramó paja sobre el establo que había en el fondo; luego, arrancó su manta del bulto que había sobre el burro y la extendió sobre la paja. Ayudó a María a acostarse.

—Trata de descansar mientras enciendo una fogata y busco agua. —A un costado de la entrada a la cueva había leña y astillas apiladas y, cerca del abrevadero, había un barril con agua. La probó y la encontró sorprendentemente fresca.

A los pocos minutos tenía una pequeña fogata en marcha en el hoyo que había en el centro de la cueva. Sobre el fuego, el techo estaba ennegrecido por años de hollín; el piso estaba cubierto de estiércol compactado de los cientos de animales que se habían refugiado allí durante años.

—Lo siento, María. —Se arrodilló al lado de ella y sus lágrimas cayeron por sus mejillas hasta su barba—. Lamento no haber encontrado un lugar mejor para que él naciera.

Ella le tomó la mano y la apretó contra su mejilla.

—Dios nos trajo aquí.

María apretó los dedos y empezó a jadear y a gemir. Él sentía el dolor como si fuera propio. Por primera vez en su vida, José deseó haber sido otra cosa y no un carpintero que no sabía nada de estos asuntos. Le rogó a Dios que le diera sabiduría y que los ayudara, que terminara el intenso dolor de María y que el niño naciera sano y salvo. Entonces, María profirió un grito agudo, y José vio que una mancha de agua se desparramaba sobre la manta que tenía bajo sus caderas.

—¡Dime qué puedo hacer para ayudarte!

—Nada. —Aflojó su agarre sobre la mano de José, pero le sonrió a pesar de su dolor—. ¿Acaso las mujeres no han hecho esto desde el jardín del Edén? —Cerró los ojos cuando otra contracción superó a la primera y volvió a apretar los dedos de José dolorosamente. Cuando el dolor pasó, jadeó fatigosamente—. Mi madre me dio una bolsita con sal, un pedazo afilado de pizarra, un ovillo de hilo y tiras de tela. Están en el bulto. —Él los buscó—. Necesitaré agua, José.

—Hay agua fresca en el barril. Llenaré el odre.

—Colócala a mi lado y ve afuera.

—Pero, María… —Ella solo tenía catorce años; era apenas una niña. ¿Cómo podría hacerlo sola?

Ella habló con autoridad:

—¡Vete, José! Sé qué hacer. Mi madre me dio indicaciones antes de que saliéramos de Nazaret. Y seguramente el Señor me guiará como nos guio en todo hasta ahora. Vete ahora. —Apretó los dientes y sus hombros se levantaron del suelo—. *¡Vete!*

José salió. Demasiado nervioso para sentarse, caminó de un lado a otro, orando en voz baja. Escuchó que María gemía y se detuvo a escuchar atentamente, por si cambiaba de idea y gritaba pidiéndole ayuda. Escuchó que el heno crujía y se puso a caminar otra vez, levantando la vista a los puntos luminosos que había en el cielo oscuro. Sintió las fuerzas que se congregaban alrededor de él, como si unos seres invisibles hubieran llegado a presenciar este acontecimiento. No sabía si eran criaturas angélicas o demoníacas. Con el corazón palpitándole con fuerza, José le suplicó ayuda a Dios y retrocedió para pararse en la entrada a la cueva. El viento se levantó y, por un instante, creyó escuchar risas y una voz tenebrosa que decía: ***¿De verdad crees que puedes protegerlos de mí?***

José cayó de rodillas, levantó las manos al cielo, donde Dios estaba sobre Su trono, y oró fervientemente: «Tú eres el Señor, nuestro Dios, el Creador de los cielos y de la tierra. Protege a María y a Tu Hijo del que está tratando de destruirlos».

Y extendió sus brazos como si quisiera recibir toda la fuerza de lo que fuera que venía contra ellos.

El viento frío paró y el aire que lo rodeaba volvió a ser tibio. Su corazón se desaceleró cuando escuchó el sonido de alas. Las Escrituras inundaron su mente. *No tengas miedo, porque Yo estoy contigo. Yo estoy contigo.*



María se puso en cuclillas. Profirió un último grito feroz cuando el Hijo de Dios, empapado de agua y sangre, se deslizó hacia afuera de su cuerpo. Desplomándose sobre sus rodillas, María lo levantó y lo abrazó contra su pecho, dándole la bienvenida al mundo con lágrimas tiernas y alegres.

Él lloró en el frío aire de la noche, y María trabajó rápidamente, usando el hilo para anudar el cordón antes de cortarlo. Contempló a su hijo con adoración mientras limpiaba su cuerpo resbaladizo y movedizo con agua y frotó sal sobre su piel para prevenir una infección.

Estaba sorprendida de que tuviera el aspecto de cualquier otro bebé. No había ningún rastro de la gloria shekinah ni de la majestad de su Padre Todopoderoso. Diez dedos en las manos, diez dedos en los pies, con una mata de cabello negro, piernitas y bracitos delgados y el rostro arrugado de un recién nacido que había habitado en el agua durante nueve largos meses.

Se rio mientras lo envolvía apretadamente con tiras de tela y volvió a abrazarlo, dándole besos en la cara y acunándolo tiernamente en sus brazos. «Jesús —susurró—, mi precioso Jesús. —Estaba abrumada por la emoción. En sus brazos sostenía a la esperanza de Israel, al Ungido de Dios, al Hijo del Hombre, a Dios el Hijo, al Hijo de Dios. Cerrando los ojos, exhaló una oración: —Ayúdame a ser Su madre, Señor. Oh, ayúdame».

Cuando hizo todo como le había indicado su madre, María se levantó con piernas temblorosas.

—José —llamó suavemente—, entra a verlo.

José entró inmediatamente a la cueva, con el rostro pálido, sudando como si hubiera sido él quien había hecho el esfuerzo y no ella. María rio suavemente con gozo y contempló a Jesús, dormido en sus brazos.

—¿No es hermoso? —Jamás había sentido tanto amor por un ser humano. Sentía que su corazón estallaría de amor.

José se acercó y miró al bebé con detenimiento y una expresión sorprendida. Las rodillas de María temblaban por el agotamiento; miró alrededor buscando una cama abrigada y segura para su hijo. Solo estaba el pesebre.

—Agrega más paja, José; así se sentirá abrigado.

Mientras José preparaba el pesebre, María besó el rostro del bebé, sabiendo que un día este niño crecería y tendría en sus manos el destino de Israel.

—Está listo —dijo José, y María se acercó y colocó a Jesús en el pesebre lleno de paja. Cuando se dio vuelta, se sintió mareada.

José la atrapó en sus brazos y la recostó en un lecho de paja limpia. Tenía los párpados muy pesados.

—Disculpa, mi amor —dijo José en un susurro conmovido—. No hay nadie aquí que pueda ayudarte, excepto yo. —Le sacó el vestido manchado, la limpió con delicadeza, la vistió como a una niña con una muda de lana suave que su madre le había hecho, y la tapó con mantas, doblando los bordes alrededor de María de la misma manera que ella había hecho con Jesús en su cama humilde y abrigada.

María suspiró, contenta.

—Todo está bien, ¿verdad, José?

La besó tiernamente.

—Sí, mi amor. Todo está bien.



José se levantó y se paró al lado del pesebre. Su corazón latía acelerado y se quedó mirando fijo al niño. Introduciendo los dedos bajo el borde de la manta, la retiró hacia abajo para poder contemplar el rostro de aquel que salvaría a su pueblo.

—Jesús —susurró—. Jesús. —Acarició la piel aterciopelada del rostro del pequeño y rozó la palma diminuta. Cuando los dedos del bebé se cerraron alrededor del suyo, su corazón se aceleró aún más. Nunca había sentido un gozo tan abrumador… ni un terror tan extenso.

¿He de ser yo su padre terrenal, Señor? ¿Un simple carpintero? ¡Tu Hijo seguramente merece alguien mejor que yo!

José echó un vistazo a las paredes oscuras de la cueva de los pastores y se le llenaron los ojos de lágrimas. Avergonzado, volvió a bajar la mirada y tragó con dificultad.

—Perdóname. —Este niño merecía haber nacido en un palacio—. Perdóname. —Las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Los ojos del bebé se abrieron y lo miraron. La vergüenza de José se derritió, y el amor lo embargó. Se agachó y besó la manito que sujetaba su dedo, y todo su ser se entregó a la voluntad de Dios.

Cuando escuchó una pisada detrás de él, José se dio vuelta bruscamente y se paró firme delante del pesebre. Un viejo pastor estaba parado en la entrada de la cueva y uno más joven estaba junto a él. Miraron hacia adentro con una expresión cautivada y curiosa.

—¿El niño está aquí? —El anciano se adelantó un paso dentro de la cueva—. ¿El niño del cual hablaron los ángeles?

—¿Los ángeles? —José vio a otros pastores detrás de esos dos y, detrás de ellos, un rebaño de ovejas sobre la pradera que se extendía debajo de la cueva.

—Un ángel del Señor se apareció en medio de nosotros y el resplandor de la gloria del Señor nos rodeó —dijo el pastor, mientras otros se amontonaban en la entrada—. Estábamos aterrados, pero el ángel nos dijo que no tuviéramos miedo.

Otro contó:

—Nos dijo: Les traigo buenas noticias que darán gran alegría a toda la gente.

Otro se abrió camino para avanzar:

—¡El Salvador, sí, el Mesías, el Señor, ha nacido hoy en Belén, la Ciudad de David!.

El pastor anciano miró a José y a María, dormida sobre el heno, y luego al pesebre que había en la parte trasera de la cueva. Sus ojos resplandecieron de esperanza.

—Y lo reconocerán por la siguiente señal: encontrarán a un niño envuelto en tiras de tela, acostado en un pesebre.

—De pronto, se unió a ese ángel una inmensa multitud, los ejércitos celestiales, que alababan a Dios y decían: Gloria a Dios en el cielo más alto y paz en la tierra para aquellos en quienes Dios se complace.

Con lágrimas corriendo por su rostro, José se dio vuelta y levantó a Jesús del pesebre:

—Se llama Jesús.

Al escuchar el nombre de Jesús, los pastores cayeron de rodillas y sus rostros se iluminaron a la luz de la fogata.

María se despertó. Sobresaltada por los desconocidos que se habían reunido, se incorporó con esfuerzo. José vino hasta ella y se agachó con Jesús en los brazos.

—El Señor ha anunciado el nacimiento de Jesús, María. —Le explicó cómo los habían encontrado los pastores.

María les sonrió a los pastores y se recostó, cansada. Sonrió serenamente cuando José puso a Dios el Hijo en sus brazos. José y los pastores observaron cómo ella y Jesús se quedaban dormidos juntos.

—El Señor ha venido —dijo José en voz baja.

El pastor anciano cerró los ojos y las lágrimas se perdieron en su barba.

—Bendito sea el nombre del Señor.



María se despertó a altas horas de la madrugada al escuchar el llanto de Jesús. Lo acercó a su cuerpo y lo amamantó, maravillada de lo que Dios había hecho por ella. Cada vez que succionaba su pecho, María se llenaba aún más de una sensación de asombro y apego por su hijo. La noche estaba tranquila y silenciosa mientras acurrucaba a Jesús contra su cuerpo. Vio una luz que entraba por la boca de la cueva y se preguntó qué era. Cuando Jesús terminó de alimentarse, María se levantó con cuidado, estremeciéndose por el dolor que sentía en sus entrañas; volvió a llevar a Jesús al pesebre y lo arropó dentro de la manta rodeada por el heno.

Recogiendo su chal, María fue hacia la entrada de la cueva y levantó los ojos al cielo nocturno. ¿Estaba imaginando que una estrella brillaba más radiante que las demás? Era como si un rayo de luz hubiera abierto una brecha en la parte inferior del cielo y derramara su resplandor sobre la Ciudad de David. ¿No había dicho el profeta Joel que el Señor desplegaría prodigios en el cielo y en la tierra cuando viniera el Salvador?

María levantó su chal y se cubrió el cabello. «Señor Altísimo, Creador de todos los pueblos, Tú que habitas en el cielo tan arriba de nosotros; Tú, que eres santo, Te amo. —Juntó las manos y las presionó contra su corazón—. Te adoro. No hay otro como Tú en todo el universo. —Cerró los ojos y su corazón se llenó de una esperanza segura—. Me has hecho el recipiente para Tu Hijo. Tu reino vendrá. Por medio de Él, reinarás sobre la tierra como reinas en el cielo. —Miró hacia arriba nuevamente—. Bendito sea el nombre del Señor y bendito sea el nombre de Tu Hijo, Jesús».

La fría brisa de la noche ondeó su liviano vestido. Se abrazó a sí misma. Aunque sintió frío, se quedó en la entrada de la cueva un poco más, pensando en el día que el ángel del Señor la visitó y le anunció que tendría al Hijo de Dios. Recordó el sueño que tuvo José, y cómo los aceptó a ella y al niño milagro que llevaba. Reflexionó en cómo, aun sin proponérselo, hasta el emperador romano había obedecido la voluntad del Señor al ordenar el censo que llevó a José a Belén para que se cumpliera la profecía sobre el lugar de nacimiento del Mesías. Pensó en los pastores que recibieron la noticia del nacimiento del Mesías a través de los ángeles.

Y cuanto más pensaba en las cosas que habían sucedido, más cuenta se daba de que su mente no podía desentrañar todo lo que el Señor había planeado y lo que lograría por medio de su hijo.

Su mirada recorrió el paisaje. Observó el palacio de Herodes en el monte orientado hacia Belén. Allí vivía un rey terrenal tan celoso de su poder que había asesinado a su esposa, Mariamna, y a dos de sus hijos. Con un escalofrío, María se quedó mirando las ventanas iluminadas del gran castillo. Parecían estar vigilándola a ella.

El agotamiento la invadió y se apartó de la entrada de la cueva. Debía descansar y estar preparada para cuando Jesús necesitara alimentarse de nuevo. Bostezando, regresó a la cama que José había hecho. El heno crujió cuando se sentó y su esposo se despertó. Empezó a levantarse, pero ella le puso una mano sobre el hombro.

«Todo está bien, José. Vuelve a dormir». Cuando se acostó, él la acercó y los cubrió a ambos con la manta. Le preguntó si estaba bien abrigada y la acercó aún más a él.



Afuera, los centinelas de Dios hacían guardia contra el que quería destruir al niño. Cuando no encontró la manera de entrar al humilde santuario, Satanás se alejó con una fría ráfaga de furia.

¡Buscaré otra forma de matar al que amenaza mi dominio!

Sus secuaces llegaron para informar que unos hombres viajaban desde los confines de la tierra para ver al rey que había anunciado la nueva estrella.

Los desviaré de su camino y los enviaré a Herodes, entonces se cumplirá mi voluntad en la tierra. **Una** carcajada tenebrosa retumbó en la noche, mientras María y José dormían.

Solo Jesús se despertó y escuchó.

TRES

María acunó a Jesús contra su corazón mientras ella y José entraban al templo. Habían viajado a Jerusalén para ofrecer un sacrificio por su hijo, de acuerdo con la ley judía. José fue de puesto en puesto hasta que encontró dos tórtolas que estimó lo suficientemente perfectas como para llevárselas al sacerdote.

Observando a los dos pajarillos, José suspiró con remordimiento.

—Si solo tuviera el dinero suficiente para un cordero…

Profundamente conmovida por la humildad de su esposo, María le sonrió.

—Fue una paloma la que le llevó el mensaje a Noé de que Dios había detenido su mano de juicio.

El rostro de José se relajó cuando la rodeó con el brazo. Mientras subían juntos las escalinatas, María contemplaba asombrada la inmensidad del templo que Herodes había construido. El sonido profundo y cautivante del shofar la hizo mirar hacia arriba, donde vio a los sacerdotes parados sobre sus plataformas, con los largos cuernos de carnero posados sobre sus labios. María tembló al escuchar el sonido. Se le cerró la garganta. Multitudes de peregrinos entraban y salían de los patios y colmaban el corredor con el murmullo de mil voces. Los corderos balaban; los bueyes mugían. Los cambistas de dinero competían por el negocio y las monedas tintineaban al caer en las bandejas mientras los hombres discutían por los porcentajes del intercambio.

—¿Crees que el Señor no ve cómo estás robándome? —gritó alguien, furioso.

—¡Si no te gusta, fíjate si alguien te ofrece mejor precio!

—¡Que el Señor juzgue entre tú y yo!

José apuró a María para que pasara de largo el alboroto y la acompañó por el corredor hasta la entrada al patio de las mujeres, donde otras mujeres y niños esperaban. La dejó allí con Jesús y salió a presentar las tórtolas al sacerdote para el sacrificio.

Un anciano daba vueltas entre las mujeres que tenían bebés y se detenía a contemplar el rostro de cada uno y a bendecir a la orgullosa madre antes de pasar a otra. María escuchó que una anciana se dirigía a él:

—Simeón… —Hablaron brevemente entre ellos antes de que él se diera la vuelta otra vez. María sintió que la mirada del hombre se detuvo sobre ella.

—¿Qué niño es este? —dijo él con la voz trémula de alguien de edad avanzada.

—Su nombre es Jesús. —María inclinó con orgullo a su hijo, retirando la manta lo suficiente para que el anciano pudiera admirarlo. ¿Podría alguien adivinar que en sus brazos sostenía al Mesías? ¿Ella, una simple campesina de Nazaret?

—Jesús —repitió Simeón en voz baja—. El Señor salva. Un nombre común en Israel, pues el deseo de cada muchacha devota es dar a luz al hombre que salvará a su pueblo de sus pecados.

El corazón de María palpitó de una manera extraña cuando miró a los ojos opacos del hombre venerable. Aunque estaba casi ciego, parecía estar buscando algo con gran anhelo. Sintió el impulso de decir algo más.

—Yo no le puse el nombre. Ese *es* su nombre.

Frunciendo un poco el ceño, el anciano volvió a fijar la mirada en el bebé. Se acercó más para verlo mejor. María sonrió cuando Jesús gimió suavemente y se despertó. El rostro del anciano se sonrojó.

—¿Puedo sostenerlo? —Extendió unas manos temblorosas.

María titubeó solo un instante antes de entregarle a Jesús. Estudió el rostro de Simeón mientras cargaba al niño, complacida por el creciente entusiasmo que veía en el hombre. Jesús levantó el brazo y sus deditos atraparon el largo bucle canoso de la sien de Simeón. Simeón tomó aire bruscamente y profirió un sollozo.

Alarmada, María se acercó por temor de que el anciano dejara caer a su bebé. Simeón levantó la cabeza y María contuvo el aliento. Inmediatamente, vio el cambio que se había producido en él. Los ojos de Simeón ya no eran blanquecinos, sino de un marrón oscuro, y ardían de gozo. El corazón de María se desbocó. Cuando Jesús soltó el bucle de la sien de Simeón, el anciano agarró la pequeña mano de Jesús y le dio un beso en la palma.

«Señor Soberano —dijo Simeón con voz temblorosa—, ¡ahora puedo morir en paz! Como me prometiste, he visto al Salvador que preparaste para toda la gente. Él es la luz para revelar a Dios a las naciones, ¡y es la gloria de tu pueblo Israel! —

Con una sonrisa, lloraba y miraba sin cesar a Jesús, como si no se cansara de verlo—. Señor, Señor…».

—¿María? —dijo José en voz baja, parándose junto a ella.

—Todo está bien —dijo ella, que hasta ese momento no se había dado cuenta de que las lágrimas corrían por sus mejillas. Este era un hombre devoto que vivía en el templo y había reconocido a su hijo como el Mesías.

Simeón levantó la cabeza y miró a ambos.

—Que el Señor los cuide y los proteja mientras crían a este niño en los caminos de su Padre. Este niño será rechazado por muchos en Israel y provocará la caída de muchos.

La palabra *rechazado* entristeció el corazón de María. ¿Quién rechazaría al Mesías en Israel? ¿Acaso no todos anhelaban que se arreglaran las cosas entre el hombre y Dios? Seguramente, los sacerdotes y los ancianos se alegrarían. Hasta el sumo sacerdote saldría a saludarlo.

Simeón no dio más explicaciones; volvió a mirar a Jesús.

—Pero él será la mayor alegría para otros. —Devolvió a Jesús a los brazos de María. Luego, sorprendiéndola, estiró sus dos manos y tomó tiernamente el rostro de María como si fuera su hija favorita. Su rostro estaba lleno de pena y de compasión—. Como resultado, saldrán a la luz los pensamientos más profundos de muchos corazones, y una espada atravesará tu propia alma.

Angustiada por sus palabras, María quiso preguntarle qué significaban, pero José presionó suavemente su espalda con su mano.

—Debemos irnos, María. —María acató sus órdenes, inclinó la cabeza hacia Simeón y se dio vuelta.

Cuando salieron al corredor, María vio que hombres y mujeres se apartaban dando paso a una anciana, encorvada por los años y vestida con ropa de luto, que caminaba aprisa hacia el patio de las mujeres. La gente murmuró en las cercanías: «Es Ana, la hija de Fanuel, de la tribu de Aser… Mi madre me contó que ingresó al templo cuando murió su esposo… Ha consagrado su vida a servir a Dios noche y día, con ayuno y oraciones… Dicen que es profetisa…».

María miró hacia atrás y vio a Simeón parado en el corredor con la mirada aún fija en Jesús. Cuando se dio vuelta, vio que la anciana se dirigía directo hacia ella y José.

—¡Ha venido! —La anciana contempló con adoración a Jesús, que estaba en los brazos de María. Abriendo las manos, cerró los ojos y levantó la cabeza para hablar llena de gozo: —Del tocón de la familia de David saldrá un brote; sí, un Retoño que dará fruto de la raíz vieja. Y el Espíritu del Señor reposará sobre Él: el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de poder, el Espíritu de conocimiento y de temor del Señor. Él se deleitará en obedecer al Señor; no juzgará por las apariencias ni tomará decisiones basadas en rumores. Hará justicia a los pobres y los que son explotados. Reinará contra los malvados y los destruirá con el aliento de Su boca.

¡Sí! Quería gritar María. *Mi hijo romperá las cadenas que nos atan. Roma dejará de dominar al mundo. Mi hijo reinará. Mi hijo arreglará todas las cosas.*

La mano de José apretó el brazo de María, haciéndola retroceder.

—Debemos irnos, María. Tenemos que irnos *ahora*.

—Pero ella está anunciando el día del Señor.

—Sí, y los espías de Herodes están en todas partes, incluso dentro del templo.

María comprendió inmediatamente su advertencia. Herodes había asesinado a su esposa favorita y a dos de sus hijos por una amenaza imaginaria a su trono. El Mesías era un rival, pues un día eliminaría el poder de todos los reyes de la tierra.

—Sí, por supuesto —dijo, y lo siguió mientras la llevaba hacia la multitud. Debía proteger a su hijo hasta que él tuviera la edad suficiente para ocupar su debido lugar. Se perdieron entre el gentío que empujaba hacia adelante para escuchar qué decía la profetisa acerca de la llegada del Mesías. Aun así, el corazón de María se aceleró, porque el Señor se había asegurado de que el nacimiento del Mesías fuera anunciado en el templo.

Mientras se acercaban a la puerta de salida, María vio a un hombre parado a un costado. Él la miró directamente a los ojos; los de él eran tan negros que parecían dejar ver el hoyo negro de su propia alma. María jamás había visto unos ojos tan llenos de odio y violencia.

—¡José! —gritó alarmada, y el brazo de su esposo la rodeó firmemente. Ella acercó a Jesús a su pecho y bajaron corriendo las escalinatas.

—¿Qué viste? —dijo José mientras se alejaban a toda prisa del monte del templo.

—A un hombre, José, solo un hombre —dijo, sin aliento. *Un hombre que tenía los ojos de la muerte.*



José decidió que sería mejor que se quedaran en Belén, lejos de los rumores que circulaban sobre su casamiento apresurado en Nazaret. Poco después de la visita al templo, José encontró una casita en el límite del pueblo en la cual podrían vivir cómodamente. Había suficiente espacio para que pudiera montar su taller y ejercer su oficio de carpintero. Se instalaron con sus pocas posesiones. José se fue durante unos días con su burro para poder arrancar tres tocones para poder tener madera. Cuando volvió, se puso a trabajar de inmediato haciendo utensilios, cuencos y platos para vender en los mercados de Jerusalén.

Todas las mañanas, María llevaba a Jesús envuelto en una manta y atado a su espalda, y sacaba agua limpia para usar durante el día. Mientras hacía las tareas del hogar, tenía a Jesús junto a ella en una cuna que había hecho José. A menudo lo llevaba al taller de José para que su esposo viera cada cambio en su hijo.

—¡Está sonriendo, José! ¡Mira! —Y José reía con ella, complacido.

Jesús comenzó a sentarse a los seis meses y gateó a los siete. A los diez meses, se aferraba a los dedos de José y se levantaba para pararse. A José lo fascinaba el sonido de sus risitas y el interés atento que manifestaba por todo lo que lo rodeaba. A los once meses, daba pasos tambaleantes detrás de María; a los doce se despellejó una rodilla por primera vez. A veces Jesús parecía un niño como cualquier otro, y otras, José sentía una oleada de sobrecogimiento cuando Jesús lo miraba con ojos inocentes y sabios al mismo tiempo.

Cada mañana y cada noche, José les leía a María y a Jesús los rollos que habían estado en su familia desde el tiempo de David. Una noche en particular, Jesús jugaba tranquilamente sobre un tapete, llenando un barco de juguete con parejas de animales tallados que José había hecho. José hizo una pausa en su lectura para observar a Jesús, con el corazón hinchado en su pecho. Jesús puso dos ovejitas dentro del barco, cerró la puerta, la aseguró con el pestillo y aplaudió con sus manitos. José apoyó el rollo sobre su regazo.

—¿Alguna vez te has preguntado cuánto sabe, María?

—Todos los días. —Ella también observaba a Jesús mientras jugaba.

José sonrió con un dejo de tristeza.

—Me pregunto por qué el Señor no eligió a un hombre más instruido, uno que pudiera ofrecerle un hogar mejor a Jesús.

—Por mejor te refieres a más refinado.

—Seguramente el Hijo de Dios merece lo más refinado.

—¿Acaso Dios no elige siempre cosas que el mundo considera ridículas para avergonzar a quienes creen que son entendidos? Quizás Dios escogió a una muchacha campesina para que fuera su madre y a un carpintero como su padre terrenal porque el Mesías está destinado para *todo* su pueblo, no solo para quienes viven en las casas elegantes de las provincias o en los palacios de Jerusalén.

Un golpe los sobresaltó.

—¿Quién puede ser a esta hora? —María levantó a Jesús y lo apretó contra su pecho, mientras que José rápidamente enrollaba el pergamino y volvía a guardarlo en el baúl que estaba contra la pared. Cuando José abrió la puerta, María escuchó voces desconocidas que hablaban arameo entrecortadamente y con un marcado acento. Escuchó que José dijo que sí, y los hombres gritaron de felicidad. José miró hacia el lugar donde estaba ella con sus ojos resplandecientes de emoción.

—Estos hombres han venido desde el Oriente.

—¿Quiénes son?

—Hombres sabios que estudian los cielos. Han estado siguiendo una estrella nueva que dicen que anuncia el nacimiento del Rey de los judíos. Han venido a adorarlo.

María dio un paso adelante.

—Invítalos a pasar, José.

—Son gentiles, María, y contaminarán la casa.

—¿Cómo pueden contaminar la casa cuando el Señor mismo los ha enviado?

José asintió. Dándose vuelta, abrió la puerta un poco más. Los hombres vestidos con ropajes exóticos comenzaron a amontonarse en la pequeña casa. María retrocedió para hacerles más lugar, pues eran cuatro, y cada uno iba acompañado por un sirviente. Se quedaron mirando a Jesús con una mezcla de gozo y asombro. Uno por uno, se arrodillaron e inclinaron su cabeza hasta el piso ante él.

Jesús la presionó para hacerla saber que quería bajar. María lo bajó al piso, manteniéndose cerca para vigilar a los forasteros y a su hijo.

—Hemos traído obsequios —dijo uno con voz gruesa. Dándose vuelta hacia su sirviente, tomó una caja tallada y la abrió. Estupefacta, María vio que estaba llena de monedas de oro. Nunca había visto tanto dinero, excepto en la mesa de los cambistas del templo. Era más de lo que José podría ganar en toda su vida. El siguiente hombre le entregó un bolsón de cuero bordado.

—Incienso.

El tercer hombre mostró otra caja con monedas, mientras que el cuarto depositó sobre el tapete a sus pies un frasco de alabastro sellado.

—Mirra.

María estaba maravillada por semejantes regalos. Habían traído oro como tributo para su hijo que sería rey, incienso para que quemara como ofrenda en el templo y mirra como un bálsamo fragante para ungir su cuerpo.

Jesús no les prestó atención a los regalos, sino que caminó tambaleante entre los hombres que habían venido a adorarlo, tocando sus rostros y sus turbantes, y mirándolos a los ojos. Incluso se fijó en los sirvientes, quienes agacharon la cabeza hasta el piso de barro, en lugar de dejar que los tocara. Jesús se sentó entre ellos, abrió el barquito de juguete y sacó otra vez los animales.

José sonrió.

—Vengan. Pónganse cómodos. No tenemos mucho, pero lo que tenemos se lo ofrecemos. —Sirvió vino, partió el pan y escuchó con gran interés el relato de los hombres de su largo viaje a Judá. María se sentó sobre el tapete con Jesús, mientras él jugaba con su barco y los animales. Ella escuchaba todo lo que decían. Cuando Jesús bostezó, lo levantó en brazos y lo acostó en la cama.

Recién entonces, la conversación giró hacia los peligros que rodeaban a su hijo.

—Fuimos a ver a Herodes y le preguntamos: ¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer?. Le contamos acerca de la nueva estrella y de cómo habíamos viajado desde tan lejos para adorar al Rey recién nacido.

El rostro de José se puso pálido.

—¿Y qué dijo el rey Herodes?

El más anciano de los cuatro visitantes dijo gravemente:

—Llamó a los principales sacerdotes y a los maestros de su pueblo y los consultó. Ellos dijeron que el Mesías iba a nacer en Belén de Judá. Porque uno de

sus profetas dijo: Y tú, oh Belén, en la tierra de Judá, no eres la menor entre las ciudades reinantes de Judá, porque de ti saldrá un gobernante que será el pastor de mi pueblo Israel.

—Estábamos saliendo del palacio, cuando un sirviente de Herodes vino a buscarnos —dijo otro—. Nos susurró que quería hablarnos en privado.

—El rey Herodes nos dijo que buscáramos con cautela al niño y que cuando lo encontráramos, volviéramos a contárselo para que él también pudiera ir a adorarlo.

María vio el miedo en los ojos de José.

—¿Y cuándo lo harán?

—No se preocupe, José —dijo el más anciano del grupo—. La fama del rey Herodes es conocida en todas las naciones. —Se inclinó hacia adelante y puso sus manos entrelazadas entre sus rodillas—. Y un mensajero de Dios vino a nosotros y nos advirtió que no volviéramos al palacio.

María miró a José, pero él tenía la atención puesta en los hombres.

—Estamos acostumbrados a dormir durante el día para poder seguir la estrella por la noche —dijo otro—. Ayer, después de salir del palacio de Herodes, nos quedamos en una posada en Jerusalén.

—Y todos tuvimos el mismo sueño.

—Exactamente el mismo sueño.

El hombre mayor levantó la mano para calmar la agitación de los demás.

—A todos se nos dijo que no regresáramos adonde Herodes, sino que volvamos a casa por otro camino.

—Herodes los buscará —dijo José tristemente.

—Mandará a sus hombres para que busquen a la comitiva de sabios y sus sirvientes, pero no nos encontrará. Cada uno de nosotros tomará una dirección diferente. Babilonia, Asiria, Macedonia y Persia. Ustedes tendrán apenas unos días antes de que el rey se dé cuenta de que nos hemos ido. Entonces se lanzará a la cacería del niño.

El corazón de María comenzó a palpitar fuertemente con miedo. Miró a José y vio la tensión en su rostro.

—Es hora —dijo el anciano, y todos se pusieron de pie. Sujetó los brazos de José—. Que el Dios de sus antepasados cuide y proteja a su hijo. —Salieron a la oscuridad de la noche y José cerró la puerta detrás de ellos.

María se paró, temblando de miedo.

—¿Qué vamos a hacer, José?

—Esperaremos.

—Una vez me dijiste que Herodes tiene espías en todas partes, aun en el templo. ¿No habrá hecho seguir a esos hombres? Ellos saben dónde vivimos.

Él se acercó a ella y tomó su rostro entre sus manos.

—¿Quién estuvo diciéndome todos estos meses que Jesús proviene de la simiente de Dios?

Ella no podía dejar de temblar. ¿Quién podría proteger a Jesús si el rey Herodes salía a buscarlo?

José la abrazó.

—Yo también tengo miedo, María, pero el Señor ciertamente puede proteger a su propio Hijo.

—Deberíamos volver a Nazaret.

—No. Esperaremos aquí. —Ambos necesitaban recordarlo—: Dios dirige nuestros pasos.



Esa noche, mientras José estaba acostado en su lecho con María acurrucada contra su cuerpo, volvió a escuchar la voz.

—José —dijo el ángel, luminiscente y poderoso pero tranquilizador—. José.

—Sí, Señor —dijo José, en sueños.

—Levántate y huye a Egipto con el niño y su madre —dijo el ángel—. Quédate allí hasta que yo te diga que regreses, porque Herodes buscará al niño para matarlo.

José despertó abruptamente en la oscuridad. En la calle, todo estaba tranquilo aún. Se levantó sin hacer ruido para no despertar a María, tomó los

regalos que los magos habían dejado para Jesús y los guardó cuidadosamente en la caja con los pergaminos que había recibido como herencia. Salió al pesebre que había construido en la parte trasera de la casa y le puso los arreos al asno, ajustando las tiras alrededor de su vientre para colocar una canasta a cada lado. Metió la caja que contenía los valiosos rollos y los regalos para Jesús, y empacó las herramientas, el delantal de cuero y los pedazos de madera de olivo en la otra. Luego salió a llenar dos odres con agua y recogió suficiente grano en un saco para alimentar a la familia durante una semana.

—María —susurró y se agachó para besarla en la frente—. María, despierta. —Ella se incorporó y se restregó los ojos como una niñita. Él le retiró el cabello del rostro—. Un ángel del Señor vino a mí en un sueño. Debemos irnos de Belén *de inmediato*.

Ella miró hacia arriba con los ojos iluminados de esperanza.

—¿Volveremos a Nazaret?

—No, mi amor, iremos a Egipto. —Vio sobresalto y consternación en sus ojos, pero no tenía tiempo para aplacar sus temores—. Vamos, vamos —dijo, tomándole la mano—. Tenemos que irnos. —Tan pronto como ella estuvo de pie, él recogió las mantas y las dobló rápidamente—. Prepara a Jesús para viajar. —Sacó las mantas y las ató en la parte superior del bulto.

María salió poco después, con Jesús dormido otra vez y abrigado cuidadosamente en la manta que se había amarrado a la espalda. Así, podría amamantarlo fácilmente mientras viajaban.

Partieron durante la noche. José no se lamentó por perder la casa que había comprado para su familia ni por el negocio que recién empezaba a prosperar. En lo único que pensaba era en sacar a Jesús a salvo de Belén, antes de que Herodes mandara a sus soldados para que lo buscaran y lo mataran.

—Señor, danos fuerzas para el viaje —murmuró José—. Danos fuerzas y valentía para lo que sea que nos espere.

Mientras viajaban por un camino apartado, ampliado por la invasión de peregrinos que provenían de las regiones de Asdod, Ascalón y Gaza, el sol salió frente a ellos. Jesús se despertó y lloró.

—Tiene hambre —dijo María. Pararon a descansar y para que pudiera amamantarlo—. ¿Te pusiste a pensar, José, que es posible que estemos haciendo el mismo camino que hizo José cuando sus hermanos lo vendieron a los ismaelitas?

Su dulzura lo traspasó. María pensaba en muchas cosas, reflexionaba en ellas y se hacía preguntas sobre posibles significados ocultos.

—No. Solo pensé en cómo salir de Belén lo más rápido posible. —La observó mientras ponía de pie a Jesús. Se rio cuando el niñito corrió alegremente hacia un sendero de amapolas rojas. A veces José apenas podía creer que este niño era el Hijo de Dios. La mayor parte del tiempo parecía un niño como cualquier otro de su edad, fascinado por todo lo que lo rodeaba, necesitado de protección y orientación. Sin embargo, había veces que una luz se colaba en su mirada, como si recordara algo. ¿Era solamente humano? ¿O era la sabiduría encarnada, que crecería día tras día, hasta que comprendiera plenamente quién era? Y ¿qué pasaría entonces? ¿Este muchachito a quien él amaba como si fuera de su propia sangre se convertiría en el rey guerrero que todo Israel ansiaba ver?

O… José tuvo una sensación extraña de cosquilleo que le recorrió la espalda de abajo hacia arriba. Se le cerró la garganta. ¿O Jesús crecería y sería el siervo sufriente de quien había hablado el profeta Isaías?

Las lágrimas se asomaron a sus ojos mientras miraba a Jesús. A veces José tenía que recordarse a sí mismo que este niño que jugaba como cualquier otro era el Hijo del Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Herodes, el hombre más poderoso en todo Judá, estaba tratando de matarlo.

¿Qué clase de oposición tendría que enfrentar Jesús cuando fuera adulto? ¿Acaso no habían sufrido una muerte violenta todos los profetas, excepto Moisés y Elías?

—¡Jesús! ¡Ven! —José lo alzó y lo abrazó fuerte, sintiendo que el amor llenaba su ser hasta dolerle. Con los ojos ardientes, besó a Jesús y lo columpió hacia arriba para que el niño se posara sobre sus hombros. Jesús lo abrazó alrededor de la barbilla y José sintió una ráfaga de placer. Tomando las manos del niño, besó cada palma y estiró las manos de ambos hacia arriba. Jesús rio.

Los ojos de María resplandecían.

—Parece como si quisiera abrazar al mundo entero.

Sí, pensó José. *¿Pero lo abrazará el mundo a él?*



Pasaron veinte largos meses. Aunque José prosperaba económicamente, se sentía incómodo de vivir rodeado de idólatras. La ley exigía que llevara a su familia a Jerusalén en un viaje de peregrinación por lo menos una vez cada dos años y ese tiempo estaba avecinándose. Y no era solo la ley lo que hacía que

tuviera ganas de ir. Deseaba escuchar el sonido del shofar y la letanía de las voces hablando en arameo en las calles. Oraba en todo momento que Dios los llamara a salir de Egipto.

Todas las tardes, cuando el sol se ponía, José abría la caja que contenía los preciados rollos y llamaba a Jesús para que se acercara a él. El niño se subía a su regazo y José leía en voz alta la Torá o desplegaba el rollo que tenía las palabras del rey David o del profeta Isaías. Y luego abrazaba al niño y oraba.

José descansaba del calor de la tarde cuando el ángel del Señor se le apareció.

—¡Levántate! Lleva al niño y a su madre de regreso a la tierra de Israel, porque ya murieron los que trataban de matar al niño.

José se incorporó de un salto, con el corazón palpitándole con fuerza.

—¡María! —Se puso de pie y salió adonde ella estaba sentada a la sombra, observando a Jesús, que dibujaba en el polvo con un palo.

—¡María! —Eufórico, la puso de pie y la besó—. ¡Nos vamos a casa!



Una vez más, José y María dejaron todo salvo sus bienes más preciados y fueron adonde el Señor los guio. El viaje de vuelta por el Camino del Mar fue rápido porque viajaron precipitadamente, ansiosos por regresar a su tierra natal. José tenía en mente llevar a María y a Jesús de vuelta a Belén, donde había vivido su antepasado David. El pueblo estaba cerca de Jerusalén, cerca del templo. ¿No debía el Hijo de Dios estar cerca del centro de la adoración? ¿No debía morar en la cima de la montaña?

Pero cuando llegaron a un puesto de peaje en la frontera sur de Israel, donde le pidieron a José que pagara el impuesto del camino, vio una insignia que lo preocupó. Frunció el ceño.

—¿Quién gobierna en lugar de Herodes? —preguntó.

El soldado romano levantó la vista y emitió un resoplido burlón.

—¿Dónde has estado viviendo, judío? Arquelao, el hijo de Herodes. ¿Quién más?

El miedo se apoderó de José.

María se había quedado esperándolo y tenía a Jesús de la mano. Cuando José se acercó, María lo miró a los ojos.

—¿Qué pasa, José?

A veces, José deseaba que su mujer fuera menos perceptiva.

—Arquelao reina en Jerusalén.

Se puso pálida. Ella sabía tanto como él que la sangre de Herodes corría por las venas de Arquelao. ¿Sería también este rey un enemigo implacable? María levantó a Jesús y lo apoyó sobre su cadera.

—¿Deberíamos volver a Egipto?

Él pensó un momento y tomó las riendas del asno.

—Seguiremos adelante.

—Pero, José, ¿no deberíamos reflexionar un poco hasta que sepamos cuál es la voluntad de Dios?

José encaminó al animal hacia Jerusalén.

—Nada ha cambiado, María. Dios dijo que regresemos a Israel, y a Israel iremos, hasta que él indique otra cosa. —Solo tuvo que mirarla de reojo para ver que su mente se estaba dividiendo en muchas direcciones, considerando todas las posibilidades—. El Señor nos protegerá ahora como lo hizo cuando estábamos en Belén.

Mientras ascendían por el camino, el entusiasmo por volver a casa se evaporó por la ansiedad. Dios los había mandado a Egipto por causa de Herodes. ¿Sería Arquelao menos celoso de poder que su padre? Cuando llegaran a Belén, ¿recordaría la gente el interés que había atraído Jesús de parte de Simeón y de Ana en el templo? ¿Se acordarían de la curiosa visita de los magos que habían viajado cientos de kilómetros para ver al niño cuyo nacimiento había sido anunciado en los cielos? Una noticia así se propagaría. Los rumores abundarían. Y, como lo había hecho su padre antes que él, Arquelao iba a querer eliminar a todo el que se atreviera a desafiar su autoridad... aun al Hijo de Dios.

Señor, Señor, ¡temo por la vida de Tu Hijo y de Su madre!

José tenía miedo de pedir más que eso en oración, pues la orden del ángel había sido clara. *Regresen a la tierra de Israel*. Sin embargo, la aprensión de José aumentaba con cada paso. *Señor, Señor, tengo miedo. Ayúdame a obedecer.*

—José, ¿podemos descansar un rato ahí, junto a esos árboles? —dijo María. Él volteó a mirarla y vio el brillo del sudor en su rostro. No había bajado a Jesús desde que salieron del puesto de peaje. José guio al asno para que se apartara del camino y dejó que las riendas colgaran sobre el suelo para que el animal pudiera pastar mientras ellos descansaban a la sombra. María bajó a Jesús al suelo y se dejó caer con un suspiro de alivio. Cerrando los ojos, se llenó los pulmones de aire y sonrió—. Cada tierra tiene su propio aroma.

Mientras Jesús jugaba cerca, José recorrió con los dedos los nudos de las hebras de su manto de oración. *Señor, Señor…*

María se sentó junto a él.

—Descansa, José.

No quería compartir sus preocupaciones con ella. Quería que se sintiera segura, aunque no lo estuviera.

—No estoy cansado.

María apoyó su mano sobre la de él.

—Cierra los ojos un ratito, José. Hazlo por mí. —Se levantó y caminó hacia Jesús. Cuando volvieron y se acostaron a la sombra, José se relajó. El calor del mediodía caía sobre él como una manta pesada. Estaba muy cansado, tan cansado que sentía que se hundía en la tierra.

Nuevamente escuchó la voz conocida hablándole con calma y suavemente, tan suavemente que su alma se inclinó hacia ella. «José, hijo de David, no vuelvas a Belén, pues Jesús estará en peligro allí. En cambio, vayan a la región de Galilea y vivan en Nazaret».

Se despertó y se incorporó. Por la posición del sol se dio cuenta de que habían pasado varias horas. Jesús todavía dormía en los brazos de su madre.

—María —dijo José en voz baja, con el corazón palpitándole con fuerza.

Ella abrió los ojos, adormecida, y lo miró. Pestañeó y se incorporó.

—El Señor te habló otra vez. Se nota.

—Debemos ir a Nazaret y quedarnos a vivir ahí.

—¡Oh! —Su rostro se iluminó de alegría. Abrazó a Jesús mientras él se despertaba—. Nos vamos a casa, mi amor. Al hogar de tu abuelita y de tus tíos. ¡A casa!



Cuando María y José llegaron a Nazaret con Jesús, vieron que la modesta aldea cercana a las rutas comerciales no había cambiado. Pero la casa de la madre de María estaba abandonada, y la maleza había crecido mucho en el jardín de atrás. Angustiada, María y José se apresuraron a ir a la casa de su hermana y su cuñado.

—Tu madre murió el año que siguió al censo —les dijo Cleofas, su cuñado, después de saludarse alegremente.

—Todos creímos que les había pasado algo a ustedes —dijo la hermana de María—. Cuando nos enteramos de lo que hizo Herodes, pensamos que estaban perdidos.

—¿Perdidos? ¿Qué quieres decir? —dijo María, confundida.

—¿Qué hizo Herodes? —dijo José, parado junto a ella.

—Mató a los niños varones de Belén —dijo Cleofas—. ¡A todos! Desde los recién nacidos hasta los dos años, a cada uno de ellos. Así como a cualquier padre o madre que se interpusiera mientras los soldados cumplían sus órdenes.

María sintió que se desmayaba. Apretó fuertemente a Jesús en sus brazos mientras asimilaba la noticia. Si José no hubiera obedecido al Señor inmediatamente, Jesús habría estado entre los niños masacrados por los soldados de Herodes. Había sido por eso que la había levantado en medio de la noche y los había sacado de la ciudad. Él no sabía qué estaba por suceder; solamente que Dios había dicho: «Huyan a Egipto». Por la gran misericordia de Dios, Jesús seguía con vida y los planes de Herodes habían fracasado.

Se le cerró la garganta en duelo. Dios había salvado a su hijo, pero ¿y esos pobres niños

inocentes que habían sido masacrados por órdenes de Herodes? ¿Qué había sido de sus madres y padres? ¿Cómo podía existir tanta maldad en el mundo? María acarició a Jesús mientras lloraba.

—¿Mamá?

Escondió el rostro en la curva del cuello de su hijo y lloró.

Su hermana se acercó a ella.

—Cuando no volvieron a Nazaret, supuse que habías muerto en Belén con tu hijo. —Sollozando, abrazó a María y a Jesús—. Pero están sanos y salvos. ¡Alabado sea Dios!

—Tu madre creyó que los habían matado a todos —dijo Cleofas—. Murió creyéndolo.

María percibió un indicio de acusación en la voz de su cuñado y levantó la barbilla en defensa de su esposo.

—Dios le dijo a José que teníamos que ir a Egipto y esperar allí.

Cleofas frunció más el ceño mientras miraba a José.

—¿Dios te dijo que fueran a Egipto?

Los músculos del rostro de José se tensaron, pero no dijo nada. María miró a ambos hombres con preocupación. La hostilidad de Cleofas era evidente. La ira de María estaba entremezclada con vergüenza. José no se defendió ni dio explicaciones. ¿Pensarían sus parientes que María había mentido cuando dijo que el ángel del Señor se había presentado ante ella y le había dicho que daría a luz al Mesías? ¿Preferían los rumores de que José la había seducido antes de casarse y que habían inventado una historia ridícula para evitar que los apedrearan? Ahora que ella y José habían llevado a Jesús de regreso a Nazaret, ¿revivirían los rumores sobre la concepción del niño?

Aferrando más a Jesús, se dirigió a su hermana. A excepción de José, esta mujer la conocía mejor que nadie. Seguramente ella le creería.

—Cuando Jesús nació en Belén, unos pastores vinieron a verlo. Nos contaron que el ángel del Señor se había aparecido en medio de ellos y que el resplandor de la gloria de Dios los había rodeado. El ángel les dijo que no tuvieran miedo, porque traía una buena noticia que causaría un gran gozo. Porque esa noche, en Belén, el Salvador, ¡el Mesías!, había nacido. Y el ángel dijo que hallarían al bebé acostado en un pesebre, envuelto en tiras de tela.

—¿Un pesebre? —dijo su hermana con tristeza.

¿Eso fue lo único que había escuchado? ¿No comprendía el cumplimiento de la profecía?

Cleofas hizo un ruido con la garganta.

—¡El Mesías, nacido en un establo! ¿Y esperas que creamos eso?

María trató de contener el llanto.

—Unos magos vinieron a nuestra casa en Belén, Cleofas. Dijeron que habían seguido a una estrella que apareció en el cielo al mismo tiempo que Jesús nació. Trajeron regalos. Primero fueron a ver al rey, a preguntarle dónde debía nacer el Mesías.

—María... —Su hermana trató de tranquilizarla.

Cleofas miró furioso a José:

—¿Cómo se te ocurrió convencerla de todo esto?

—¡Estoy diciendo la verdad! —gritó María—. ¿Por qué no quieren creerme?

—Detente, Cleofas —dijo su hermana—. Te lo ruego.

—¡No me digas que le crees!

—Conozco a mi hermana. —Sus brazos sujetaron fuerte a María—. Nunca antes había mentido.

—¡Ni estoy mintiendo ahora! —dijo María, enojada—. Jesús es el Mesías. ¡Lo es!

Cleofas sacudió la cabeza.

—Está loca.

—Dice la verdad —dijo José tranquilamente.

Cleofas lo miró fijo un rato largo y frunció el ceño.

—Aunque lo creyera, ¿qué importancia tendría? Lo que importa es lo que crea el resto de las personas del pueblo. —Cleofas miró a Jesús e hizo una mueca—. Un hijo nacido muy poco después de la ceremonia de la boda, de una muchacha tan engreída que se cree la madre del Mesías... es un escándalo. El Mesías, nacido de una campesina de Nazaret. Nadie creerá jamás esa historia.

Estupefacta, María solo pudo quedarse mirándolo, angustiada. José se inclinó hacia ella y tomó a Jesús de sus brazos.

—Vamos, María. —La rodeó con su brazo.

—Lo siento —susurró su hermana.

—No te atrevas a pedirle disculpas a él —dijo Cleofas, fulminándola con la mirada—. Él es la causa de este problema y la razón por la que toda nuestra familia está hundida en la humillación.

—Te equivocas. —La boca de María temblaba—. José es irreprochable, y Jesús es el Ungido de Dios. Algún día, ¡verán la verdad con sus propios ojos! —Algún día, ella sería reivindicada. ¡Todos verían a su hijo en el trono, reinando con justicia!

—Creeré que él es el Mesías cuando lo vea acompañado por su ejército, ¡expulsando de Jerusalén a los romanos!

María sintió que el brazo de José la apretaba más fuerte y la dirigía hacia la puerta. Se resistió, queriendo decirles más cosas a su hermana y a su cuñado. Estaba indignada, pero José se mantuvo firme. Su brazo la cercó protectoramente mientras salían hacia la angosta calle.

—Ay, José, nunca pensé que esto sería así. ¿Por qué prefieren creer mentiras que creer la verdad? Seguramente Jesús no crecerá debajo de semejante… sombra. ¿O sí?

—Dios nos trajo aquí, María. Qué pasará ahora, no lo sé. Debemos vivir con la fortaleza de Dios, mi amor.

—¿Mamá? —dijo Jesús, afligido por las lágrimas de dolor y enojo que veía en su madre. José acarició tiernamente el cabello de Jesús, con una expresión de angustia en sus ojos. Cuando Jesús lo miró, José le sonrió y pasó sus nudillos por la mejilla suave y redonda del niño. María vio el amor que había en los ojos de su esposo y sufrió por él. Su reputación estaba tan arruinada como la de ella. La gente creía que él la había seducido.

Bendice a José, Señor. Oh, por favor, bendícelo por lo que sufrirá por amor a Tu Hijo y a mí.

¿Cuántos hombres aceptarían perder su buena reputación sabiendo que habían actuado según las indicaciones de Dios? ¿Cuántos se levantarían ante el primer susurro del consejo de Dios y dejarían su casa y su negocio para mudarse a un país desconocido? O ¿qué hombre dejaría su hogar y su negocio para volver a una ciudad donde todos estaban seguros de que había seducido a una joven virgen y le había llenado la cabeza con fantasías de ángeles y del Mesías prometido?

Cada día que pasaba, crecía el amor de María por el hombre que Dios había elegido para ella. La primera vez que lo vio, le gustó. Lo había respetado más con

cada prueba que tuvieron que enfrentar, y ahora lo amaba más de lo que creía posible. *Oh, Señor, me has colmado de bendiciones.*

José bajó a Jesús al piso y María le tomó la mano. Mientras los tres caminaban juntos por la calle, Jesús extendió su mano y agarró la mano de José. María le sonrió a su esposo y sintió que la opresión que sentía en su corazón se disipaba.

—Algún día verán a Jesús en poder, José. Y entonces sabrán cuán injustos fueron con nosotros. —Tragándose las lágrimas, levantó la cabeza y siguió caminando en silencio.



La casita de José seguía igual que cuando la dejaron. José armó su taller y a duras penas empezó a ganarse la vida haciendo yugos, arados y escaleras. Cuando no le llegaba ningún trabajo, se levantaba temprano y caminaba hasta la cercana Séforis, ofreciendo su trabajo a los capataces que necesitaban buenos carpinteros para hacer celosías, puertas y muebles para los ricos.

La vida cayó en una rutina de esfuerzo y trabajo duro. Todas las mañanas, María y José se levantaban juntos y se lavaban las manos y los ojos. María decía la bendición sobre la casa y salía a darle comida y agua al asno de José, antes de que él saliera a trabajar en su taller o se fuera a Séforis. Luego ella y Jesús bajaban al pozo común a sacar el agua para el día. Trabajaba en la huerta o en el cantero de flores. Hacía aceite para las lámparas, molía especias, recogía chamiza para la hoguera de la casa, lavaba la ropa de cama, trabajaba con el huso y el telar, preparaba las comidas y ordenaba las estirillas.

Por el bien de Jesús, María no hablaba de la visitación del ángel del Señor, de su concepción milagrosa, de la visita de los magos o de los regalos que José todavía tenía guardados para él. No decía nada de las cuatro veces que el Señor le había hablado a José. Algún día, cuando Jesús diera a conocer su poder y su propósito, la gente se enteraría de su origen. Pero ahora ella no mencionaría los milagros. No prodigaría lo que era santo a personas profanas ni les daría oportunidad de que se burlaran del Hijo de Dios.

A veces, lo común que era la vida que llevaban la desconcertaba. En muchos sentidos, Jesús era como cualquier otro niño que ella conocía. Gateó antes de caminar. Tropezó al dar sus primeros pasos. Dijo sus balbuceos infantiles antes de poder pronunciar palabras y armar frases. Era curioso: quería tocar y agarrar todo lo que hubiera a su alcance.

Todas las otras madres presumían de sus hijos, pero María sabía que ninguno podía compararse con el suyo. No había un hijo tan perfecto, tan cariñoso, tan observador del mundo y de las personas que lo rodeaban. Prestaba atención,

escuchaba y disfrutaba con facilidad. Nunca se quejaba ni lloriqueaba; simplemente manifestaba sus necesidades. Nunca trataba de manipularla con lágrimas ni con rabietas.

Algunas decían que se parecía a ella: «Jesús tiene tu mentón, María... Tiene tu nariz...».

Pero nadie decía que Jesús tenía sus ojos.

Fue José quien cortó los rulos de Jesús cuando dejó de ser un bebé. Ese día fue como un festival, con todos los parientes y viejas amistades de María, y les dieron frutos secos y pastelitos de pasas a los niños que acudieron a participar del día especial.

Cada vez que José iba a buscar trabajo a Séforis, María caminaba con Jesús fuera de los límites del pueblo mientras el sol estaba llegando a la línea del horizonte.

—¡Ahí está, madre! —señalaba Jesús cuando José aparecía caminando por la ruta hacia Nazaret—. ¡Padre! —Corría a saludarlo y caminaba con él mientras José subía la colina.

Todas las noches, José subía a Jesús a su regazo y leía los pergaminos. Sabía de memoria muchos de los salmos escritos por su antepasado, el rey David. A María le encantaba escucharlo. Cenaban la comida sencilla que había cocinado María y hablaban de los sucesos del día.

María se llenaba de alegría cuando había suficiente trabajo para que José se quedara en casa, en Nazaret; José llevaba a Jesús al taller. Ella les servía pan y agua y se quedaba unos minutos observándolos. José aprovechaba cada oportunidad para enseñarle a Jesús cómo usar las herramientas de su oficio: el martillo, el cincel, el mazo y el punzón. Le enseñó a usar el tarugo para alisar y el codo para medir. Cuando fuera mayor, Jesús aprendería el uso de la azuela y el hacha. Trabajaban bien juntos: José era un maestro paciente y Jesús era un aprendiz dispuesto y entusiasta. Jesús fruncía el ceño, concentrándose, mientras cincelaba algún diseño que José había dibujado sobre una tabla: una viña curvada por racimos de uvas, una estrella de David o una granada.

«Cuando volvamos al templo para la Pascua —dijo José—, te mostraré las grandes columnas de oro. Esas columnas son la obra de hábiles carpinteros que las tallaron y, luego, clavaron con martillos delgadas láminas de oro sobre ellas para que parecieran hechas de oro macizo».

Cuando trabajaba en su telar por las noches, María escuchaba a José mientras leía la Torá, los Profetas y los Salmos de su ancestro, el rey David. Fue José quien

le enseñó a leer y a escribir a Jesús. Y fue José quien tomó de la mano a Jesús, cuando tenía seis años, y lo presentó al maestro de la sinagoga para que la educación de su hijo fuera adecuadamente supervisada.

Poco tiempo después, las oraciones de María fueron contestadas.

Se paró en la puerta del taller de José y lo observó mientras esculpía una copa.

—Nunca dijiste que deseabas tener un hijo propio, José.

Él levantó la vista y negó con la cabeza.

—¿Debería querer más de lo que Dios me ha dado? Todos los días miro a Jesús y veo crecer la esperanza de Israel.

—Para él sería bueno tener hermanos y hermanas que lo amaran como lo hacemos nosotros. —En la aldea, aún había personas que murmuraban sobre el precipitado nacimiento de Jesús y lo menospreciaban y enseñaban a sus hijos que hicieran lo mismo—. ¿Y qué me dices de ti? —dijo, sin querer ceder su secreto tan rápido—. Los hijos son una bendición del Señor.

Él levantó la cabeza y sonrió.

—No pediría más bendiciones de las que el Señor ya me ha dado.

—El Señor bendice a quienes lo aman, José. Los bendice abundantemente.

Divertida, lo observó tallar un rizo de madera en la copa que sostenía. A María le fascinaba verlo trabajar porque era sumamente cuidadoso en todo lo que hacía. Era un esposo y un padre fuerte, bondadoso y amoroso. Se apoyaba en el Señor y lo buscaba en la mañana, al mediodía y a la noche.

—Bendición tras bendición, José. —Su corazón desbordaba de alegría. Estaba ansiosa por ver el mismo asombro y agradecimiento en sus ojos.

José la miró nuevamente, frunciendo el ceño esta vez, con interrogantes en sus ojos oscuros. Sabía que su esposo nunca le había pedido más a Dios. Pero ella sí. Había suplicado bendición tras bendición para este hombre que Dios había puesto a su lado. Y para Jesús. ¿No debería él sentir el disfrute de tener hermanos y hermanas?

—Sí, José. El Señor nos ha bendecido. —Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver la alegría en el rostro de su esposo—. Nuestro hijo nacerá cuando el trigo esté listo para la cosecha.

Se rio de placer cuando José la levantó en sus brazos.

CUATRO

María recibió a su segundo hijo con la misma alegría y expectativa que había recibido a Jesús. Su corazón se derritió cuando tuvo en brazos a su nuevo bebé y lo amamantó.

—Aquí está, Jesús. Tu hermano, Santiago. —Acurrucó al bebé en los brazos de su primogénito y rio al ver con cuánto placer contemplaba al nuevo bebé. Peinó el cabello de Jesús hacia atrás—. Dichoso es entre los niños por tenerte a ti como hermano.

Durante los meses siguientes, las revelaciones llegaron una tras otra a medida que María fue descubriendo las diferencias que había entre sus dos hijos. Cuando Jesús era un bebé, solo lloraba cuando tenía hambre o estaba mojado. Santiago lloraba cada vez que quería atención. Aun después de diez meses, Santiago seguía despertándola varias veces por la noche y lloraba hasta que ella se levantaba y lo sacaba de la cama.

Las mujeres del pozo estaban llenas de recomendaciones.

—Si no acuestas a ese bebé y lo dejas llorar, te hará rabietas durante el resto de su vida.

—Jesús nunca lloró así.

Una de las mujeres la miró con exasperación.

—Ella cree que el mundo gira alrededor de él. —La mujer se marchó con su cántaro con agua.

—Cada niño viene con dificultades, María —le dijo otra—. A veces es peor tener un hijo tan fácil al principio y luego otros que no son tan fáciles de tranquilizar. Ningún hijo es perfecto.

Jesús lo es, quería decir María, pero se quedó callada, sabiendo que sonaría como que alardeaba, en lugar de la verdad. La llegada de Santiago le había enseñado que sus habilidades como madre no tenían nada que ver con el carácter

de Jesús. Si él fuera perfecto por la formación que ella le había dado, ¿no sería capaz de aplicar los mismos métodos para criar otro hijo para el Señor? Sus dos hijos eran de voluntad firme. Jesús dedicaba toda su atención y su fuerza a hacer la voluntad de Dios, mientras que ella se daba cuenta de que la voluntad de Santiago estaba dirigida a salirse con la suya. Si era así de complicado de pequeño, ¿cómo sería cuando se convirtiera en un niño y, luego, en un hombre?

—Quiero que Santiago sea como Jesús —le dijo a José.

—Eso tal vez sería posible si fueran del mismo Padre. —José tomó su mano entre las suyas—. María, seremos cuidadosos de enseñar los caminos del Señor a nuestros hijos. Nos esforzaremos por vivir una vida agradable a Dios. Más allá de eso, Santiago tendrá que decidir.

Jesús todavía encontraba tiempo, entre la escuela y el trabajo con José, para sentarse con ella y charlar un rato. Subía a su hermanito sobre su rodilla y jugaba con él mientras le hacía preguntas a ella. A menudo preguntaba cosas que superaban los conocimientos de su madre.

—¿Le has preguntado a José sobre esto?

Jesús nunca se quedaba conforme cuando trataba de mandarlo por ese camino.

—Estoy preguntándote a ti, madre.

—Todo lo que sé de la ley es lo que me enseñaron mi padre y mi madre.

Repetía lo que le habían enseñado, pero Jesús quería conocer la razón que había detrás de ello. Una vez le preguntó por qué un grupo de niños le habían lanzado piedras a un anciano leproso. Ella le dijo lo que sabía que la ley decía la ley acerca de los leprosos.

—¿Es motivo suficiente para lanzarle piedras a un anciano enfermo?

A María se le hizo un nudo en la garganta al ver el dolor en los ojos de su hijo. Le acarició la mejilla.

—No hay una razón para la crueldad. Simplemente existe.

Dios abrió su útero otra vez y, después de Santiago, vino el pequeño José, en honor a su padre. Luego vino Ana, en honor a la madre de María.

Los niños amaban a Jesús y eran tan celosos de su atención como de la de María o la de José. Ana, en particular, quería sentarse sobre el regazo de su hermano mayor siempre que él estaba en la casa. Le suplicaba que le contara

historias, y María escuchaba mientras él les hablaba a sus hermanos menores de Noé y del arca llena de animales, de Jonás y del gran pez, de Daniel en el foso de los leones. En la noche, les cantaba salmos a los niños. María y José cantaban con él cuando eran canciones que conocían, pero a veces Jesús entonaba palabras que les resultaban conocidas con una melodía que nunca habían escuchado.

Cada mañana, cuando besaba a Jesús antes de que se fuera a la escuela a estudiar la Torá con los otros niños de su edad, sentía una punzada de dolor porque ya no lo tenía todo para ella. Él estaba creciendo y los días de ella estaban cargados de sus obligaciones hogareñas. Cuando Jesús llegaba a casa, no se sentaba a charlar con ella. Se iba directamente a trabajar con José para cumplir los pedidos de los clientes y para ayudar a traer el pan a la mesa para la familia en crecimiento.

¿Es este el Mesías, realmente? ¿Este muchachito tranquilo que habla poco y parece no tener ninguna ambición, más allá de aprender la ley y el oficio de José?

El pensamiento apareció en su cabeza de la nada y María hizo una mueca, perturbada por él. Se apretó la frente con los dedos, tratando de borrarlo. Pero permanecía como el eco sombrío de la voz de otra persona.

¿De verdad será este el Mesías que salve a Israel? ¿Es este el rey guerrero que rescatará a su pueblo?

¿Cómo era posible que un pensamiento tan traicionero entrara en su mente? ¡Ella sabía quién era Jesús! ¡Sabía que su primogénito había sido concebido por el Espíritu Santo! ¡Sabía que era el Mesías tan esperado!

El estruendo de unas voces familiares la llevó afuera, donde vio a Santiago y a José peleando con espadas de palo. Suspiró. Esos dos siempre parecían resueltos a competir con sus puños para ganar el mejor puesto. Muchas veces se sorprendía añorando los días más simples, cuando ella y José solo tenían a Jesús. El amoroso y educable Jesús, que absorbía el mundo que lo rodeaba, pero nunca parecía ser parte de él. Su hijo de otro mundo. Su hijo del Espíritu Santo. ¿Cómo podía no preferirlo?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando el juego de Santiago y José se volvió más rudo. Santiago le dio un empujón a su hermano menor, haciéndolo caer al suelo, y se paró sobre él, apuntando a su corazón con la espada.

—¡Estás muerto!

Las lágrimas mancharon el rostro sucio de José cuando se impulsó para levantarse.

—Ahora te toca a ti hacer de romano.

—¡Basta! —gritó María e inmediatamente se arrepintió de haber hablado con tanta dureza. ¿Por qué tenían los niños tanta inclinación por la guerra? Sabía que el sueño de cada niño judío, incluidos los suyos, era liberarse de las cadenas de Roma.

Jesús había venido a hacer precisamente eso, pero ella se preguntaba si sucedería de la manera que todos esperaban. Jesús, su hijo. El Hijo de Dios. ¿Algún día marcharía sobre Jerusalén como lo había hecho el rey David? ¿Por qué le resultaba tan difícil imaginarlo? ¿Cuál sería el costo para este niño que podía mirar con tanto amor a sus belicosos amigos y hermanos?

Sabía que Jesús también estaba luchando. Lo recordaba cuando era muy pequeño, afectado por las pesadillas recurrentes que tenía. ¿Cuántas veces lo había levantado en sus brazos y le había preguntado qué lo molestaba tanto? Nunca lo decía. Ella notaba la tristeza que había en sus ojos cuando llegaba de la sinagoga, la expresión de indignación cuando veía que alguien era tratado de manera injusta. A veces aparecía en su frente un brillo de sudor cuando se sentaba con su manto de oración sobre la cabeza, y su rostro se tensaba mientras oraba.

Un día le preguntó:

—¿Por qué pareces tan angustiado, Jesús? Dime qué está sucediendo.

—¿De qué serviría que te lo dijera?

—Podría servir para aligerar tu carga.

Él la miró y sus ojos oscuros se llenaron de compasión.

—No es alivio lo que necesito, madre. Es fortaleza renovada. Y llegará cuando más la necesite.

Estaba a punto de presionarlo para que siguiera hablando, pero en ese momento entró José con los hombros encorvados y la mirada hacia el piso. El corazón de María se desplomó.

—¿Tobías no te pagó por la silla que le entregaste?

—Me dijo que tuvo ciertos gastos inesperados. Pagará antes de la luna llena.

María se enojó. No era justo que José trabajara tanto y después tuviera que esperar que le pagaran. Tobías podía pagar lo que debía. ¡Se sentaba en la puerta con los ancianos! ¡Qué gastos inesperados! Justamente el día anterior ella se

había enterado de que acababa de comprar una mula para su hijo menor. María se levantó con los puños cerrados.

—Iré a hablar con él.

José levantó la vista.

—No lo harás.

—¡No es justo que se aproveche de ti! Si no me dejas ir a mí, entonces que Jesús vaya y hable con ese hombre.

—María —dijo José con una expresión afligida—, Tobías pagará a su tiempo. Siempre lo hace.

—Y mientras esperamos que llegue su tiempo, ¿con qué compraremos pan para nuestra mesa?

—Siempre hay suficiente trabajo en Séforis.

—No es justo, José —dijo ella mientras las lágrimas brotaban en sus ojos—. Trabajas tan duro.

—No es Tobías el que provee para que vivamos, María. Dios siempre provee.

José y Jesús partieron a Séforis la mañana siguiente. Esa tarde, Ana se enfermó.



Pasaron dos días y la fiebre altísima no disminuía a pesar de los paños fríos que se calentaban en la frente ardiente de la niña. Ana lloraba sin parar, mientras María la paseaba de un lado a otro en brazos. Por una vez, los niños se quedaron tranquilos. Amaban a su hermanita y percibían el miedo de María. Al tercer día, Ana había perdido el conocimiento.

Cuando José y Jesús volvieron de Séforis, María se levantó en un mar de lágrimas y se arrojó a los brazos de José, porque su pequeña agonizaba.

Jesús dejó sus herramientas de carpintero y cruzó la habitación. Las manos de José apretaron la cintura de María y ella se dio vuelta.

Jesús se quedó parado frente a su hermana por un largo rato. Luego, se arrodilló junto a su estirilla.

—Ana —dijo dulcemente y acarició la frente de su hermanita con la punta de sus dedos. Ella tomó aire profundamente y abrió los ojos.

María agarró fuertemente la mano de José.

—Jesús —dijo Ana, sonriendo; su rostro tenía un color saludable—. Estás en casa. —La hijita de María estiró la mano hacia él. Jesús la alzó en sus brazos y se incorporó. Ana le rodeó el cuello con sus bracitos, la cintura con las piernas y apoyó su cabeza sobre su hombro. Jesús arrimó su cabeza a la curva del cuello de su hermana y cerró los ojos.

Con el corazón palpitándole fuertemente y un cosquilleo en la piel, María se dejó caer sobre el banquito que había junto a la puerta. Los dedos de José temblaban cuando la tomó del hombro. Ella se echó a reír y se cubrió el rostro. Las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Ana está bien, mamá. —Santiago se levantó—. ¿Podemos salir a jugar ahora? —Corrió hacia Jesús, que cambió de lugar a Ana para poder rodear a su hermano menor con el otro brazo.

—Sí, está bien, Santiago. Vayan afuera y jueguen.

El pequeño José corrió detrás de él.

Y María se dio cuenta de que, aunque Santiago y José vieron, no lo habían entendido.



Josías, uno de los amigos de Jesús, entró en la carpintería con un mensaje de parte del rabino.

—Quiere que vaya ahora. Se trata de Jesús.

—¿Qué pasa con Jesús? —dijo José, dejando a un costado la azuela y limpiándose las astillas del frente de su túnica mientras salía con Josías a la calle.

—El rabino se enojó con él otra vez.

—No sabía que se había enojado antes. —José podía sentir las gotitas de transpiración que corrían por su nuca—. ¿Qué sucedió, Josías?

—Realmente no lo sé —dijo el niño, sacudiendo la cabeza—. Lo único que hizo Jesús fue hacerle una pregunta, pero el rostro del rabino se puso todo rojo y empezó a temblar. Luego me dijo que viniera y lo llamara a usted.

Caminaron rápidamente por la calle hasta el centro del pueblo, rumbo a la sinagoga. Cuando José entró, sintió la tensión en el aire y pudo escuchar el tono de voz tirante del rabino, hablando sobre algún aspecto de la ley. Tan pronto como vio a José, dio unas palmadas.

—Suficiente por hoy. Recuerden lo que discutimos durante el camino a su casa. Piensen bien en estas cosas. —Los despidió haciendo un ademán con la mano.

Los niños se pusieron de pie y salieron rápido de la sinagoga, todos excepto Jesús, que estaba sentado en un banco en el frente. Con el corazón afligido, José se sentó junto a él y puso una mano sobre el hombro del muchacho.

El rabino metió las manos dentro de sus mangas y fulminó con la mirada a Jesús.

—¡Estoy cansado de que *él* me cuestione!

José parpadeó.

—¿Rabino? —La sinagoga era el lugar para hacer preguntas, para explorar la ley.

El rabino sacudió la cabeza, enojado.

—No me incomodan las preguntas. Es su manera de cuestionar lo que me molesta.

Confundido, José dejó de mirar al rabino y se fijó en Jesús, luego volvió a mirar al rabino.

—¡Hable con él! —Los ojos del rabino relampaguearon—. Explíquele a su hijo que *yo* soy el rabino y que si insiste en hacerme preguntas que me hagan quedar como un… santurrón, le impediré entrar a la sinagoga. No permitiré que el hijo de un simple carpintero socave mi autoridad.

José sintió que se acaloraba. Soltó el hombro de Jesús y dio un paso adelante, pero Jesús le agarró la mano y se levantó.

—No quise faltarle el respeto, rabino —dijo el muchacho con una calmada dignidad. Miró al hombre directo a los ojos, y no habló más.

Toda la bravuconada del rabino quedó desarmada, y parpadeó. Luego, entrecerró los ojos como si buscara algún indicio de burla.

—Estás advertido.

Cuando José salió de la sinagoga con Jesús, pensó en preguntarle que había causado tanta hostilidad. Pero, cuando miró a Jesús, vio sus lágrimas. Con un gesto dolido, José abrazó al muchacho.

—¿Te humilló frente a los demás? —*Desde luego que lo hizo*, pensó José, tan enojado como para volver y decirle al rabino lo que pensaba.

Jesús sacudió la cabeza con esa mirada distante que volvía a sus ojos.

—¿Por qué son tan tercos los hombres?

José sabía que Jesús no se lo preguntaba esperando una respuesta.



Cuando llegó la ocasión en que Jesús leería la Torá en la sinagoga, María se abrió paso hacia adelante en la galería de las mujeres, hasta que pudo mirar hacia abajo, a la asamblea. El lector salmodió el *Shemá*. Los niños respondieron «amén». Enfrentando a Jesús en la plataforma estaban el rabino de Nazaret y el comerciante adinerado que dirigía la congregación. Detrás de ellos se sentaban los siete ancianos de la ciudad y, luego, los hombres según su profesión. Divisó a José, a Jesús, a Santiago y a José entre los carpinteros.

Los dedos de María se aferraron al enrejado. Había estado esperando este día, el día que su hijo leería frente a la congregación. ¿Se anunciaría a sí mismo ante los reunidos? ¿Se darían cuenta, finalmente, de que él era el Ungido de Dios?

El rabino, seguido por el principal de la congregación y el jefe del tribunal, se acercó al arca del pacto y sacó el rollo sagrado de la Torá. La congregación se puso de pie y clamó: «Siempre que el arca salía, Moisés gritaba: ¡Levántate, oh Señor y que se dispersen tus enemigos! ¡Que huyan ante ti!».

Jesús dejó el sector de las bancas donde se sentaban los carpinteros y caminó hacia el frente, acomodándose el manto de oración sobre los hombros. Caminaba con gran dignidad para ser alguien tan joven. ¿Notaban los demás la diferencia en su comportamiento? El corazón de María palpitó fuertemente mientras él subía a la plataforma. ¿Sucedería algo en el día de hoy que revelaría su identidad ante todos los de Nazaret que habían murmurado a sus espaldas en contra de ella y de José? ¿Se darían cuenta finalmente de que su hijo *era* el Mesías? ¿Se reunirían alrededor de él y alabarían su nombre? ¿Lo seguirían dondequiera que los guiara?

Que así sea, Señor. Que su momento sea ahora. Padre del cielo, hemos esperado tanto tiempo. David fue ungido siendo un muchacho. Tú le diste la victoria a David por todas partes.

Jesús ocupó el lugar del lector y mantuvo abierto el pergamino.

«El Señor de los Ejércitos Celestiales dice: 'El día del juicio se acerca, ardiente como un horno. En aquel día el arrogante y el perverso serán quemados como paja. Serán consumidos, desde las raíces hasta las ramas'. —Mientras Jesús leía, María sintió un escalofrío. Tenía la voz de un niño, pero contenía una autoridad que no reflejaba en absoluto su edad. ¿La escuchaban los demás?

«"'Sin embargo, para ustedes que temen mi nombre, se levantará el Sol de Justicia con sanidad en sus alas. Saldrán libres, saltando de alegría como becerros sueltos en medio de los pastos. El día en que yo actúe, ustedes pisotearán a los perversos como si fueran polvo debajo de sus pies', dice el Señor de los Ejércitos Celestiales"».

El corazón de María se llenó de orgullo. José alzó la vista y la miró, sonriendo y con los ojos brillantes.

«'Acuérdense de obedecer la ley de Moisés, mi servidor, todos los decretos y ordenanzas que le entregué en el monte Sinaí para todo Israel' —siguió leyendo Jesús—. 'Miren, les envío al profeta Elías antes de que llegue el gran y terrible Día del Señor. Sus predicaciones harán volver el corazón de los padres hacia sus hijos y el corazón de los hijos hacia sus padres'».

Jesús levantó la cabeza y recorrió con la mirada a todos los hombres que estaban escuchando y a las mujeres que estaban arriba, en la galería.

«'De lo contrario, vendré y haré caer una maldición sobre la tierra'».

María sintió que se le erizaba el cabello de la nuca. No temía por el hijo que había tenido para Dios, sino por el futuro de su pueblo. ¿Qué sería de sus otros hijos y de su hija? ¿Creerían que Jesús era el Ungido de Dios y lo seguirían a cualquier costo? ¿O continuarían presenciando su bondad, su amor, su misericordia, pero sin entender que él era más que otro hijo de su vientre? Él era el Hijo de Dios, enviado desde el cielo para liberar de la esclavitud a Israel.

Ah, el hijo que tuviste es aún más grande que Moisés. ¡Tu hijo reinará! Mira a tu muchacho, María. Es tu sangre la que corre por sus venas.

Su corazón de madre se llenó de orgullo al mirar a Jesús. Los hombres de Nazaret lo rodearon y festejaron su primera lectura de la Torá delante de la congregación. ¡Era un día estupendo y glorioso! Las mujeres que la rodeaban se acercaron a ella y la felicitaron por tener un hijo tan distinguido. «Qué bien lee, María... Tiene tanta dignidad...».

Uno de los ancianos empezó a cantar una canción de celebración y los demás hombres se sumaron a él, hasta que el sonido de sus voces aumentó, profundo y fuerte, elevándose.

¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

María se quedó mirando fijamente a Jesús. Cuando la miró, ella se sorprendió por la expresión de inquietud que vio en su rostro. La miró directamente y, de pronto, ella se dio cuenta hacia dónde corrían sus pensamientos.

Mi hijo.

Mi sangre.

¡Mi hijo reinará!

Mirando a Jesús, se apretó las mejillas ardientes con sus manos frías.

Oh, Señor, Dios de Israel, ¡perdóname! Jesús es Tu Hijo. Es un Hijo del Espíritu Santo. Yo soy solamente el recipiente que Tú usaste para cumplir Tu promesa.

El rostro de Jesús ya se había suavizado. Sus ojos brillaron cuando levantó las manos y dio vueltas; se echó a reír y a bailar, mientras los hombres de fe lo rodeaban uniendo sus brazos para formar un círculo.



María se sentó en una banca pequeña del jardín, en la quietud de la noche. Todos los niños dormían en sus estirillas. Después del día de la celebración, Jesús y José estaban hablando y leían atentamente las Escrituras, como solían hacer. ¿Cuántas veces había escuchado María a José decirles a sus hijos que la Palabra de Dios estaba arraigada en el cielo y que su verdad perduraría para todas las generaciones? Los hermanos de Jesús aún eran demasiado pequeños para entender; sin embargo, su padre decía: «Mediten en la ley, hijos míos, pues los mandamientos del Señor los harán más sabios que sus enemigos».

Abrió y cerró los ojos para contener las lágrimas. Qué pena que a las mujeres no se les permitiera estudiar la Torá ni pasar horas hablando sobre la ley y los Profetas. Solamente podía absorber lo que escuchaba desde la galería de las mujeres mientras leían la Torá. Podía escuchar y disfrutar únicamente de lo que José leía de los pergaminos que había heredado por ser del linaje de David.

Había tantas cosas que ella no sabía, que no comprendía.

—¿María? —Sintió la mano de José sobre su hombro. Puso su mano sobre la de él, tratando de contener las lágrimas que todavía buscaban salir. Quizás estaba demasiado cansada—. ¿Qué te preocupa, mi amor? —Él se sentó en la banca junto a ella.

Tragó saliva, tratando de encontrar las palabras.

—Tantas cosas, José. —Agachó la cabeza. Luego, lo miró—. Hoy me sentí muy orgullosa de mi hijo. Leyó tan bien. Todas las mujeres lo decían. —Aun algunas que habían murmurado contra ella—. Y el rabino sonreía y… —El mismo rabino que había querido expulsar a Jesús de la sinagoga.

José le secó una lágrima de la mejilla. No dijo nada, esperando pacientemente que le dijera lo que tenía en el corazón. Ella lo quería tanto. Podía hablar libremente con su esposo. Tal vez pudiera desenredar las emociones que la atormentaban, la sensación fastidiosa de que algo no estaba bien, algo que no llegaba a comprender.

—Sé que todo ocurrirá conforme a los tiempos de Dios, José —dijo en voz baja—, pero a veces desearía que el momento fuera ahora. —Contempló las estrellas—. Moisés tenía ochenta años cuando el Señor le dijo que fuera al desierto y se presentara ante el faraón. —Miró sus manos apretadas y tragó saliva antes de animarse a hablar nuevamente—. Su madre seguramente había muerto mucho antes de ese momento.

—¿Tienes miedo de no vivir lo suficiente para ver a Jesús tomar posesión de su reino?

—¿Está mal que quiera verlo en el lugar que merece? —Recordó la expresión de Jesús cuando levantó la vista a la galería de las mujeres y la miró. Volvió a sentir las mejillas acaloradas. ¿Por qué debía sentirse avergonzada? ¿Por qué no debería estar orgullosa de su hijo?—. Todos en Israel anhelan que el Mesías venga y arregle todas las cosas, José. El rey David escribió que el Señor convocará a toda la humanidad desde donde sale el sol hasta donde se pone, y que desde el monte Sion juzgará a las personas. ¿Acaso no dice que nunca tendremos que temer a los terrores de la noche, o a los peligros del día o a la enfermedad que acecha en la oscuridad? Veremos cómo serán castigados los perversos. —Los romanos, los recaudadores de impuestos, los fariseos y los escribas que acumulaban más leyes sobre las espaldas del pueblo de Dios, hasta que se sentían agobiados por el peso de sus obligaciones.

—María —dijo José con dulzura—, en las Escrituras hay muchos pasajes sobre el Mesías.

—David era un muchacho cuando Dios lo ungió como rey.

—Jesús es más que un rey.

—Soy su madre, José. Lo conozco mejor que tú.

—Sí, mi amor. Pero piensa lo siguiente: ¿Vendría el Señor a juzgar al mundo antes de haber dispuesto una manera de liberarnos de las consecuencias del pecado?

—Están la ley, los sacrificios…

—Quizás te sientas limpia de todo pecado, María, pero yo nunca me he sentido así. ¿Quién podrá pararse ante el Señor el Día del Juicio y no quedarse corto ante su nivel de perfecta bondad?

—Para eso es la obediencia.

—¿Lo obedecemos con todo nuestro ser? ¿Con todos nuestros pensamientos? — José sacudió la cabeza tristemente—. A veces pienso que Dios nos entregó la ley solo para mostrarnos cuán malvados somos. Todos los días escucho a hombres que oran pidiendo que el Mesías venga. Pero piden que traiga una espada para masacrar a los romanos, una espada que expulse a todos los extranjeros de nuestra tierra. —La miró a los ojos—. Oran pidiendo ser resarcidos por el daño que les hicieron. Anhelan ver el castigo a los demás. —Acarició suavemente la mejilla de María con sus nudillos y la miró con ternura—. ¿Es justicia lo que quieren… o venganza? Yo no deseo el castigo para nadie, sino un regreso a la relación que Adán tuvo con el Señor en el jardín de Edén.

—Jesús se encargará de que tengamos eso, José. Y un día, Santiago y el pequeño José ocuparán los lugares que les corresponden junto a él. —Cuando José no dijo nada, ella se quedó mirándolo y sintiendo la indignación que se revolvía en su interior. Seguramente, él quería las mismas cosas que ella: a Jesús en el trono y a sus hijos a su lado—. Tú sabes tanto como yo que Jesús es el Mesías.

—Sí —dijo José suavemente—. Lo sé. Pero, como sueles recordarme, Dios nunca hace las cosas según la manera que su pueblo espera.

Sus palabras y su modo de decirlas la preocuparon.

—¿No estás impaciente por ver cumplida la promesa? —¿Por qué no hablaba? ¿Por qué parecía tan meditabundo?—. Todos estos años he escuchado con atención desde la galería de las mujeres, José. Y te he escuchado cuando le lees las Escrituras a Jesús. ¿Qué tenemos que temer? Moisés dijo que el Señor es un guerrero y el profeta Daniel dijo que todo le será dado. Jesús tendrá poder, honor y un reino. Todas las naciones, las personas que hablan en todos los idiomas, lo

servirán, y su reinado será eterno y no acabará. Su reino nunca será destruido. ¡Lo único que deseo es que eso suceda ahora!

José le agarró la mano y la sostuvo entre las suyas.

—Daniel también dijo que parecerá que el Hijo del Hombre no logró nada.

Ella buscó su mirada en la luz cada vez más tenue.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, María, pero Isaías dijo que el Mesías sería un hombre de dolores, conocedor del dolor más amargo.

—No. —Desde el mismo día que el Señor había posado su sombra sobre ella, María había enfrentado el rechazo. Seguramente eso no le sucedería a Jesús. Seguramente todas las cosas serían reveladas. La verdad finalmente se daría a conocer con claridad para que todos la vieran. Se dio vuelta hacia José y apretó fuertemente sus manos—. Nadie rechazará a Jesús. ¡Es tan bueno, José! Está lleno de amor por los demás. ¿Cómo podría la gente no regocijarse por él? Cuando llegue el momento, el Señor les hará saber a todos que Jesús es a quien hemos esperado durante tantos siglos. Y Jesús se revelará a las naciones.

—María, ¿has olvidado que Dios se reveló a sí mismo a las naciones cuando liberó de Egipto a su pueblo? ¿Y qué pasó? Toda la generación que cruzó el mar Rojo caminando sobre tierra seca murió en el desierto porque lo rechazaron.

—Esta vez no será así. Yo lo entiendo mejor que tú, José. ¡Soy su madre!

—Sí, María, eres su madre. Pero es su Padre quien prevalecerá.

Se apartó de él.

—¡No me digas que el Señor enviaría a Su Hijo al mundo para que sea rechazado! ¿Te parece que eso tiene sentido? —Las palabras que Simeón había dicho en el templo vinieron inoportunas a su mente: *«Y una espada atravesará tu propia alma»*. Se puso de pie y se alejó—. No. —Se abrazó a sí misma, helada ante la sola idea. Sacudió la cabeza—. Dios es *misericordioso*.

—¿Quieres *misericordia* para todos los que dijeron que mentiste sobre cómo fue concebido Jesús? ¿Suplicarás *misericordia* para quienes querían apedrearte? ¿Es *misericordia* lo que quieres, María… o justificación?

Sus palabras la hirieron profundamente, pero sabía que no las había dicho para lastimarla. Solo para que meditara más profundamente. Apoyó una mano sobre sus labios temblorosos. ¿Cuál era su deseo? ¿Que las personas vieran la

verdad y se arrepintieran del dolor que les habían causado a ella y a su familia? ¿Era incorrecto querer que Jesús pusiera fin a la opresión y la aflicción? ¿Era incorrecto querer que todos en Nazaret supieran que ella había dicho la verdad, que Dios la había escogido para que diera a luz al Mesías, que Jesús había nacido de Dios y que un día reinaría en justicia y en majestad? ¡Deseaba ver el Día del Señor! ¡Quería ver al Ungido de Dios en el trono! Las lágrimas le impedían ver. Deseaba que el mundo volviera a ser justo como había sido en el jardín de Edén.

José se levantó y se acercó a ella. Le tomó una mano y le dio un beso en la palma. Secó las lágrimas que había en sus mejillas.

—De alguna manera, el Señor unirá la misericordia y la justicia, María. No sé cómo, pero eso sucederá por medio de Jesús. Y el costo será más alto de lo que cualquiera pudiera imaginar.

—Morirán personas —dijo ella en voz baja con angustia. Cada vez que Dios disciplinaba a su pueblo, miles perecían.

—Las personas se han estado muriendo desde que Adán pecó, María. Me refiero al costo de la obediencia. Sabemos que Jesús es el Mesías. Pero es lo único que sabemos. No cuándo ni cómo llegará al poder, ni quién estará a su lado. El plan de Dios es un gran misterio. Pero sé lo siguiente: Todos los hombres y las mujeres fieles que nos antecedieron anhelaron este día, y nosotros estamos viendo crecer al Hijo del Hombre. Sin embargo, como ellos, tenemos que esperar al Señor. Tenemos que confiar en Él sin importar lo que pase ni cómo se vean las cosas. —Su voz se quebró—. Eso es lo que veo que Jesús hace, desde el instante que se levanta en la mañana, hasta que se acuesta por la noche. Todo su ser se concentra en agradar a su Padre.

María pudo ver el brillo de las lágrimas en los ojos de José.

—Tienes miedo por él, ¿verdad? No tienes que temer. Dios lo protegerá.

José la tomó en sus brazos y la retuvo cerca de él.

—Elías es el único profeta que dejó este mundo en vida.



María vio cómo José se llevaba a Jesús, a Santiago y al pequeño José, mientras ella tomaba la mano de Ana y se dirigían al patio de las mujeres. Habían ido a Jerusalén a festejar la Pascua, como hacían todos los años desde que volvieron de Egipto. Hoy era el comienzo de la celebración de cómo Dios había pasado por alto al pueblo judío y había matado a los primogénitos egipcios. Hoy empezaba la celebración de la liberación, del rescate de la esclavitud de los judíos.

Volviendo a la casa de su pariente Abías, donde estaban alojándose, María vio que los soldados romanos marchaban por las calles y escuchó las quejas de las personas que la rodeaban: «¡Algún día el Mesías vendrá y destrozará a esos cerdos romanos inmundos! Será un rey más grande que Salomón, y todos los pueblos se postrarán ante Él».

Ella y otras mujeres que estaban en la casa prepararon el *matzá shmura* —el pan redondo, duro y sin levadura— para el banquete de la Pascua. Molieron rábano picante y lavaron perejil. Picaron frutas y nueces y les echaron especias y vino para preparar una pasta acre y picante.

Y cuando todos se sentaron sobre los tapetes y se reclinaron para comer, fue Abías quien dirigió la comida ceremonial. Era el hermano menor de su pariente Zacarías, quien había muerto recientemente al igual que su amada esposa Elisabet. María se preguntaba qué habría sido del hijo de la pareja, Juan. Cuando María visitó a Elisabet poco tiempo después de enterarse que estaba embarazada de Jesús, el hijo de Elisabet saltó dentro del vientre de su madre. Antes de que María volviera a su casa, Elisabet se inclinó hacia ella y susurró: «Cuando llegue el momento oportuno, mi hijo le anunciará a Israel que el Mesías ha llegado».

A María le habían contado que un miembro de una orden monástica llamada los esenios había venido y se había llevado a Juan al lugar donde moraban en los acantilados sobre el mar Muerto. Desde entonces no habían vuelto a ver a Juan ni habían tenido noticias de él. Si cada año venía para la Pascua con los esenios, no había intentado encontrar a sus parientes. A veces María veía un grupo de hombres cubiertos de polvo por el viaje, demacrados por la vida sacrificial que llevaban. Los niños huérfanos que cuidaban estaban más saludables que sus benefactores, pero nunca vio a ninguno que se pareciera a Elisabet o a Zacarías.

¿Habría enviado el Señor a Juan a ocultarse, así como había enviado a Jesús a Egipto? Algún día, Juan volvería a aparecer. Y cuando lo hiciera, el Día del Señor estaría por llegar. Pues sin duda la mano de Dios estaba sobre él como lo estaba sobre Jesús. Algún día Juan proclamaría el reino de Jesús tal como lo había predicho Elisabet.

María se concentró en la Pascua mientras la esposa de Abías encendía las velas, dando comienzo a la comida e iluminando la reunión. Abías sostuvo en sus manos una copa con vino, y todos los reunidos hicieron lo mismo mientras el venerable patriarca comenzaba las oraciones rituales.

«Bendito seas, oh Señor Dios de Israel, rey del universo, que nos has santificado con Tus mandamientos y nos has liberado de Egipto…»

En el momento señalado, la niña más pequeña, la nieta de Abdías, Lea, preguntó por qué había un asiento vacío en la mesa.

«Hemos dejado un lugar para Elías —le dijo Abías—, pues el profeta Malaquías dijo que Dios enviará al profeta Elías antes de que llegue el gran y terrible Día del Señor. Ve y mira si está en la puerta». La niña se levantó de un salto y corrió a buscar a Elías.

El corazón de María resonó al ver a Jesús reclinado en la mesa, flanqueado por sus primos. Los rabinos decían que el Mesías vendría en la Pascua. Y ella sabía que el Mesías estaba en la mesa. Se dio vuelta y miró hacia la puerta, preguntándose si Juan aparecería esta noche y anunciaría a todos la identidad de Jesús.

La niña regresó.

—Elías no está aquí, abuelo.

Abías levantó su copa.

—¡El próximo año, en Jerusalén!



José vio la esperanza en el rostro de María cuando observó a Lea ir en busca de Elías. Y vio la interrogante en sus ojos cuando la niña volvió y dijo que Elías no estaba ahí. Escuchó las charlas que se desarrollaban a su alrededor sobre el anhelo de los presentes de la llegada del rey-Mesías, quien destruiría el mal de en medio de ellos y liberaría al pueblo de su esclavitud.

Cuando miró a Jesús, se le cerró la garganta, pues cada año los versículos de Isaías le venían rápidamente a la mente. Algunas veces José se preguntaba si María era como los demás, que esperaban que el Mesías viniera en poder, como lo había hecho David, para aplastar a los enemigos de Dios.

Los rabinos decían que el Mesías llegaría durante la Pascua. Las Escrituras decían que el Mesías nacería de una virgen y se levantaría para aplastar la cabeza de la serpiente, Satanás. Pero ¿qué significaba eso? ¿Cómo sucedería? ¿Por qué sentía este dolor cada vez que participaba en el banquete de la Pascua? La respuesta estaba fuera de su alcance; no podía comprenderla. ¿Podía alguien entender qué planeaba Dios para la humanidad? Pero José sabía algo sin ninguna duda: *¡El Mesías está aquí! ¡Está en este seder! ¡Él está en esta mesa! ¡El que nos salvará está comiendo el cordero que fue ofrecido en sacrificio para la expiación de nuestros pecados! ¡Está comiendo el pan sin levadura y bebiendo el vino!*

Nadie se daba cuenta. Todos miraban a Jesús y veían a un niño de doce años como cualquier otro, que estudiaba la Torá, que trabajaba con su padre y que crecía bajo la opresión de Roma.

Jesús. El Mesías. Dios con nosotros.

Cada año, José recordaba las palabras del ángel como si acabara de escucharlas el día anterior. Se estremecía, siendo consciente de ello, y volvía a llamarle la atención que pasaran los ocho días de la festividad sin que Juan entrara por la puerta. La Pascua se trataba de un cordero sacrificado, un cordero cuya sangre marcaba para la salvación a quienes creían en lo que Dios había dicho que haría. El cordero… el vino rojo sangre… el pan sin levadura. Le dolía el corazón.

Jesús levantó la vista y miró a José a los ojos. En un breve instante, José imaginó la muerte del muchacho. Estremeciéndose, cerró los ojos y se tragó la angustia que le brotó adentro cuando el amor por el niño lo dominó. *Oh, Señor Dios… Oh, Señor, Señor…*

La comida transcurrió en un ambiente de celebración reverente y luego Abdías sacó la matzá escondida y le quitó el envoltorio de lino. Partió un trozo y lo pasó para que todos pudieran compartirlo. Mientras José comía el pedazo de pan sin levadura, se preguntó cuándo se enteraría el resto de la gente lo que él y María sabían desde hacía doce años.

¡El Mesías está aquí! ¡Dios está con nosotros! ¡Algún día, pronto, Él liberará a los cautivos!



María caminó con las mujeres cuando partieron hacia la casa. Viajar en familia con los parientes en una gran caravana brindaba seguridad, así como compañerismo. Santiago y José corrieron hacia adelante con los otros niños. No había visto a Jesús en toda la mañana, pero supuso que estaba con sus primos. Durante toda la semana le había dado libertad para que diera vueltas por Jerusalén con ellos y no vio ninguna razón para controlarlo ahora que estaban volviendo a casa. Él nunca les había dado motivos para preocuparse, y se quedó tranquila mientras estuvieron de visita en la casa de los parientes de Galilea. Pasaría todo un año hasta que volvieran a verse y María quería disfrutar su compañía mientras pudiera.

Cuando llegaron a un poblado judío que quedaba a un día de distancia de Jerusalén, María no vio a Jesús entre sus sobrinos.

—¿Han visto a Jesús?

—No desde ayer.

Ella se quedó helada.

—¿Ayer? ¿Quieren decir que no estuvo con ustedes en todo el día?

—No. Salió a pasear solo y no lo hemos visto desde entonces. ¿No está con José?

María echó a correr para hablar con su esposo, pero se enteró de que José tampoco lo había visto en todo el día.

—¡Santiago! ¡José! —Les hizo preguntas a sus hijos menores cuando llegaron corriendo, pero tampoco sabían dónde estaba Jesús—. ¡Ay, José! ¡Él nunca ha hecho algo así! ¿Dónde puede estar?

—Debe estar en Jerusalén.

—¡Algo tiene que haberle sucedido! ¡Ay, José! ¿Por qué no lo vigilé mejor? —Vio que las líneas del rostro de José se profundizaban y se dio cuenta de que estaba tan preocupado como ella. Se

acercaron a su hermana, María, y a su esposo, y les preguntaron si podían cuidar a los otros niños mientras ellos volvían a buscar a Jesús. Rápidamente accedieron y les prometieron quedarse con Santiago, José y Ana hasta que María, José y Jesús volvieran.

—Probablemente, Jesús se distrajo con toda la agitación que hay en Jerusalén, María —dijo su hermana—. Posiblemente ahora esté viniendo por el camino y nos alcance mañana.

María pasó la noche inquieta, poniéndose en guardia cada vez que escuchaba un ruido. «¿Jesús?».

José no durmió mejor que ella; se levantó antes del alba y le informó a Cleofas que se iban y que los niños sabían que debían irse con su tío.

«No escatimen la vara cuando lo encuentren», les gritó Cleofas mientras se iban.

Llegaron a Jerusalén cuando estaba atardeciendo y entraron en la ciudad antes de que cerraran las puertas. Fueron directamente a la casa de Abías con la esperanza de encontrar allí a Jesús. Cuando no lo encontraron, María se puso a llorar y suplicó que comenzaran a buscarlo inmediatamente por la ciudad.

—No lo encontrarán a esta hora —dijo Abías—. Y si salen ahora, terminarán interrogándolos los soldados romanos.

—¿Cómo puedo descansar cuando mi hijo está desaparecido? —María se tapó el rostro—. ¿Qué puede haberle pasado?

José la rodeó con el brazo.

—Empezaremos a buscarlo a primera hora de la mañana.

Ella se dejó caer contra él.

—¿Cómo pude permitir que esto sucediera?

—No tengas miedo, mi amor. La mano del Señor protege al muchacho.

Sabía que José tenía razón. Todas las cosas que esperaba que sucedieran no habían sucedido. ¿Por qué no era más alentador? Las palabras que Simeón le había dicho en el templo volvieron a perseguirla: *«Y una espada atravesará tu propia alma»*. ¿Moriría ella por una espada antes de que su hijo accediera al poder? ¿O era esto lo que había querido decir el anciano profeta? Porque su corazón estaba atravesado por el miedo y por la vergüenza de no haber cuidado mejor a quien Dios le había entregado.

—Tienes que descansar, mi amor —dijo José, con ternura y firmeza. Aunque su mente se resistía, sabía que no tenía fuerzas para discutir. Estaba tan exhausta que apenas podía mantenerse en pie, mucho menos buscar a su hijo por la ciudad. Se echó a llorar.

¡Dios, perdóname por haberlo perdido! ¡Dios, perdóname por no haberlo cuidado!



Abías les dijo que buscaran en el mercado, pues era el lugar más común donde iban los muchachos cuando visitaban la gran ciudad. Era fácil distraerse con la emocionante agitación que era el despliegue de los mercaderes extranjeros con sus mercancías y los clientes que regateaban por mejores precios. María y José pasaron un día entero buscando entre el laberinto de callejones angostos con puestos a ambos lados que exhibían de todo, desde lámparas de arcilla hasta joyas de oro.

Jesús no estaba ahí.

Fueron a la sinagoga, pero no encontraron a Jesús entre los amigos que habían celebrado la Pascua con ellos; tampoco estaba entre los muchachos que observaban a los romanos haciendo sus ejercicios militares, ni entre los cambistas de dinero del patio del templo, ni cerca de los corrales de los animales. Pensando que podía haber encontrado a Juan, fueron a la puerta de los esenios con la esperanza de hallarlo entre los moradores del desierto que aún no habían vuelto a los campamentos sobre el mar Muerto.

Jesús no estaba en ninguno de esos lugares.

María oraba sin cesar mientras corría con José de un lugar a otro, buscando al hijo que Dios le había dado. El temor fue apoderándose de ella a medida que imaginaba todas las cosas que podían haberle ocurrido. Era tan joven. Tan inocente.

—Sí, mi amor —concedió José—, pero no es tonto.

Sin embargo, ella no podía comer ni dormir.

—Ni siquiera sé cuánto tiempo ha estado Jesús separado de nosotros, José. Estoy tan avergonzada… Supuse que estaba con nuestros parientes. Supuse que estaba con la caravana. La última vez que vi a mi hijo fue la mañana que terminó la Pascua y yo estaba empacando todo para el viaje de regreso a Nazaret. Seguramente me dijo algo. Seguramente lo hizo. Pero yo no le presté atención. ¿Por qué no lo escuché?

—Todos estábamos distraídos ese día con los preparativos para el regreso a casa. —La abrazó—. María, María. El Señor está con él.

—Tengo mucho miedo de que Dios me lo quite. —Cerró los ojos y se apoyó contra su esposo. Cuando se distrajo por las muchas responsabilidades que tenía con sus otros hijos y con el hijo que ahora sabía que llevaba, ¿decidió el Señor que era hora de ocultar a Jesús hasta que llegara su momento de tomar el poder? En su corazón sabía que el Señor estaba con Jesús dondequiera que estuviera, que su vida descansaba en las manos del Padre. Sin embargo, se afligía y suplicaba.

Ay, Señor Dios de Israel, quiero que mi hijo vuelva. Por favor, devuélveme a mi hijo.

Cuando se levantaron a la mañana siguiente, Abías les dijo que había hablado con unos amigos de la sinagoga. «Eliaquín dijo que vio a Jesús en el templo».

El corazón de María saltó con esperanza. Con prisa se puso el chal y se dirigió a la puerta, con José pisándole los talones. Corrió hasta que le dolió el costado, siguió caminando hasta que pudo volver a respirar con menos dolor y volvió a correr. Se abrió paso entre la muchedumbre y subió las escalinatas hacia el monte del templo. Corrió por el corredor, mirando entre las columnas, buscando, orando.

Y entonces lo vio sentado en medio de los maestros.

María se quedó mirándolo; el corazón le palpitaba fuertemente y los pulmones le ardían mientras tomaba aire y le daba gracias a Dios en silencio

porque Jesús estaba a salvo. Luego, asombrada, se dio cuenta de que estaba tan atento a lo que esos hombres decían, que ni siquiera había notado que ella y José estaban parados cerca.

¿Acaso te quiere?

Las lágrimas salieron ardientes mientras observaba en silencio a su hijo. ¿Se habría quedado allí todo el tiempo? ¿Habría hecho algún intento de contactar a sus parientes, o de alcanzar a la familia que lo amaba?

No le preocupan tus sentimientos. No le interesas. Ya no eres importante para él. ¿Cómo tuvo la osadía de hacerte pasar por semejante sufrimiento y angustia?

Se llenó de enojo. ¿Cómo pudo hacerles esto a ella y a José? Avanzó un paso, soltando su brazo bruscamente de la mano de José. Los hombres dejaron de hablar al verla acercarse. Mirando hacia atrás, Jesús la vio. Sonrió y se puso de pie. Ella estaba tan enojada que quería sacudirlo. ¿No sabía él cuánto miedo había sentido ella? ¿No había tenido en cuenta sus sentimientos en lo más mínimo?

—¡Hijo! —dijo ella con una voz temblorosa—. ¿Por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo hemos estado desesperados buscándote por todas partes.

Él la miró intensamente a los ojos; luego dirigió la vista hacia José, que estaba parado al lado de ella.

—¿Pero por qué tuvieron que buscarme? —dijo Jesús con dulzura—. ¿No sabían que tengo que estar en la casa de mi Padre?

¿Ves cómo te desafía?

María sacudió la cabeza. Su hijo no la miraba desafiante, pero ella tampoco entendió qué había querido decir él. Su casa estaba en Nazaret, no en Jerusalén.

—Vamos —dijo José, rodeando con un brazo los hombros de Jesús—. Tus tíos Cleofas y María están cuidando a tus hermanos. Todos deben estar preguntándose qué te pasó.

María tomó la mano de Jesús cuando salieron del templo. Entrelazó sus dedos con los de él y los apretó fuertemente.

CINCO

El verano siguiente, María tuvo una hija y la llamó Sara. Ana hacía pucheros cada vez que María le daba el pecho a la bebé. Empezó a chuparse el pulgar porque la bebé lo hacía y le quitaba la mordedora que su padre había hecho para su hermanita. Los niños peleaban entre ellos, tratando de llamar la atención.

Dieciocho meses después nacieron los mellizos Simón y Judas. Para entonces, María había llegado a reconocer una verdad dolorosa: solo Jesús era bueno. Sus hermanos y hermanas eran incapaces de obedecer de manera constante. Aun cuando querían ser buenos, caían en rebeldía.

Le costó mucho aceptar que la naturaleza amorosa, la fidelidad, la obediencia y las ganas de aprender y de servir que evidenciaba Jesús no tenían absolutamente nada que ver con su habilidad como madre.

Santiago la había tomado desprevenida. José, Ana, Sara, Simón y Judas solo confirmaron la naturaleza de sus hijos puramente humanos. Mientras que Jesús orientaba sus pasos conforme al corazón de Dios que latía en él, ¡nada de lo que ella hiciera con sus otros hijos lograba cambiar su tendencia a caer en pecado! Peleaban unos con otros. Racionalizaban y justificaban sus actos cuando se les descubría haciendo algo malo. Lloriqueaban para salirse con la suya. Cuando los disciplinaba, ponían mala cara y le reclamaban que prefería a unos más que a otros. Su egocentrismo no se calmaba con abrazos y besos ni se quitaba con disciplina. Todos sus hijos eran de ideas firmes. Así como Jesús tenía la firme determinación de hacer lo que agradaba a Dios, los demás estaban resueltos a hacer lo que les agradaba a sí mismos. Aunque fueran bondadosos y amables, su comportamiento tenía un dejo de suficiencia. María no recordaba la cantidad de veces que tuvo que morderse la lengua para no gritar: «¿Por qué no puedes ser un poco más como Jesús?». Pero ¿quién era ella para espetar palabras duras cuando veía un reflejo de sí misma en cada uno de ellos?

No obstante, y a pesar de su desobediencia, eran preciosos para ella. Y los amaba a todos por igual. Eran los hijos que había tenido con José. Cuando prestaba atención a las otras madres de Nazaret, veía que su situación no era diferente a la del resto. La vida era una lucha constante. Cada hijo traía alegrías, pero sumaba una boca más para alimentar, un cuerpo más para vestir, una mente más para educar y formar en rectitud. Y ninguno de los hijos naturales que había

tenido con José era recto; ¡ni uno! Había visto cómo operaba su voluntad desde el momento que salieron de su vientre. Luego, cuando gateaban, exploraban el mundo que los rodeaba y estiraban la mano hacia cosas que podían lastimarlos. «No, no —les decía ella—. No, no». Y su hijo o hija sonreían persuasivamente y de todas maneras se estiraban para alcanzar el objeto prohibido.

A veces no podía hacer otra cosa que reírse ante la tenacidad de sus hijos, mientras que otras veces se ponía a llorar. En algunas ocasiones la hacían enojar tanto que quería gritar. Intentaba ser diligente para enseñarles todo lo que sabía sobre la ley. Oraba por ellos en todo momento. Los amaba intensamente. Vivía cada día con su desarrollo en mente. Era cuidadosa en su manera de vivir delante de ellos. Al fin y al cabo, ¿de qué servía enseñar los caminos de Dios y no seguirlos?

Cada año que pasaba, contemplaba a Jesús y se consideraba bendita entre las mujeres por este único hijo perfecto. Lo miraba y su corazón se expandía de gozo y expectativas. Nunca dejaba de asombrarla que el Dios de Abraham, Isaac y Jacob la hubiera elegido para que fuera el recipiente para traer al Mesías. Era una mujer como cualquier otra, tan imperfecta como sus hijos. Seguramente el Señor estaba enseñándole esa lección por encima de todo lo demás. Se rio de sí misma y dio gracias a Dios por haberle dado otros hijos para que supiera que no se debía a sus esfuerzos y los de José que su hijo fuera tan perfecto, tan bendito, tan superior al resto que caminaba sobre la faz de la tierra. Era el Hijo de Dios por medio de su carne.

Cada día tenía sus propios problemas, pero reconocía que las dificultades de la vida habían lijado las asperezas de su fe tal como José alisaba y pulía una taza. Se esforzaba por mostrarles a sus hijos y a sus hijas el camino de la fe, aceptando que, durante ese proceso, Dios la iba refinando y tamizando.

Sin embargo, había ocasiones en las que tenía que luchar contra su propia rebeldía interior y contra su naturaleza por querer ver el cumplimiento del plan de Dios ante sus ojos. *Oh, Señor, permíteme vivir lo suficiente para ver a Jesús en su gloria*. Se había apresurado a decir que sí a Dios, pero su misma fe impetuosa la volvía impaciente por ver cumplido el plan del Señor y que el mundo fuera sometido al reinado del Hijo del Hombre, el Hijo de Dios en la tierra.

¿Cuándo, Señor? ¿Cuándo llegará al poder este Hijo Tuyo? ¿Cuánto tendremos que esperar para que arregle las cosas y seamos libres? ¿Cuánto tiempo más se contentará Tu Hijo con trabajar en el taller al lado de mi amado José, haciendo mesas y sillas, yugos y arados, puertas y celosías, cuando ahí afuera hay un reino por edificar? ¿Cuánto tiempo seguirá barriendo las virutas de madera de la carpintería antes de que llegue el momento de barrer la tierra y dejarla limpia como estaba en el jardín del Edén? ¿Cuánto pasará antes de

que aplaste a los hombres malignos que oprimen a Israel? Oh, Señor, ¿cuánto tiempo falta? ¿Cuánto más?

Finalmente, el anhelo se hizo tan fuerte que sucumbió a él y un día le preguntó a Jesús:

—¿Tú sabes quién eres?

Cuando él no respondió, ella insistió:

—Hijo —le dijo—, ¿lo sabes?

¿Por qué se puso tenso al oír la pregunta? ¿Por qué la miró con una mezcla de ternura y aflicción? No tenía la intención de fastidiarlo. Solamente estaba preguntando… A veces la miraba como ahora, y ella sentía que estaba causándole dolor. Pero ¿cómo era posible? ¿Quién lo amaba mejor que ella? ¿Quién había sido más devota de él que ella? Se acercó y le tomó la mano, dándole vuelta sobre la suya y pasando los dedos por los ásperos callos. ¿Cómo podía ser que el Mesías tuviera las manos de un trabajador común?

—Ay, Jesús, ¿debería un rey tener manos como estas?

Su mano aquietó la de ella.

—Soy el hijo de mi padre.

Pero cuando lo miró a los ojos, dudó: ¿Se refería a José o a Dios? ¿Debía contarle de nuevo cómo había venido a este mundo? ¿Debía decirle que todo el mundo estaba esperando que él saliera de su escondite, que *ella* estaba esperando?

—También eres mi hijo, Jesús. Solo quiero ver que recibas el debido honor.

Ella había visto las señales del poder de Jesús. Incluso cuando los clientes no pagaban sus deudas o los soldados romanos venían y les quitaban las provisiones de la familia, siembre había suficiente pan para llenar los estómagos vacíos, siempre tenían suficiente agua para saciar la sed, siempre había aceite suficiente para mantener la lámpara encendida durante la noche oscura. Aun después de que los romanos vaciaran las paneras, las vasijas y los cántaros de la familia, había suficiente.

Sin embargo, la vida no se había vuelto más fácil mientras Jesús crecía en sabiduría y en estatura. Sus luchas parecían intensificarse. Fueran cuales fueran las batallas que disputaba en su interior, no las ganaba fácilmente ni las compartía con ella ni con José. ¿No sería más fácil la vida para todos cuando ocupara su legítimo puesto?

—David era un muchachito cuando el profeta Samuel lo ungió rey de Israel —dijo ella.

—Y pasaron más de diez años hasta que desarrolló su carácter lo suficiente para ser útil.

—Tu carácter es perfecto, hijo mío. Eres útil ahora.

Unas gotas de sudor asomaron sobre su frente.

—No es mi hora, madre.

—Pero ¿cuándo, Jesús? ¿Cuándo será tu hora?

—No es mi hora —volvió a decir.

¿Por qué lucía tan presionado? El enojo aumentó. Quería sacudirlo y hacer que se lo dijera. Sin duda, ella tenía derecho a saber.

—¿Cuánto deberé esperar para verte cumplir lo que naciste para hacer?

—Me presionas.

—Sí, te presiono por tu propio bien. ¿Acaso no le corresponde a una madre alentar a su hijo para que cumpla las obligaciones que tiene con su pueblo? Te amo, hijo mío. Tú sabes cuánto te amo. José y yo hemos hecho sacrificios por ti. Pero a veces deseo saber. ¿Sabes quién eres?

—Madre…

—Lo único que quiero es ver que las cosas se compongan. ¿Está mal?

—Debes esperar.

—¡Estoy cansada de esperar! Mira alrededor de ti, Jesús. ¡Fíjate cómo sufre tu pueblo! —Su voz se quebró. Desvió la mirada y luchó contra su frustración—. ¿Cuándo, Jesús? Solamente dime cuándo, y no volveré a preguntarte. No te presionaré… —Volvió a mirarlo a través del brillo de sus lágrimas—. *Por favor*.

Sus ojos oscuros estaban húmedos. Por sus sienes caía el sudor.

—No es mi hora —dijo otra vez. Algo en su voz la hizo estremecerse por dentro. Sintió que ella había empeorado sus dificultades con sus demandas; demandas que él no tenía ninguna intención de cumplir. Perpleja y afligida, no dijo nada más.

En cambio, fue a José y le pidió que se acercara a Jesús. Ellos siempre habían podido hablar. Seguramente Jesús confiaría en él.

—No deberías preguntarle.

—¿Por qué no? Soy su madre.

—Dios le dirá cuando sea el momento.

—¿Cómo puedes ser tan paciente cuando sabes que todas las cosas se solucionarán cuando Jesús llegue al poder? Mira alrededor de nosotros, José. Lo necesitamos ahora.

—No tengo derecho a preguntarle por qué no se da a conocer ahora.

Percibió algo en su voz y se dio vuelta hacia él en la oscuridad.

—Piensas que yo tampoco tengo el derecho, ¿cierto? —Eva había sido engañada en el jardín. ¿Estaba María siendo tentada ahora?

—No, no creo que lo tengas —dijo José con una firmeza amable—. Aunque lo hayas parido, fue Dios quien le dio la vida, y Dios decidirá qué tiene que hacer con ella. Déjalo tranquilo, María. —La acercó a él—. El Señor le dirá cuándo. No te apures.

Apoyó la cabeza sobre el pecho de su esposo y escuchó el latir de su corazón. Suspiró despacio y se quedó callada un largo rato, reflexionando en los acontecimientos de su vida. El Señor le había hablado una vez, pero a José le había hablado cuatro veces, dirigiendo sus pasos. Su esposo vivía con los ojos y los oídos abiertos, buscando la voluntad de Dios. Todos los días, María veía cuánto amaba a Jesús, cuánto los amaba a ella y a sus hijos.

El Señor había elegido a José para que fuera su esposo, la cabeza del hogar, y ella escucharía su consejo.



A José le encantaba mirar a Jesús con sus medio hermanos y hermanas. La euforia y gracias de ellos a menudo hacían reír a Jesús y, al escucharlo, José también se reía.

—Tranquilos, hijos míos. Dejen un lugar para que su hermano se siente.

—¡Cuéntanos otra vez sobre David y Goliat! —dijo Santiago.

—¡No! Cuéntanos sobre Josué y Jericó.

Los muchachos nunca se cansaban de escuchar los relatos de las batallas.

—Háblanos de Noé y el arca otra vez, Jesús —dijo Ana, apoyándose en su hermano—. Por favor…

—Ya escuchaste esa historia mil veces —protestó Santiago—. ¡Estoy cansado de esa!

Jesús sentó a sus hermanos mellizos sobre sus rodillas.

—Comenzaremos por el principio…

Por vivir con Jesús día a día, a veces José olvidaba que este joven era el Hijo de Dios y no su propio hijo. Luego lo recordaba y sentía una oleada de asombro. Jesús no leía las Escrituras, sino que hablaba de ellas con naturalidad, como si él mismo las hubiera escrito. A veces decía algo más, como si estuviera contando lo que había sucedido de un modo que parecía que él había presenciado los acontecimientos de la Torá.

José miró a su esposa, que sonreía detrás de su telar con la cabeza ladeada mientras trabajaba, escuchando a Jesús contar la historia de cómo fue creado el mundo. José sintió un escalofrío cuando Jesús habló de la tierra como algo sin forma y vacío, con la oscuridad que cubría la superficie de las aguas profundas. Los hijos de José se sentaron alrededor de Jesús; eran carne de su carne y sangre de su sangre. Jesús había sido concebido por el Espíritu Santo, pero qué significaba eso con exactitud era algo que estaba más allá de la comprensión de José. El muchacho tenía quince años y tenía los mismos pómulos y ojos oscuros de María. Había otros hombres en Nazaret que eran más altos, otros que caminaban con confianza, otros que decían las Escrituras palabra por palabra y afirmaban conocer la voluntad de Dios para Israel.

¡Cuántas veces había escuchado a los hombres clamar pidiendo que viniera el Mesías! Cuántas veces había escuchado discusiones de los hombres acerca de lo la voluntad de Dios para Israel.

—¡Dios quiere que nos libremos del yugo de Roma!

—¡Es por el juicio de Dios contra nosotros que sufrimos así!

—¿No hemos sufrido lo suficiente? Si nos levantamos y luchamos, ¿no peleará con nosotros el Señor nuestro Dios?

—¡Necio! ¿Quién eres tú para decir qué hará Dios o qué no hará?

—¿Entonces nos cruzamos de brazos y dejamos que los romanos tomen sus provisiones de nuestra pobreza?

—Esperamos.

—¿Cuánto tiempo más tenemos que esperar? ¿Cuánto?

Cerrando los ojos, José se recostó. Estaba agotado por la larga caminata a Séforis y el largo regreso después de un arduo día de trabajo. Agradecía el denario que había recibido, aunque apenas alcanzaba para cubrir las necesidades de la familia. Estaba agradecido por el trabajo que Dios le daba, y más agradecido aún por el que compartía su carga: Jesús.

El brazo le dolió de nuevo. Tenía las puntas de los dedos entumecidas, pero el dolor subió por el brazo y avanzó hacia su pecho. Se frotó el brazo y respiró despacio. Mañana era el sabbat y podría descansar.

José miró a sus hijos sentados alrededor de Jesús y se sintió impresionado otra vez. El muchacho que más amaba no era suyo. *Mi hijo, que no es mi hijo. Creció en esta aldea insignificante, como un tierno brote verde; como raíz en tierra seca. Se ve como cualquier otro muchacho. No es hermoso ni majestuoso en su aspecto. La gente lo mira y ve al hijo de un carpintero y nada más. Cuando habla, ¿quién lo escucha, más que sus hermanos y hermanas? Y ellos ni siquiera entienden que Jesús no es uno de nosotros.*

Él es el Hijo de Aquel que dijo: «Yo Soy El Que Soy». Dios está en él. ¡Dios está con nosotros!

¿Lo reconocerán cuando llegue su momento de proclamarse a las naciones?

Mientras la pregunta aún estaba surgiendo en la mente de José, las palabras de Isaías se precipitaron: *«Fue despreciado y rechazado: hombre de dolores, conocedor del dolor más profundo…. Sin embargo, fueron nuestras debilidades las que él cargó; fueron nuestros dolores los que lo agobiaron… un castigo de Dios… Sin embargo, el Señor puso sobre él los pecados de todos nosotros».*

No.

«Formaba parte del buen plan del Señor aplastarlo y causarle dolor… su vida sea entregada en ofrenda por el pecado».

José gimió, apretándose el pecho.

«¿Qué pasa, José? —dijo María, que apareció de pronto junto a él—. *¡José!*». Sintió que ella lo abrazaba, pero él solo pudo mirar a Jesús y llorar.



José sintió que Jesús lo levantaba, mientras que todos los demás hablaban a la vez, sobresaltados por el miedo y la confusión.

—Silencio, ahora —dijo María firmemente—. No tengan miedo. Su hermano lo va a ayudar.

Cuando Jesús lo acostó sobre la estirilla, José sintió la lucha que se desataba dentro del muchacho. ¿Hubo alguna vez en la vida de Jesús en la que no tuviera que enfrentar cara a cara la tentación y pelear contra su naturaleza humana y aplastarla? Ahora, José veía las gotitas de sudor en el entrecejo de Jesús.

—Ay —gimió José, lleno de angustia. ¿Jesús pelearía y vencería al mal, solo para ser asesinado al final? ¿Cómo era posible algo así?

El dolor en su pecho creció, junto con la convicción de que se estaba muriendo.

—Acérquense, hijos míos. ¡Vengan! —A medida que se arrodillaban junto a él, los acercaba, besándolos y bendiciéndolos—. Escuchen a su hermano Jesús. Obedezcan a su madre. Confíen en el Señor…

—Te pondrás bien, José —dijo María al recibir su bendición, los ojos llenos de lágrimas, pero fieros—. Sé que así será. Jesús solo tiene que…

—Calla —dijo José, apoyando la punta de sus dedos sobre sus labios. ¿Podían suponer que sucedería un milagro solo porque ellos querían uno? ¿Podían esperar que Jesús, el Hijo de Dios, el gran *Yo Soy*, hiciera lo que ellos deseaban?—. Dios es quien decide —susurró—. No debemos aumentar la carga de Jesús.

María alzó la mirada hacia su hijo, con su rostro pálido y tenso. José vio cómo le imploraba con los ojos.

—María, tengo que hablar con Jesús.

—Sí, José. —María se levantó rápidamente.

Cada vez que respiraba le causaba dolor. Los dedos de su mano estaban entumecidos y su túnica estaba empapada de sudor. María reunió rápido a los niños para que salieran de la habitación.

Miró a su hijo mayor con los ojos bañados en lágrimas.

—Tú sabes que puedes ayudarlo. Hazlo. Por favor. Hazlo. —Salió de la habitación.

Jesús se sentó muy cerca de José cuando la habitación quedó vacía. José le sonrió. Tratando de dominar el dolor que sentía en el pecho, tomó la mano de Jesús y la apoyó sobre su corazón.

—No te facilitamos las cosas.

—No están obligados a hacerlo.

La garganta de José se cerró por la angustia.

—Ablándales el corazón, Jesús. Los niños… oh, por favor. Ablándales el corazón para que entiendan y sean salvos.

—Cada uno debe elegir.

—Aun la fe viene de Dios.

—Cada uno debe elegir.

—Pero ¿elegirán creer que eres el Mesías? ¿Elegirán…?

—¿Crees en mí?

José lo miró a los ojos.

—Sí. —Tomó aire en un sollozo—. Estaba pensando en Isaías mientras les hablabas a los niños. —Sus ojos se empañaron por las lágrimas—. Como cordero, dice la Escritura, fue llevado al matadero.

Escudriñó los ojos de Jesús y en ellos vio amor y compasión infinitos. El joven Jesús tenía solo quince años, pero José veía en él al Hijo del Hombre de quien había hablado el profeta Daniel. José había visto la fuerza que había en él desde su nacimiento y había sentido la batalla interminable que lo rodeaba. Jesús no había flaqueado ni sucumbido al pecado ni una sola vez en toda su vida. José no había visto ni una sola vez que Jesús empuñara una espada, aunque los otros niños de su edad jugaran al zelote o al rey David. Ni una vez se había entregado Jesús a los deseos humanos que hostigaban a cualquiera que entrara a este mundo. ¿Quién sino Dios podía resistir la arremetida constante de la tentación?

«Como cordero fue llevado al matadero».

Llorando, José cerró los ojos.

—Llevarás nuestras culpas y pecados sobre ti y serás la ofrenda. Para eso nos fuiste entregado, ¿no es así? —José estaba abrumado por el amor a este muchacho que había criado desde su nacimiento, pero de quien nunca se atrevió a decir que era suyo. Y estaba devastado por la aflicción de lo que le sucedería a Jesús—. Te rechazarán.

Jesús no dijo nada. Solo apoyó su mano suavemente sobre la frente de José mientras José retenía la otra mano sobre su corazón.

—Te amo, Jesús. Salva a mis hijos. Y a tu madre. Ella no entiende. —¿Cómo podría entender y a la vez tener tanta prisa en presionarlo?

—No te preocupes —dijo Jesús—. Yo estoy con ellos.

—Estoy tan débil. —¿Tenía que dudar de Dios ahora?

—Descansa —dijo Jesús tiernamente. José volvió a cerrar los ojos y creyó escuchar que Jesús decía: —Has sido un siervo bueno y fiel.

El dolor se disipó mientras sus hijos entraban al cuarto y se reunían a su alrededor nuevamente. María se arrodilló a su lado y apretó su mano entre las suyas. José sonrió, pero no tenía fuerzas para hablar. Quería decirle que había sido una buena esposa, una buena madre, pero ya le había dicho esas cosas muchas veces anteriormente. Ella sabía que la amaba. Sin embargo, él vio su mirada de confusión, de temor, de apelación cuando miró a Jesús.

José intentó hablar. Ella se inclinó hacia él y apoyó su oído cerca de sus labios.

—Confía. Obedece. —Cuando María apoyó la cabeza sobre su pecho y lloró, él alzó la vista hacia Jesús. El único que necesitaban permanecía de pie cerca de la puerta, con lágrimas recorriendo sus mejillas mientras obedecía la voluntad de su Padre y no hacía nada para mantener lejos la muerte. Curiosamente, José ya no tenía miedo. Suspiró, aliviado.

Cerrando los ojos, entró en su recompensa.



—¡José! —gritó María cuando él dejó de respirar—. *¡José!* —Levantó los hombros de José y lo sostuvo entre sus brazos. ¿Cómo era posible? Miró a Jesús. Estaba llorando—. ¿Por qué? —dijo entre sollozos—. *¿Por qué?* —¡Ella sabía que él podría haber sanado a José! Sabía que tenía el poder para hacerlo. ¿No había sanado a Ana con un roce de su mano? ¿No había multiplicado los panes y llenado con aceite sus vasijas? ¿Por qué había dejado morir a José, a quien amaba?

Porque no le importa. Porque eso sirve a su propósito.

No. Se rehusaba a creerlo. Ella veía el dolor en los ojos de Jesús. Sabía que amaba a José. ¿Cuántas veces los había visto riéndose juntos mientras trabajaban codo a codo en el taller? ¿O los había visto juntos con las cabezas inclinadas mientras leían las Escrituras?

Y ahora tu hijo simplemente se queda parado ahí, viendo cómo muere José. Sin hacer nada. Y ahora estás sola; una viuda con siete hijos para alimentar y ningún hombre que te mantenga. ¿Es así como Dios te cuida?

¡No! ¡Ella no tendría pensamientos tan malvados! No dejaría que la duda se deslizara a su mente y le clavara sus colmillos, inyectándole veneno.

—Jesús —gimió— ¡Jesús!

Él se acercó inmediatamente a ella y apoyó las manos sobre sus hombros.

—Aquí estoy, madre.

Llorando, volvió a recostar el cuerpo de José sobre la estirilla y tocó su rostro con ternura. ¿Cómo podría seguir adelante sin la fortaleza de José, sin su sabiduría, su apoyo y su amor? ¿Acaso no había hablado Dios a través de él y los había guiado a Egipto, luego de vuelta a Israel y por último aquí a Nazaret? Y José había sido fiel y rápido para obedecer cuando Dios hablaba.

Todos los niños lloraban, confundidos, asustados, afligidos. Ella entendía cómo se sentían, pues estaba atrapada en los mismos sentimientos; se ahogaba en ellos. Trató de pensar qué hacer. Estiró el brazo y agarró la mano de Jesús que descansaba sobre su hombro. Como hijo mayor, ahora él era la cabeza de la familia.



—No tengo dinero para comprar especias —le dijo María a su hermana. ¿Cómo prepararía el cuerpo de José para el entierro?

—Tenemos las especias, madre. —Jesús se levantó y fue hacia la caja que José había guardado en Belén aquella noche, tanto tiempo atrás, cuando tuvieron que huir luego de que el ángel les avisara que Herodes trataría de matar a Jesús. La abrió y sacó el frasco de alabastro.

—¿Qué es eso? —dijo la hermana de María.

—No podemos usarlo —dijo María.

—Úsalo. —Jesús se lo entregó.

—Pero fue un regalo para ti, hijo mío.

—¿Un regalo? —Su hermana los miraba—. ¿En ese recipiente? ¿Quién les dio semejante regalo?

—Es mío —dijo Jesús—, y puedo dárselo a quien yo elija. —Lo colocó en sus manos y dejó a María en la habitación con su hermana y el cuerpo de su esposo, José.

Llorando, María tomó reverentemente el frasco. Quitándole el sello, lo abrió y la habitación se llenó con el dulce aroma de la mirra mientras obedecía a su hijo.



Durante los meses que siguieron a la muerte de su amado José, María vivió devastada por la confusión y el enojo. A veces sentía que estaba rodeada por atacantes que le susurraban dudas y acusaciones. Lo único que podía hacer era cubrirse la cabeza y orar.

Ay, Señor Dios, no sé por qué nos quitaste a José y por qué la vida tiene que ser tan difícil. No entiendo por qué Tu Hijo debe trabajar como cualquier otro hombre para poner el pan en nuestra mesa con el sudor de su frente. No sé por qué han pasado tantos años y él sigue escondiéndose.

Pero viviré confiada en Tus promesas, Señor… Dijiste que Jesús será muy grande y que será llamado Hijo del Altísimo. Dijiste que le entregarás el trono de su antepasado David. Dijiste que su reino nunca tendrá fin. Lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer. Lo recuerdo. Pero, ay, Señor, Dios mío, es tan difícil esperar para ver el cumplimiento de Tus promesas.



Jesús trabajaba mucho para mantener a la familia, y debía lidiar con clientes recalcitrantes que se tomaban mucho tiempo para pagar sus deudas, y con otros que se quejaban por el simple gusto de oír el sonido de su propia voz. María nunca vio que Jesús perdiera los estribos.

Cuando llegó el momento adecuado, Jesús hizo los arreglos para los matrimonios de sus

hermanas y buscó para ellas hombres jóvenes que estuvieran interesados en agradar más a Dios que a la gente. Jesús siguió trabajando con sus hermanos en la carpintería de su padre y les enseñó las habilidades que José le había enseñado a él. Mientras lo hacía, trataba de inculcarles los caminos de Dios. Santiago solía ser muy difícil y el joven José seguía su ejemplo, pero Jesús seguía siendo paciente, cariñoso y firme.

—¿De qué sirve estudiar la Torá cuando Roma está aplastando a nuestro pueblo? ¡Debería estar entrenándome para usar una espada! —gritó Santiago vehementemente, enfrentándose otra vez a Jesús.

Jesús respondió con tranquilidad:

—Tu trabajo es mantenerte fiel a Dios.

El rostro de Santiago se puso rojo.

—¡Yo soy fiel! ¿De qué manera no estoy siendo fiel? Estudio. Recito.

—Estudias, pero no entiendes. Tu corazón está dominado por la ira.

—¡Mi corazón está lleno de una ira justa!

—¿Qué tiene de justo seguir a los que están dispuestos a derramar sangre inocente?

—¡Muéstrame a un romano que sea inocente!

—¡Santiago! —María trató de calmarse a sí misma—. Escucha a tu hermano.

Santiago se dio vuelta y la enfrentó.

—Siempre te pones de su lado. Solo porque Jesús es el mayor no significa que sabe todo.

Enojada, María se levantó.

—Le mostrarás a tu hermano el respeto que merece por ser la cabeza de esta familia. Escucha lo que dice.

—No lo escucharé. —Se cubrió la cara y lloró, frustrado—. Ya sé lo que va a decir y estoy harto de escucharlo.

María miró a Jesús, suplicándole que dijera algo que cambiara el resentimiento y la ira con la que vivía el muchacho. Jesús se levantó y salió a dar otra de sus largas caminatas por las colinas.

Sentándose con sus hijos, María les rogó:

—Deben escuchar a Jesús, hijos míos. Deben dejar que los instruya como él desee, pues algún día se darán cuenta de que él es más que su hermano.

José la miró.

—El rabino nos dijo que toda madre judía mira a su hijo mayor como si fuera el Mesías.

—Y que se aferra a esa convicción hasta que se demuestra lo contrario —dijo Santiago con amargura.

Los ojos de María se llenaron de lágrimas. ¿Estaban pidiendo señales y milagros?

—Jesús sanó a su hermana. Multiplicó nuestros panes. Mantuvo nuestras vasijas llenas de aceite.

Santiago la fulminó con la mirada.

—Eso es lo que piensas.

Se quedó helada al ver su incredulidad.

—Él pasó la punta de sus dedos sobre la frente de Ana y se le fue la fiebre.

—Lo más probable es que Jesús la alzó justo después de que la fiebre ya había bajado.

—Yo me acuerdo, madre —coincidió José—. Tú estabas tan cansada que no pudiste levantarte cuando padre llegó a casa. Ana estaba dormida.

—Ana estaba muriéndose. —Miró a uno y a otro de estos dos muchachos testarudos, tan parecidos a su padre José, y, sin embargo, con tan poca fe. Se llenó de ira ante su terquedad—. Salgan y barran el taller para su hermano. ¡Vayan! ¿O tiene él que hacer todo por ustedes?

Sabía lo difícil que era esperar. Pero, un día, ellos verían a Jesús levantado en poder y entonces creerían y lo apoyarían. ¡Algún día!

Pero ¿cuándo? Oh, ¿cuándo llegaría ese día?

Los años pasaron, uno tras otro.

Cada primavera, el hijo mayor de María le decía que hiciera los preparativos para la travesía a Jerusalén para la Pascua. Y, cada año, sentía una ráfaga de emoción cuando lo miraba. «¿Es hora? ¿Será este año?».

Cada paso que daba hacia Jerusalén iba cargado de expectativas. Cuando todos sus parientes se reunieron en la ciudad del rey David y se recostaron para compartir la cena de la Pascua, oró fervientemente pidiendo que este año Elías entrara por la puerta y anunciara que el Mesías había llegado. Partieron el pan y lo pasaron, bebieron el vino, remojaron el perejil, comieron las hierbas y el más pequeño fue a ver si Elías llamaba a la puerta. María contuvo la respiración con el corazón palpitándole fuertemente.

—Elías no está aquí, abuelo.

Año tras año. Jesús se convirtió en un hombre y aún el hijo de Zacarías y de Elisabet no aparecía.

Cada año, María levantaba su copa con los demás y decía:

—El próximo año, en Jerusalén.

Luego, agachaba la cabeza para que Jesús no viera sus lágrimas de decepción.

SEIS

María cargó su cántaro colina abajo, yendo hacia el pozo, y se paró en la fila para esperar. Apenas interesada, escuchó que las mujeres hablaban sobre el nuevo profeta que había en el río Jordán. Siempre había alguien que proclamaba ser un profeta de Dios.

—Mi hijo fue a escucharlo —estaba diciendo una mujer—. Anoche volvió a casa y nos dijo que este hombre habla las palabras de Isaías con poder.

—¿Crees que él sea el Mesías? —preguntó otra.

—¿Quién lo sabe, sino Dios?

—Mi esposo fue esta mañana para oír predicar a Juan. Se llevó a nuestros hijos con él.

Al oír el nombre, el corazón de María dio un salto. Se inclinó hacia adelante.

—¿Dijiste que se llama Juan?

—Lo llaman Juan el Bautista.

Conteniendo su emoción, María llenó su cántaro, lo subió a su cabeza y caminó colina arriba. Derramó un poco de agua cuando dejó el cántaro en el suelo y corrió por la casa hacia el taller, donde Jesús estaba trabajando.

—Acabo de escuchar que hay un profeta llamado Juan que está predicando en el río Jordán —le dijo—. Debemos ir y averiguar si es el hijo de Elisabet.

Jesús siguió limando un yugo.

—Me enteré.

¿Ya lo sabía? ¿Por qué no le había dicho nada? Se acercó más a él.

—¡Deberíamos ir inmediatamente! Ahora mismo iré y les diré a Santiago y a José que se preparen. Ellos tienen que acompañarnos. Y Simón y Judas, desde luego, y tus hermanas y sus maridos. ¡Todos deberían venir con nosotros!

Jesús levantó la cabeza y la miró brevemente; luego, volvió a prestarle atención al yugo que estaba alisando.

María frunció el ceño.

—¿Acaso no es la señal que estábamos esperando: la aparición de Juan?

—Todo conforme al tiempo de Dios, madre.

Durante las semanas siguientes, María se esmeró por ser paciente, pero parecía que todos en

Nazaret, excepto su familia, habían ido a escuchar a Juan. Las mujeres que iban al pozo hablaban todo el tiempo sobre «el Bautista».

—Hay multitudes reunidas en el río.

—Me enteré de que algunos fariseos fueron a escucharlo y él los llamó una camada de serpientes.

—Hasta los cobradores de impuestos y los soldados romanos bajan a escucharlo.

—Mi hijo piensa que Juan es el Cristo.

María sintió que se le erizaba el cabello de la nuca.

—Todos se están preguntando quién es —dijo otra mujer.

María tuvo que morderse la lengua para no gritar que su hijo Jesús era el Cristo, el Mesías. Cada día su angustia era más grande.

Finalmente, no pudo soportarlo más.

—Voy a ir, Jesús —le anunció—. Quiero ver a Juan.

Se desanimó cuando él no se ofreció a acompañarla.



Cuando María y sus hijos menores llegaron al río, las orillas del Jordán estaban repletas de hombres, mujeres y niños. La multitud estaba alborotada. Algunos le hacían preguntas a gritos al hombre de cabello revuelto que estaba sentado sobre una roca plana, vestido con una túnica hecha con pelo de camello y un cinturón de cuero alrededor de la cintura. ¿Era este hombre descuidado el hijo de Elisabet? Parecía que todos habían salido a escuchar su voz clamando en el desierto, porque junto al río se habían reunido prostitutas y sacerdotes, soldados romanos y escribas hebreos, campesinos y pescadores.

—¡Demuestren con su forma de vivir que se han arrepentido de sus pecados y han vuelto a Dios! —gritó Juan, señalando a varios fariseos que estaban parados cerca del agua—. No se digan simplemente el uno al otro: Estamos a salvo porque somos descendientes de Abraham. Eso no significa nada, porque les digo que Dios puede crear hijos de Abraham de estas piedras.

Aun desde la distancia, María pudo ver cómo eran recibidas sus palabras. Los fariseos levantaron la cabeza, se dieron vuelta y se fueron, ofendidos. Mientras se iban, Juan les gritó:

—Ahora mismo el hacha del juicio de Dios está lista para cortar las raíces de los árboles. Así es, todo árbol que no produzca buenos frutos será cortado y arrojado al fuego.

—¡Mamá! —señaló Judas—. ¡Ahí está Jesús!

María lo distinguió entre la muchedumbre que estaba cerca del río, donde los hombres y las mujeres que lo rodeaban pedían a gritos que Juan los bautizara. El corazón se le aceleró al ver que su hijo se acercaba al profeta.

—Te bautizo con el agua del arrepentimiento —dijo Juan, sumergiendo a un hombre en el agua y levantándolo. Cuando el hombre se puso de pie y se fue, Juan miró directamente a Jesús, que estaba parado en la orilla. Lo miró fijo y guardó silencio cuando Jesús entró caminando en el agua y se paró frente a frente con aquel que lo había reconocido desde el vientre de su madre.

María agarró de la mano a Simón y a Judas y avanzó entre el gentío para acercarse. Juan y Jesús hablaron brevemente; entonces, Juan sujetó a Jesús y lo hundió en las aguas, para luego levantarlo otra vez. De repente, Juan miró hacia arriba como si algo en el cielo le hubiera llamado la atención. María alzó la vista, pero no vio nada extraordinario. Juan retrocedió y extendió las manos mientras volvía a mirar a Jesús con una expresión extasiada. Su hijo se dio vuelta, salió caminando del río y subió a la orilla, mientras varios hombres jóvenes entraban chapoteando en el agua para acercarse a Juan.

—Vamos, hijos míos. Haremos lo mismo que hizo su hermano. —María guio a sus hijos hasta el rio para que fueran bautizados, escudriñando entre la multitud para ver a Jesús. Creyó verlo una vez, pero concluyó que no podía ser él, porque se marchaba hacia el oriente.

Cuando María y sus hijos menores llegaron a casa a tiempo para comenzar el sabbat, Jesús no estaba.

Tampoco regresó.

Pasó una semana, luego otra y otra más, y Jesús no volvió a casa. ¿Dónde podía haber ido? ¿Lo habían atacado mientras volvía a casa y lo habían dejado desangrándose junto al camino? ¡Seguro que no! Pero ¿qué otra cosa podía haberle sucedido? Santiago y José estaban preocupados y salieron a preguntar por él. Volvieron una semana después, insatisfechos y angustiados.

—Nadie lo ha visto, madre.

—Jesús volverá a casa cuando esté listo —dijo María, imponiéndole más confianza a sus palabras de la que sentía. Dondequiera que estuviera Jesús, sabía que Dios estaba cuidándolo y manteniéndolo a salvo de todo peligro.

No tuvo miedo por él hasta que escuchó los rumores de que Juan el Bautista había sido arrestado por orden del rey Herodes. ¿Había ido su hijo a Jerusalén a defender a Juan para que lo soltaran?

«¿Dónde está tu buen hijo, María? —le preguntaron las mujeres en el pozo—. Ayer, mi esposo fue a la carpintería a dejar el arado que necesita ser reparado y solo encontró a Simón y a Judas. —Cuando María les contó que se había ido al Jordán para ser bautizado, ellas menearon la cabeza—. Pero eso fue hace varias semanas. No está bien que los abandone a ti y a los muchachos para que se las arreglen solos».

Hasta sus hijos se oponían a la forma en que Jesús se había marchado y los había dejado sin decir una palabra.

—Él debe hacer lo que su Padre le dice.

—Nuestro padre está muerto, madre, y Jesús es el responsable del hogar.

—Simón y Judas han leído la Torá y han sido aprendices de Jesús en el taller el tiempo suficiente para seguir trabajando durante la ausencia de su hermano. —Mientras decía estas palabras, le cruzó por la mente la idea de que tal vez Jesús no volvería nunca más. ¡Era el Mesías! ¿Por qué volvería a vivir en una aldea desconocida en el distrito de Galilea?—. Tal vez se haya ido a Jerusalén. —Si no era a Jerusalén, ¿adónde?

¿Qué clase de hijo dejaría a su madre preocupándose de esta manera?

No debía preocuparse. Debía confiar en Dios.

¡Lo mínimo que debió haber hecho es decirte adónde iba y cuándo volvería! Si es tan bueno, ¿por qué te dio la espalda y se marchó sin decir una palabra?

¿Debía exigirle algo a Jesús? Nunca antes le había dado un motivo para preocuparse. Nunca había hecho nada sin una razón y sin orar.

Él es tu hijo. Te debe algo por todo el dolor que has soportado.

¡Él es el Hijo de Dios y no me debe nada! María se tapó el rostro y lloró. Nunca se había sentido tan sola, incluso ahora con Santiago y José sentados a su lado, Simón y Judas a sus pies y sus hijas cerca. No había sentido tanta soledad desde la muerte de José. Jesús había sido su consuelo y su fortaleza.

Las cosas no estaban sucediendo como había esperado.

Deja que venga, y verás cómo lo aplasto.

—No. La promesa se está cumpliendo. —María levantó la cabeza—. El Señor está con nosotros y Jesús arreglará todas las cosas.

—Madre —dijo Santiago, rodeándola con su brazo.

María se quitó el brazo de encima y se levantó.

—El Señor está con nosotros, y ustedes verán llegar el día en el que el Mesías aplastará a Satanás bajo sus pies.

Vio que sus hijos intercambiaban miradas de preocupación. María se llenó de tristeza. Necesitarían más que su palabra para hacerlos creer. Se necesitaría un cambio de corazón.



El día anterior a que María fuera a una boda en Caná, Judas subió corriendo la colina y entró a la casa.

—¡Viene Jesús! ¡Está llegando a la casa!

María corrió colina abajo para abrazarlo, llorando de alegría. Ni bien lo abrazó, se alarmó.

—¡Qué delgado estás! —dijo, afligida—. Y quemado. —Tocó su rostro bronceado por el sol y vio las marcas de las ampollas del calor cicatrizándose—. Vamos, tienes que comer y descansar.

Riendo, Jesús la levantó y la besó en las mejillas, mientras volvía a ponerla sobre sus pies.

—Mujer, ¿por qué siempre estás tratando de decirme qué hacer?

María rio con él y tomó su rostro bronceado en sus manos.

—¿No es así como una madre cuida a su hijo? —Fue entonces cuando vio que un grupo de hombres observaba el intercambio—. ¿Quiénes son esos hombres?

—Son mis amigos, madre.

Miró alrededor de Jesús y reconoció a dos de ellos.

—¡Santiago! ¡Juan! ¿Cómo está mi hermano Zebedeo? —Rápidamente se acercó a saludarlos.

—Está bien, María —dijo Juan, abrazándola.

—Pero enojado porque hemos dejado su casa para seguir a Jesús.

Miró a los demás y pensó que eran un grupo variado.

—Vengan. Tengo suficiente pan para todos, y mañana estamos invitados a una boda en Caná. Tus amigos son bienvenidos a asistir con nosotros. —Simón y Judas competían por recibir la atención de Jesús mientras todos subían juntos la colina.

Pasó la tarde llena de alegría, sirviendo a su hijo y a sus amigos. Santiago y José habían llegado temprano y le habían pedido a Jesús que saliera a hablar con ellos. Ella sabía que reprenderían a su hermano mayor por preocupar a la familia; también sabía que cualquier cosa que ella dijera no haría más que echar leña al fuego. Sin embargo, se paró en la puerta, esperando que su presencia apaciguara sus lenguas críticas. Su presencia no calmó la tensión, pero se sintió agradecida de que Jesús los escuchara mientras ellos expresaban sus quejas. Ella se había preocupado. Había dormido muy mal.

—Yo debo ir donde el Espíritu me guíe —dijo Jesús cuando le permitieron hablar.

El rostro de Santiago estaba tenso por la frustración.

—¿Y qué hay de nuestra madre?

Jesús apoyó una mano sobre el hombro de Santiago y sonrió con ternura.

—No he dejado sin sustento a nuestra madre. —María entendió, tan claramente como Santiago y José, que era el momento de que ellos ayudaran a mantenerla, que la responsabilidad completa no seguiría recayendo sobre los hombros de Jesús.

Se marcharon frustrados porque Jesús no dio explicaciones sobre su ausencia ni prometió cosas a futuro. Ella veía claramente el egoísmo que motivaba las exigencias que querían imponerle. Sin el hermano mayor que se ocupara de todo, sus vidas serían menos ordenadas, menos cómodas, menos egocéntricas. Además, María se daba cuenta de que evidenciaban molestos celos hacia Jesús por ser quien había capturado y mantenido el amor de ella. Quizás, efectivamente, ella prefiriera a Jesús antes que a sus otros hijos, pero ¿cómo podía no hacerlo, cuando era el hijo perfecto y los demás le causaban una infinidad de problemas y a menudo, aunque no fuera a propósito, herían sus sentimientos? Amaba a cada uno de sus hijos porque eran de su propia sangre. ¿Acaso nunca entenderían que Jesús era más que un hijo que ella había traído al mundo? ¿Continuarían viviendo en terca resistencia? ¿Cómo podía ser que estos desconocidos que habían venido a casa con Jesús lo vieran con más claridad que sus propios hermanos?

Y vaya si era un grupo variado: de edades, oficios, educación y regiones distintas. Simón Pedro, el pescador de barba entrecana, tenía más o menos la edad de María; mientras que Andrés, su hermano menor, parecía más un escriba que un obrero. Natanael, el callado, escuchaba cada palabra que decía Jesús sin hacer comentarios, mientras que Felipe hacía una pregunta tras otra sobre varios puntos de la ley.

Sin embargo, a diferencia de Santiago, José, Ana, Sara, Simón y Judas, estos hombres estaban absortos por cada palabra que Jesús decía, y sus ojos desbordaban esperanza.

Cuando se puso el sol, María encendió las lámparas y se fue contenta a dormir porque Jesús estaba en casa.

Y ahora todo estaría bien.



A la mañana siguiente, María, Jesús y sus amigos caminaron juntos hasta Caná. María anhelaba tener a Jesús para ella otra vez, aunque fuera solo por unos instantes. Pero él parecía resuelto a motivar a estos discípulos a que aprendieran lo que quería enseñarles. Quizás luego podría hablar a solas con él. Rozó con la mano el brazo de Jesús, contenta de que la túnica que había tejido durante su ausencia le quedara tan bien. La tarea había mantenido sus manos y su mente ocupadas durante los largos y confusos días en los que no sabía dónde estaba él.

Llegaron a tiempo para sumarse a la procesión que iba atravesando la pequeña aldea mientras llevaban a la novia a la casa de su esposo. Toda la aldea estaba presente, y había comida y bebida para todos. La música del arpa, la lira, la flauta y el tambor hicieron que muchos bailaran hasta altas horas de la noche.

María nunca había visto tantas personas en un banquete de bodas. Aunque de vez en cuando reponían la comida en la mesa, el vino comenzó a ser mucho menos abundante cuando los festejos se extendieron a dos, y luego a tres días. Al cuarto día, María oyó al pasar que la gente se quejaba en voz baja. Jacob, el novio, estaba tan embelesado con su flamante esposa que ni siquiera notaba las miradas cada vez más tensas de los sirvientes, quienes trataban de ocuparse de las necesidades de los invitados. Uno trató de captar la atención del administrador de la casa, pero no lo logró.

María se acercó al sirviente.

—¿Qué lo preocupa?

—Nos quedan esos cántaros con vino y luego no tendremos más.

—Quizás Jacob tenga vino guardado en su casa.

El sirviente negó con la cabeza.

Si el novio se quedaba sin vino antes de que finalizara el festejo de la boda, sería avergonzado delante de sus invitados. El pobre Jacob nunca se sobrepondría a semejante humillación.

—Venga. Hablaré con mi hijo. Él puede ayudarlo.

Cuando María se acercó, Jesús estaba enfrascado en una conversación con sus amigos. Ella entró en el círculo, se arrodilló frente a su hijo y habló en voz baja:

—Se quedaron sin vino.

—Eso no es nuestro problema —dijo Jesús, no de mala manera—. Todavía no ha llegado mi momento.

María ladeó la cabeza y lo miró a los ojos, suplicante. Él sabía tanto como ella que la falta de vino derramaría humillación sobre la cabeza del novio y que dañaría su reputación ante la comunidad. Ella sabía que Jesús no ignoraría la mala situación de este joven pariente, especialmente cuando había llegado a la fiesta acompañado de todos sus amigos, y ellos habían contribuido a la escasez de los víveres de Jacob. Con una sonrisa, tomó su mano y le dio un beso en la palma.

Luego se levantó, salió del círculo de discípulos de su hijo y habló con los sirvientes que esperaban nerviosos.

—Hagan lo que él les diga. —Después, se quedó a un costado y esperó la decisión de Jesús.

Jesús permaneció sentado y miró seis grandes vasijas de piedra de las que se usaban para el agua, puestas contra una pared. Ahora estaban vacías, pero las llenarían para la costumbre de la purificación.

—Llenen las tinajas con agua.

Perplejos, los sirvientes se miraron entre sí. María podía imaginarlos preguntándose qué iba a hacer, porque hasta el invitado más borracho notaría la diferencia entre agua y vino. Sin embargo, estaban tan desesperados que obedecieron a toda prisa. Corrieron una y otra vez entre el pozo comunal y las grandes vasijas de piedra, mientras Jesús volvía a prestarles atención a sus discípulos. Cuando finalmente llenaron las vasijas hasta el borde, los transpirados sirvientes volvieron prontamente a Jesús.

—Ahora saquen un poco —dijo Jesús— y llévenselo al maestro de ceremonias.

María siguió al sirviente, quien metió la jarra en el agua y se la llevó al maestro de ceremonias. Mientras la servía, el agua se volvió roja en la copa del hombre, y ella sintió una oleada de júbilo. Cuando el hombre lo bebió, su mirada se iluminó. María estaba lo suficientemente cerca para escuchar cuando él habló con el novio.

—Generalmente el anfitrión sirve el mejor vino primero, y una vez que todos han bebido bastante y ya no les importa, comienza a ofrecer el vino más barato. ¡Pero tú has guardado el mejor vino hasta ahora!

Riendo, llena de gozo, María se dio vuelta para mirar a su hijo y vio el asombro en los rostros de los discípulos. Entusiasmados, los sirvientes se movieron rápidamente entre los invitados, sirviendo el vino nuevo y difundiendo la noticia de lo que había hecho Jesús.

Y María observó todo con lágrimas de gozo corriendo por sus mejillas.

¡Ahora creerían! Todos los rumores que habían circulado sobre ella y José por fin terminarían, y sus hijos, hijas y amigos sabrían la verdad: Jesús era quien su pueblo había pedido a gritos durante siglos.

¡Jesús! ¡El que salvará a su pueblo! ¡Emanuel! ¡Dios con nosotros!

Pronto, ¡Israel sería libre!

Todos volvieron juntos desde Nazaret y fueron a la sinagoga para adorar al Señor. Jesús se sentó cerca del frente y sus discípulos lo rodearon. Con la garganta apretada por la emoción, María se inclinó hacia adelante para ver desde la galería de las mujeres, mientras leían la Torá y los hombres se ponían a hablar del significado de la ley de Moisés. Cuando Jesús se levantó se produjo un silencio, pues muchos ya se habían enterado de que había estado predicando a orillas del mar de Galilea. Y se rumoreaba que había convertido el agua en vino durante una boda en Caná.

El anciano rabino extendió la mano invitando a Jesús, quien se cubrió la cabeza con el manto de oración y subió a la plataforma. El rabino le entregó el rollo. Jesús lo desplegó y comenzó a leer:

—El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para llevar la Buena Noticia a los pobres.

El corazón de María dio un salto. Recordó las palabras de José cuando, juntos, solían maravillarse de cómo Jesús leía la Torá. «Su voz —decía José con lágrimas en los ojos—. Su voz no se parece a ninguna otra cuando lee la ley. No es que pasa por su lengua por haberla practicado durante años, sino que sale de su corazón».

Ahora, su amado Jesús estaba proclamando ante todos que él era el Ungido, ¡el Mesías tan esperado! María bajó la vista hacia sus otros hijos, sentados en la fila de la que había salido Jesús. Para su consternación, vio que caían sus hombros y bajaban la cabeza.

—Me ha enviado a proclamar que los cautivos serán liberados, que los ciegos verán, que los oprimidos serán puestos en libertad, y que ha llegado el tiempo del favor del Señor. —Jesús cerró el rollo y se lo devolvió al ayudante. Luego bajó de la plataforma y tomó su asiento otra vez. El silencio era ensordecedor, y todos los ojos estaban clavados en él. El corazón de María latía cada vez más rápido.

Jesús habló con autoridad y calma al silencio vibrante que lo rodeaba:

—¡La Escritura que acaban de oír se ha cumplido este mismo día!

Un hombre se levantó:

—¡Estas Escrituras son sobre el Mesías! ¡Está blasfemando!

María vio que el hombre a quien su hijo llamaba Pedro se puso de pie de un salto, con el rostro enrojecido.

—Si usted pregunta lo que él quiere decir, quizás… —Fue ahogado por las voces que se levantaron.

—Escuché que hizo milagros… convirtió el agua en vino… cuenta historias sobre semillas y gorriones… tiene una gran sabiduría…

—***¿De dónde surgen su sabiduría y sus milagros?*** **—se** burló un hombre desde las sombras—. ***Es solo el hijo de un carpintero. ¿Qué lo hace grandioso?***

María sintió que se le acaloraba el rostro, pues podía sentir las miradas de las mujeres a su alrededor mientras las palabras burlonas despertaban en las mentes de los nazarenos los repugnantes rumores sobre ella y José, y de cómo había sido concebido Jesús.

—No —dijo ella en voz baja—. No, no.

—Conocemos a María, su madre —agregó alguien.

—Y a sus hermanos: Santiago, José, Simón y Judas. —Sus mortificados hijos fueron señalados.

—¡Sus hermanas viven aquí mismo, entre nosotros! —gritó otro.

María miró hacia atrás y vio que Sara se sonrojaba y se cubría el rostro, mientras que Ana retrocedía hasta quedar cerca de la puerta que conducía a la salida de la sinagoga.

—No… no… no… —María sacudió la cabeza, sintiendo que la miraban con lástima y condenación.

Se apartó, solo para escuchar que una mujer murmuraba:

—Y yo que siempre pensé que Jesús era un muchacho agradable… tan bueno con su madre… Ella nunca superará la vergüenza de este día.

Jesús permaneció sentado.

—Un profeta recibe honra en todas partes menos en su propio pueblo.

—¡Ahora se autoproclama profeta! —gritó furioso un hombre.

Jesús miró en la fila a sus hermanos, que se encogían.

—Y entre su propia familia —agregó. Se puso de pie y enfrentó a sus acusadores: —Sin duda había muchas viudas necesitadas en Israel en el tiempo

de Elías, cuando los cielos se cerraron por tres años y medio y un hambre terrible devastó la tierra. Sin embargo, Elías no fue enviado a ninguna de ellas. En cambio, fue enviado a la viuda de Sarepta, a una extranjera en la tierra de Sidón. O piensen en el profeta Eliseo, quien sanó a Naamán, un sirio, en vez de a los muchos leprosos de Israel que necesitaban ayuda.

—¡¿Quién se cree que es para hablarnos de esta manera?!

—¡Es un blasfemo! ¡Apedréenlo!

—¡No! —gritó María al ver que los hombres le ponían las manos encima a su hijo, al ver que los discípulos entraban en la disputa. Apartó a empujones a las personas y bajó corriendo las escaleras—. ¡Suéltenlo! ¡Suelten a mi hijo! —Los hombres de la planta baja se levantaron y sacaron a empujones a Jesús y a sus discípulos de la sinagoga. María trató de llegar hasta él mientras la muchedumbre lo empujaba camino arriba hacia la cima de la colina sobre la que se erigía el pueblo—. ¡No! —gritó—. ¡No saben lo que están haciendo!

Un hombre la empujó hacia atrás y la hizo caer de rodillas, por lo que se raspó las manos contra el suelo pedregoso. Respirando con dificultad por el dolor, se levantó nuevamente y siguió aprisa detrás de la multitud. De repente, todos se detuvieron y un silencio extraño cayó sobre el gentío. Mientras Jesús caminaba en medio de ellos, cada uno se apartó de él como si unas manos invisibles los empujaran hacia atrás.

Jadeando y con las lágrimas bañando sus mejillas, María corrió hacia él y caminó a su lado, seguida por sus discípulos.

—Ábreles los ojos, Jesús. Haz que vean. Sé que puedes. ¡Haz que entiendan quién eres!

Se detuvo en los confines de la aldea, sobre el camino que descendía la colina hacia el mar de Galilea, y la miró.

—Han endurecido el corazón, madre.

—Entonces ablándalos. Por favor, Jesús. Por mí. —Jamás había visto tanta tristeza en sus ojos.

Él le sujetó la cara entre sus manos.

—Madre —dijo dulcemente—, Nazaret ya no es mi hogar.

Confundida, María lo miró a los ojos.

—Pero, Jesús, ¿cómo puedes decir eso? Yo estoy aquí. Tus hermanos y tus hermanas…

Jesús la atrajo hacia él y la abrazó fuertemente. Ella inhaló el olor de su hijo y lo rodeó con sus brazos como lo había hecho tantas veces en el pasado. Pero ahora algo era distinto. Se sentía envuelta por su amor, sostenida por él, y sin embargo notaba que estaba apartándose de ella. Lo abrazó más fuerte, pero él le retiró las manos de su espalda y dio un paso atrás. Habló con una voz tranquila:

—Cada uno debe elegir. —La miró a los ojos por un instante y luego dio la vuelta.

Cuando Jesús descendió por el camino, solo sus discípulos lo siguieron.



María reunió a sus hijos e hijas.

—Su hermano se ha ido de Nazaret y no regresará.

—Aún si Jesús quisiera volver, dudo que le permitieran volver a entrar en la sinagoga. —Santiago estaba decaído.

María sujetó la mano de Santiago y miró a los demás.

—Se fue por el camino que va al mar de Galilea. Creo que volverá a Capernaúm. Deberíamos ir allí.

—Podría ser una buena idea dejar Nazaret por unos días —dijo José solemnemente—. Y dejar que las cosas se tranquilicen otra vez.

—Y podemos hablar con Jesús —dijo Santiago.

—Mi esposo me necesita, madre —dijo Ana—. No puedo ir sin su permiso.

Sara parecía tan preocupada como su hermana.

—Después de lo que sucedió en la sinagoga, ¿cómo podríamos atrevernos a ir, cualquiera de nosotros?

María estaba anonadada por su deslealtad.

—¿Alguna vez te has enterado de que tu hermano haya mentido?

—No, madre. —Los ojos de Santiago se oscurecieron—. Pero hay que tener en cuenta que antes nunca dijo que él es Dios.

—Él *es* el Hijo de Dios. —Vio cómo sus hijos se quedaban mirándola. Volvió a contarles cómo el ángel del Señor había venido a visitarla. Les dijo cómo había concebido por medio del Espíritu Santo. Les dijo que el ángel se le había aparecido a su padre en un sueño, diciéndole que Jesús había sido concebido por el Espíritu Santo, y cómo él se casó con ella y la mantuvo virgen hasta después de que Jesús naciera en Belén. Les habló de la estrella sobre Belén, de la visita de los magos, del decreto del rey Herodes para matar a los niños. Cuando terminó, recorrió con su mirada todos los rostros y contuvo un sollozo—. ¿Por qué no me creen?

Santiago se inclinó hacia adelante y apretó fuertemente las manos entre sus rodillas, con el rostro demacrado y preocupado.

—Sabemos cómo se conciben los hijos, madre. Él es nuestro hermano y lo queremos.

—Ustedes piensan que estoy mintiendo. —Preferían las mentiras de los chismosos a la verdad que ella les decía.

—Pensamos que… —Santiago miró al resto y volvió a mirarla a los ojos— has sido engañada.

Se sintió indignada y dolida.

—¿Engañada? ¿Cómo? ¿Por quién? ¿Por su padre, José? Además de Jesús, ¿han conocido algún otro hombre tan justo y deseoso de agradar a Dios? Y piensen en Jesús. ¿Acaso no ha hecho siempre lo correcto, lo verdadero, lo noble y…?

Santiago bajó la cabeza.

—El solo hecho de que obedezca la ley no significa que sea Dios.

Ella se puso de pie. Estaba enojada, pero era más su miedo por ellos. ¿Qué sería de sus hijos si rechazaban al Mesías?

—Iremos a Capernaúm. Su hermano les aclarará las cosas.



Santiago y José se levantaron temprano una mañana para hablar con Jesús, pero les dijeron que Jesús ya se había ido a dar una de sus habituales caminatas a solas.

—Los hombres a los que él llama sus discípulos no quisieron decirnos a nosotros, sus hermanos, adónde fue. ¡Actúan como sus guardaespaldas! —se quejaron.

María esperaba que sus hijos e hijas reconocieran la verdadera identidad de Jesús cuando lo escucharan predicar. No obstante, se quedaron aún más confundidos por las parábolas de Jesús sobre el trigo y la maleza, las mejores perlas y las semillas de mostaza. Se ofendieron cuando Jesús no se apartó de los demás ni los trató con mayor consideración que al variado grupo que lo rodeaba día y noche. Nunca había tiempo para estar a solas con él porque había demasiada gente implorándole que le prestara atención. Además, tenían miedo de la llegada de los sacerdotes y los consternaba que Jesús recibiera a *todos*. ¡Incluso comía con prostitutas y con recaudadores de impuestos!

Al cabo de dos días, las hijas y los yernos de María se fueron, y se llevaron a Simón y a Judas de regreso a casa. Santiago y José se quedaron un día más, y después le rogaron a María que se fuera a casa con ellos.

—Él no te necesita, madre. Tiene una docena de hombres que lo siguen como ovejas perdidas. —Ella se sentía dividida entre Jesús y sus otros hijos y finalmente se dejó persuadir por sus argumentos.

La Pascua llegaría rápidamente y debía prepararse para la peregrinación anual a Jerusalén. Seguramente Jesús los acompañaría en el viaje a la Ciudad de David.

No fue sino hasta que la familia bajó desde Nazaret que se enteraron de que Jesús se había adelantado sin ellos.



—Tu hijo ya está en la ciudad —le dijo Abías a María cuando ella llegó a Jerusalén con su familia—. Ha estado enseñando en los corredores del templo. —El anciano tenía el ceño fruncido.

—Todos hablan de él —dijo Raquel, su esposa—. Parece que tiene seguidores.

Abías sacudió la cabeza.

—Los fariseos no están conformes con su enseñanza.

—Los nazarenos tampoco lo estaban —dijo José sombríamente.

—Escuché que sus discípulos no obedecen la antigua tradición.

—¿De qué manera? —dijo María.

—No realizan el lavado ceremonial de manos antes de comer. Fue por ese mismo asunto que los fariseos cuestionaron a Jesús, y él los llamó hipócritas.

María sintió que se le erizaban el cabello de la nuca.

—¿Hipócritas? —dijo débilmente, incapaz de imaginar a Jesús perdiendo la paciencia.

—Mi amigo me contó que les dijo sin rodeos que ellos honran a Dios con la boca, pero no con el corazón. Tu hijo les dijo que adoran en vano, porque enseñan las doctrinas y los preceptos de los hombres. —El rostro de Abías enrojecía cada vez más mientras hablaba—. Desde luego, al populacho común que lo sigue le encantó. —Miró amenazadoramente a María—. ¿De dónde sacó esas ideas tu hijo? ¡Deberías hablar con él y recordarle que le muestre el respeto debido a los hombres que llevan nuestros sacrificios ante Dios!

Tu hijo… tu hijo… María oía la acusación en la voz de su pariente. Sintió que el calor subía a su rostro. Seguramente había algún error. Jesús nunca había sido irrespetuoso con nadie.

—Si sigue así, ofenderá al rey Herodes y terminará como Juan el Bautista.

—Abías —dijo Raquel en voz baja.

María sintió que se le helaba la sangre.

—¿Qué quieres decir con que terminará como Juan? ¿Qué pasó? —Recorrió con la mirada los rostros de sus hijos y de los demás parientes. ¿Qué estaban ocultándole?—. ¿Santiago? ¿José?

Un músculo se puso tenso en la mejilla de Santiago.

—Fue decapitado.

María se llevó una mano a la garganta.

—¿Decapitado? —Lágrimas brotaron de sus ojos. Juan, el hijo milagroso de Zacarías y Elisabet, ¿había muerto? Juan, el bebé que había reconocido a Jesús desde el vientre, ¿estaba muerto?

—Era solo cuestión de tiempo —dijo Abías—. Ofendió a Herodes y a Herodías. No puedes gritar que el rey y su esposa son adúlteros y no esperar repercusiones. Dijo que no era legítimo que Herodes tuviera a Herodías, porque ella está casada con el hermano de Herodes, Felipe, y él aún está vivo.

Ella lo miró fijo.

—Pero eso es verdad. Todos saben que es cierto.

El rostro de él se puso rojo.

—Claro que es cierto, pero es ridículo proclamarlo. El rey Herodes hizo arrestar a Juan. Creo que solo quería mantenerlo alejado del pueblo por un tiempo, pero Herodías dio un banquete para el cumpleaños del rey. Herodes estaba borracho cuando la hija de Herodías danzó para él, y el rey le prometió cualquier cosa, hasta la mitad de su reino. Te imaginarás lo que pasó. Herodías cerró la trampa y le dijo a la joven que pidiera la cabeza de Juan en una bandeja de plata.

María lentamente sacudió la cabeza.

—No. ¡No! ¿Cómo puede ser?

Abías pareció consternado al ver cómo reaccionó María ante la noticia y se dio vuelta hacia sus hijos con un tono de acusación.

—¿Cómo es que su madre no estaba enterada de esto?

—No quisimos preocuparla —dijo José—. Juan fue arrestado en la época en que Jesús desapareció.

—¿Desapareció? —Desconcertado, Abías miró a los dos hijos mayores de María—. ¿Cuándo sucedió esto?

—Después de que bajó al Jordán y fue bautizado —dijo Santiago.

María apretó las manos sobre su regazo, luchando contra las emociones que amenazaban con ahogarla. Sus hijos debían pensar que era débil y que no podía soportar enterarse de lo que sucedía a su alrededor. ¿Qué otra cosa le estaban ocultando?

—Juan era un profeta de Dios —insistió ella.

—Eso dicen algunos —dijo Abías sardónicamente.

Ella levantó el mentón y miró a los hombres de su familia.

—Un profeta de Dios solo dice la verdad.

Santiago frunció el ceño.

—Y todos los profetas que lo hicieron murieron por eso.

Abías se inclinó.

—Tu hermano conseguirá que lo maten si insiste en ofender a todos.

Los ojos de María centellearon.

—Dios engendró a Jesús en mi vientre y lo hizo confiar en el Señor aun desde que tomaba pecho. Desde su concepción, Jesús estuvo consagrado al Señor. Únicamente puede hacer lo que Dios le dice que haga.

Abías y Raquel se quedaron mirándola boquiabiertos. Abías miró a Santiago.

—¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

—Ella lo cree —dijo Santiago, mirando de reojo a su madre y agachando la cabeza con vergüenza.

—Mujer —dijo Abías con lástima —, has perdido la razón si piensas que tu hijo, el muchacho que venía a Jerusalén todos los años y se sentaba a *mi* mesa, es el… el Mesías… —Se levantó y se alejó de ella como si estuviera contaminada.

María sintió la mano de Raquel sobre su espalda.

—María, María, mi querida amiga. Eres una buena mujer, pero ¿realmente crees que eres digna de ser escogida para tener al ungido de Dios? ¿Una mujer pobre de… Nazaret, cuyo marido era un humilde carpintero?

—Nuestro padre era del linaje de David —dijo Judas con su orgullo afectado.

—Igual que muchos otros hombres de una posición social más alta que tu padre —dijo Abías y levantó las manos—. No estamos hablando en contra de nuestro pariente. Era un buen hombre, devoto y fiel. ¿Pero para ser el padre del Mesías?

—Jesús no es el hijo de José.

—¡Madre! —dijo Santiago severamente, con los ojos negros de furia—. Todos en esta sala saben exactamente lo que pasó.

María sintió que la sangre subía repentinamente a sus mejillas. Los miró a todos.

—Dios mantendrá a salvo a Jesús. ¡Jesús no morirá! —¡Él era el Mesías! ¡Era el Ungido de Dios, el Prometido que salvaría a Israel! —La mano del Señor está sobre él.

Pero en sus ojos vio que no le creían y que, como consecuencia, tampoco creerían en Jesús.



María volvió desanimada a su casa en Nazaret. La tensión en la familia siguió aumentando durante la semana de la Pascua. Sus parientes presionaron a María y a sus hijos una y otra vez para que hablaran con Jesús antes de que sufriera algún daño. María tenía la clara sensación de que Abías estaba menos preocupado por el bienestar de su hijo que por la vergüenza que Jesús podía causarle a su familia.

Cuando Santiago y José le contaron que Jesús había vuelto a Capernaúm, no se sorprendió de que sus hijos quisieran ir a hablar con él. Sabía que temían por la vida de Jesús. Pero más aún temían ser excluidos de la sinagoga. El rabino había estado furioso desde la visita de Jesús y dicho abiertamente que cualquiera que creyera que Jesús era el Mesías sería expulsado de la congregación, así como lo había sido el hijo del carpintero.

—Iremos —dijo ella firmemente—. Iremos y hablaremos con Jesús, y entonces verán.

Pero cuando ella y sus hijos llegaron a Capernaúm, era tal la multitud que rodeaba la casa de Pedro que ni siquiera pudieron acercarse a la puerta. Santiago se abrió paso a empujones entre la gente.

—¡Déjennos pasar! ¡Ella es la madre de Jesús y nosotros sus hermanos!

Al escucharlo, las personas los tocaron y exclamaron cuán benditos eran. Sin embargo, no los dejaron acercarse más que a la puerta. Desde ahí podían escuchar a Jesús, pero no podían verlo. No pudieron pasar de allí.

Santiago le dijo al hombre que tenía enfrente que hiciera correr la palabra que la madre y los hermanos de Jesús habían venido a hablar con él. Pocos minutos después, María escuchó una voz que dijo en voz alta:

—Tu madre y tus hermanos están afuera y te llaman.

—¿Quién es mi madre? —Escuchó que decía Jesús—. ¿Quiénes son mis hermanos? Estos son mi madre y mis hermanos. Todo el que hace la voluntad de Dios es mi hermano y mi hermana y mi madre.

María sintió el calor que subía por sus mejillas cuando quienes los rodeaban los miraron a ella y a sus hijos y desviaron rápidamente la vista.

¡Tu hijo ya no te necesita y ahora te rechaza!

Mi hijo me ama. Ama a sus hermanos. ¡Él no nos rechazaría! ¡No lo haría!

El rostro de Santiago estaba rojo y furioso; el de José, pálido; los de Simón y de Judas, confundidos y dolidos. Santiago le habló al oído:

—Ya ves cómo es ahora, madre. Ahora que Jesús tiene seguidores no le importan los de su propia carne y sangre.

—Lo esperaremos.

—¿Por qué? —dijo José—. ¿Para sufrir más humillaciones?

Santiago la rodeó con el brazo como para protegerla de las miradas curiosas de la multitud.

—Nos vamos —susurró con aspereza.

Si discutía con sus hijos, causaría más trastornos. Los acompañó un trecho, y entonces se detuvo con firmeza

—¿Son tan soberbios como para creer que Jesús debe dejar lo que está haciendo en el mismo instante que nosotros aparecemos? —No reiteró que Jesús estaba haciendo la obra de Dios, pues eso solamente los enfadaría más.

—Vinimos porque lo amamos, ¡y mira cómo nos trata! —dijo Simón, con lágrimas cayendo por sus mejillas—. Vinimos porque no queremos que termine como Juan, con la cabeza en una bandeja.

María abrazó a sus hijos menores y alzó la vista hacia Santiago y José.

—Espérenlo. ¡Esperen! ¿Hicieron todo este camino para darle la espalda?

—Él nos dio la espalda a nosotros primero. —Santiago se dio vuelta, pero no antes de que María viera el brillo de las lágrimas en sus ojos.

María se negaba a dejarse persuadir por el dolor o la confusión. Conocía a Jesús mejor que ellos. ¿No había sido ella quien lo amamantó en su pecho y lo vio convertirse en un hombre? Incluso mientras se iba con ellos, trataba de hacerlos volver.

—Recuerden las parábolas que su hermano nos contó la última vez que vino a casa en Nazaret. Está enseñándole al pueblo acerca del reino de los cielos. Está definiendo a los hijos de Dios. Él no piensa como nosotros, hijos míos. Sus caminos no son como los de los hombres comunes. Sus caminos son superiores.

Mientras hablaba de su fe, llegó la seguridad y trajo consuelo.

—No está excluyéndonos, hijos míos; está *incluyendo* a todos los que se acercan a él para escuchar qué es lo que agrada a Dios. —Miró hacia atrás a los que estiraban el cuello para escuchar las palabras esperanzadoras de su hijo—. A quienes se dan cuenta de que necesitan a Dios: a los que son tiernos de corazón y a los humildes, a los enfermos, a quienes están tristes, a los que tienen hambre y sed de justicia… —Posó su mano sobre el hombro de Santiago para que se detuviera—. Tú lo conoces, Santiago. José. Simón. Judas. Ustedes lo *conocen*. ¿Realmente pueden decir de corazón que Jesús no tiene amor por ustedes?

No quisieron escucharla.

María anhelaba quedarse en Capernaúm, pero sabía que, si lo hacía, estos hijos de José sentirían que los había rechazado, así como estaban convencidos de que Jesús los había rechazado. Por eso, con el corazón encogido, caminó a casa con ellos. Cada paso que la alejaba de Jesús la hacía sentirse más sola.

«Cada uno debe elegir».

Las palabras resonaron en su mente y le causaron dolor en el corazón. Jesús sabía que lo amaba. Jesús sabía que ella creía que era el Mesías. Jesús entendería que no podía abandonar a sus otros hijos.

«Cada uno debe elegir».

Tenía que quedarse con ellos y hacerlos entender.

«Cada uno debe elegir».

Si dejaba a sus otros hijos, se enojarían, se sentirían dolidos y creerían que siempre había preferido a Jesús.

«Cada uno debe elegir».

Cuanto más se alejaba de Capernaúm y de Jesús, más suave le resultaba el eco de las palabras de su hijo… y más profundo el dolor de su corazón.



Su hermana, María, y Cleofas se detuvieron al pasar por la casa de María cuando salían de Nazaret.

—Lo hemos hablado durante meses y tomamos la decisión de cerrar nuestra casa y nuestro negocio para poder seguir a tu hijo.

Los ojos de María se llenaron de lágrimas. ¡Por fin su hermana y su marido creían! Pensaba que nunca llegaría ese día.

—Espera —dijo, y fue a toda prisa hacia la caja que contenía los últimos obsequios de los magos. María puso en una bolsa el incienso y las piezas de oro que quedaban y se las entregó a su hermana—. Para que Jesús lo use.

—¿Por qué no vienes con nosotros?

—Debo tratar de convencer a mis hijos e hijas.

Poco después, María fue una vez más con sus hijos e hijas a Jerusalén para la Pascua. Se sentó entre sus parientes incrédulos y escuchó los rumores de que el rey Herodes estaba buscando a Jesús porque pensaba que era Juan el Bautista que había revivido. En las altas esferas había un antagonismo cada vez mayor contra su hijo. Sabiamente, Jesús había cruzado el lago y estaba predicando en Genesaret y en la región que la rodeaba.

Cuando María regresó a Nazaret, se enteró de que Jesús se había marchado de la región de Galilea y se había ido a la región de Judá, más allá del Jordán. Escuchó rumores de que Jesús había ido a Tiro y a Sidón. Pero ¿por qué su hijo se quedaría entre los gentiles? Era Israel el que esperaba al Mesías.

Con cada día que pasaba, sentía que la distancia entre ella y Jesús era mayor, y que los corazones de sus hijos se endurecían más.

—Quiero ir adonde está Jesús —dijo María, llorando—. ¡Quiero ver a mi hijo! —Todos sus esfuerzos por salvar a estos tercos hijos suyos habían fracasado. Ella se sentía incapaz para cambiar su manera de pensar y su corazón; incapaz para guiarlos hacia la verdad que sabía: que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

Ay, Señor Dios de Israel, Dios de misericordia, ¿por qué son tan obstinados? No puedo hacer nada con ellos. Ay, Señor, los pongo en Tus manos poderosas. Ten piedad. Por favor, sé misericordioso.

—Trataste de verlo en Capernaúm, madre —argumentaron sus hijos—. ¿No te acuerdas de lo que sucedió? Tiene miles de seguidores que claman su nombre. Tiene su círculo íntimo de amigos. Es famoso en toda Judea. Ya no le importamos.

No sirvió de nada decir que Jesús los amaba. No sirvió de nada que les recordara todos los años que había trabajado para mantenerlos, que los había sentado sobre su regazo, que les había leído, que se había reído con ellos, o que les había enseñado. ¿Qué tendría que hacer Jesús para demostrar el amor que les tenía?

Pasó un año; luego otro, y María supo que se acercaba rápidamente el momento en que ella tendría que hacer lo que Jesús había dicho. Tendría que elegir. Y sabía que debía tomar la misma decisión que había tomado treinta y tres años atrás.

Debía decirle a Dios que sí y dejar de pensar en las consecuencias. Aunque significara renunciar a sus hijos.

SIETE

María viajó con sus hijos e hijas y sus familias a Jerusalén para la Pascua. Todas las personas con quienes se encontraban hablaban de Jesús y relataban las anécdotas de sus milagros y lo que predicaba. El año anterior, Jesús no había ido a Jerusalén para la Pascua, sino que había pasado la semana en el desierto con sus discípulos, después de alimentar a una multitud con cinco panes de cebada y dos peces.

—Rumores, no son más que rumores —dijo alguien cerca de ella.

—¡Les aseguro que este hombre es un profeta de Dios!

—Es mi hermano —dijo Simón con orgullo.

Los desconocidos se rieron de él.

—¡Tu hermano! —se burlaron—. ¿Por qué no lo sigues, entonces?

Luego de eso, sus hijos e hijas no hicieron ninguna otra declaración al respecto, pero hablaban mucho entre ellos, en voz baja, gravemente preocupados. Todas las personas con quienes se encontraban hablaban de Jesús, y todos tenían la esperanza de que «el nazareno» viniera este año a Jerusalén para poder verlo.

María estaba muy perturbada y ponderaba lo que escuchaba. ¿Qué exactamente esperaban estas personas de Jesús? Actuaban como niños que tocaban la flauta, esperando que Jesús bailara con su música. Solo hablaban de las señales y los milagros que su hijo realizaba, pero no retenían ninguna de las lecciones que les enseñaba. Estaban deseosos de ver que Jesús hiciera milagros, ávidos de comer el pan que no les costaba nada y esperando ver que sus enemigos fueran aplastados y humillados.

Su hijo no había nacido para hacer lo que querían los hombres, sino la voluntad de Dios.

¿Cómo lo haría Jesús? Se preguntaba María. ¿Cómo redimiría a este pueblo que quería que lo entretuvieran igual que el populacho romano? Si Jesús no hacía lo que deseaban o esperaban, se volverían en su contra.

María sintió que un escalofrío recorría su espalda. ¿Acaso los propios hermanos de Jesús no le habían dado la espalda cuando él no había hecho lo que esperaban o querían? ¿Podía esperar algo distinto de los desconocidos?

Cuando llegaron a las puertas de Jerusalén, María escuchó que alguien decía que el Nazareno estaba en Betfagé.

—Vayamos y reunámonos con él ahí —les dijo a sus hijos—. Busquemos a su hermano y quedémonos con él.

—Podría necesitarnos —dijo Santiago, que parecía tan preocupado como se sentía ella. Como cabeza de la familia, su opinión influía sobre los demás. Simón y Judas estaban alborotados por las historias sobre Jesús, ansiosos como cualquier otro por ver qué poder tenía, en lugar de escuchar la palabra del Señor y obedecerla.

Antes de que hubieran avanzado mucho, escucharon gritos: «¡Alaben a Dios por el Hijo de David! ¡Bendiciones al que viene en el nombre del Señor! ¡Alaben a Dios en el cielo más alto!».

El estruendo de las voces siguió aumentando hasta que fue ensordecedor. El corazón de María latía cada vez más rápido mientras avanzaba apresurada, sabiendo que estaban dándole a su hijo la bienvenida a Jerusalén. ¡Por fin había llegado el día en que Jesús sería proclamado el Mesías! Lo vio subir por el camino, rodeado por seguidores que agitaban ramas de palmeras y clamaban su nombre. Hombres y mujeres arrojaban sus mantos al suelo para que caminara encima de ellos. Otros arrancaban ramas de los árboles y las tendían sobre el camino.

Había tantas personas que María y sus hijos no pudieron acercarse.

«Es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea», decían los que la rodeaban.

«No es un profeta —quería gritar—. ¡Es el Hijo de Dios! ¡Es el Mesías!». Embargada por la emoción, María dejó a los demás y corrió al extremo más lejano de la multitud junto al camino, y gritó:

—¡Jesús! ¡Jesús!

Trató de seguirle el paso, pero lo perdió de vista cuando entró a la ciudad. La multitud la arrastró a través de las puertas, detrás de él.

—¡Madre! —gritó Santiago y avanzó a empujones entre la multitud hasta que llegó a ella. Protegiéndola con su brazo, la escoltó a un lado hasta que José, Simón, Judas y los demás los alcanzaron, y luego se sumaron a la multitud que seguía a Jesús.

—Está yendo al templo —dijo María sin aliento—. ¡Va a proclamarse a sí mismo! —A codazos y empujones, fue arrastrada por las calles de la ciudad. Casi habían llegado a las escalinatas del complejo del templo cuando oyó gritos y vio que los mercaderes ricos y los sacerdotes salían corriendo, cubriéndose la cabeza. Las palomas y las tórtolas volaron entre las columnas del templo y se perdieron en la ciudad. Las ovejas balaban y corrían entre el gentío. María creyó escuchar el eco de la voz de Jesús: «¡No conviertan la casa de mi Padre en un mercado!».

—¿Qué pasó? —gritaban las personas.

—¡Está volcando las mesas de los cambistas y de los que venden los sacrificios! —respondieron algunos, riendo.

—¡El nazareno está echando a los cambistas con un látigo!

El rostro de Santiago se puso pálido; el de José estaba tenso. Simón y Judas querían acercarse a ver. Las hijas de María y sus esposos parecían asustados por la aglomeración de gente que empujaba de todos lados para entrar al complejo del templo a ver qué sucedía.

—Si hay disturbios, vendrán los romanos —dijo Santiago—. Y entonces, ¿qué será de él?

María apenas escuchó. La semana de la Pascua había comenzado y el Señor había dicho que eliminaran toda la levadura de sus casas. Una vez, años atrás, Jesús había dicho que él tenía que estar en la casa de su Padre, el templo. Y ahora estaba allí, barriendo hacia afuera a los malvados.

—Todo estará bien ahora —dijo María, mientras lágrimas de gozo corrían por sus mejillas—. ¡El Día del Señor ha llegado!



Para cuando María y su familia llegaron al corredor del templo, Jesús se había ido. Todos lo buscaban.

—Volvió a Betfagé —dijo alguien. Otros dijeron que estaba yendo a Betania para quedarse con un hombre que él había resucitado de la muerte.

Exhausta, María fue a la casa de Abías y se quedó con sus parientes. Con lágrimas en los ojos, se sentó en silencio y escuchó las especulaciones ansiosas que hacían los demás sobre Jesús y lo que podía hacer a continuación. Se preguntaba dónde estaría Jesús, si él había logrado encontrar un lugar tranquilo para aclarar sus ideas, cuáles eran sus planes y cuánto tiempo pasaría hasta que pudiera reunirse con él. Cerrando los ojos, recordó las muchas Pascuas que ella y José habían pasado con Jesús. Una vez antes, había estado separada de su hijo.

Volvió a sentirse en paz, pues sabía que Jesús volvería a la ciudad por la mañana y que lo encontraría en el templo.



María estuvo todo el día sentada en el patio de las mujeres, esperando vislumbrar a su hijo. Oraba y observaba a hombres y mujeres que iban y venían, escuchando con claridad sus conversaciones exacerbadas.

—Los fariseos dicen que expulsa demonios por autoridad de Satanás, el que gobierna a los demonios.

—Pero el nazareno ha dicho que una casa dividida contra sí misma está condenada.

Los sacerdotes acechaban por los corredores, diciendo:

—¡Le pedimos una señal y él se atreve a llamarnos malvados y generación impía!

—¡María! —cuando se dio vuelta, vio que su hermana corría hacia ella con los brazos abiertos. Se abrazaron y rieron de alegría.

—Mi hijo —dijo María con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo está mi hijo?

—Ah, es maravilloso. Tienes que venir y escucharlo, María. ¿Tus hijos están aquí? ¿Y tus hijas?

Sus hijos habían ido al templo con ella esa mañana y la habían dejado en la entrada del patio de las mujeres, mientras iban a buscar a Jesús para hablar con él. Lo único que ella esperaba era que escucharan más que hablar.

—Ven —dijo su hermana y le rodeó la cintura con su brazo para acercarla a un grupo de mujeres—. Quiero que conozcas a mis hermanas. —Le presentó a María Magdalena, a María la madre de Santiago y José, así como a otras que habían seguido a Jesús desde Galilea. Cada una le contó cómo su hijo la había salvado. María Magdalena había estado poseída por demonios, mientras que otras habían

tenido enfermedades, habían estado ciegas o anímicamente desesperadas. María lloró con ellas, compartiendo el gozo que veía en sus rostros.

Sin duda alguna, Israel aceptaría a su hijo como lo habían hecho estas mujeres y los discípulos. El templo estaba lleno de personas que deseaban ver a la esperanza de Israel y escuchar la palabra del Señor. Israel se arrepentiría y se uniría, consagrándose al Dios de Abraham, Isaac y Jacob.

—¡Qué aflicción les espera, maestros de la ley religiosa y fariseos! ¡Hipócritas! —María se quedó paralizada al escuchar la ira en la voz de su hijo—. Pues le cierran la puerta del reino del cielo en la cara a la gente. Ustedes no entrarán ni tampoco dejan que los demás entren.

Escuchó alrededor de ella un clamor apagado de voces cuando Jesús caminó entre las columnas, con la indignación visible en su cuerpo y en su rostro.

—Estafan descaradamente a las viudas para apoderarse de sus propiedades, y luego pretenden ser piadosos haciendo largas oraciones en público. Por eso, serán castigados con más severidad.

El corazón de María latía con miedo, pues veía la rabia cada vez más marcada en los rostros de los hombres confrontados. Le gritaron, pero la voz de Jesús era más fuerte:

—¡Qué aflicción les espera, maestros de la ley religiosa y fariseos! ¡Hipócritas! Pues cruzan tierra y mar para ganar un solo seguidor, ¡y luego lo convierten en un hijo del infierno dos veces peor que ustedes mismos!

María vio a sus hijos con sus caras pálidas y tensas por el miedo. Temían lo que pudiera decir la gente. Lo notó en cómo miraban alrededor de ellos, y luego a ella, suplicantes. Casi podía escucharlos rogar: *«Haz algo, madre. Detenlo antes de que nos expulsen a todos del templo»*.

Sus propias mejillas se encendieron cuando Jesús gritó indignado contra la hipocresía de los sacerdotes y los ancianos. Todos sabían que lo que decía era cierto, pero nadie se atrevía a hablar del tema con tanta osadía. El corazón de María le martilleaba cuando se quedó mirando a Jesús, atravesando el corredor a zancadas. ¿Dónde estaba su hijo tranquilo, el que se sentaba a meditar en las Escrituras bajo el olivo del patio en Nazaret, el que se quedaba absorbiendo las lecturas de la Torá en la sinagoga, el que caminaba orando por las colinas de Galilea? Su cuerpo tembló al escuchar el poder que había en su voz, porque estaba segura de que si Jesús exigía que las piedras del templo se desplomaran, lo harían.

—Se cuidan de dar el diezmo sobre el más mínimo ingreso de sus jardines de hierbas, pero pasan por alto los aspectos más importantes de la ley: la justicia, la

misericordia y la fe.... ¡Guías ciegos! ¡Cuelan el agua para no tragarse por accidente un mosquito, pero se tragan un camello!

María nunca había visto enojado a Jesús, y tembló al ver su ira. Él estaba frente a los dirigentes, con la voz llena de autoridad, que recorrió los corredores hasta el corazón mismo del templo, aunque él no gritaba como ellos.

—¡Serpientes! ¡Hijos de víboras! ¿Cómo escaparán del juicio del infierno? Por lo tanto, les envío profetas, hombres sabios y maestros de la ley religiosa. A algunos los matarán crucificándolos, y a otros los azotarán con látigos en las sinagogas y los perseguirán de ciudad en ciudad. Como consecuencia, se les hará responsables del asesinato de toda la gente justa de todos los tiempos, desde el asesinato del justo Abel hasta el de Zacarías, hijo de Berequías, a quien mataron en el templo, entre el santuario y el altar. Les digo la verdad, ese juicio caerá sobre esta misma generación.

Jesús levantó la cabeza y lloró.

—¡Oh Jerusalén, Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas y apedrea a los mensajeros de Dios! Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina protege a sus pollitos debajo de sus alas, pero no me dejaste.

Una vez más enfrentó a los dirigentes, señalando a los escribas y a los fariseos vestidos de negro, con sus mantos de oración.

—Y ahora, mira, tu casa está abandonada y desolada. Pues te digo lo siguiente: no volverás a verme hasta que digas: ¡Bendiciones al que viene en el nombre del Señor!.

Jesús se dio vuelta y salió del templo a zancadas.

Por un momento hubo un silencio absoluto, como si toda la vida hubiera desaparecido con él. Y entonces se alzaron las voces airadas. Los hombres se gritaron unos a otros, empujándose, presionando. María vio que sus hijos se retiraron. Las mujeres con quienes había estado conversando se dispersaron, corriendo hacia las columnas y tratando de seguir a su Maestro.

María fue apartada, golpeada, empujada. Cuando logró llegar afuera, su hijo se había ido.



Sus hijos la rodearon cuando llegó a la casa de Abías, agotada y deprimida.

—No pude encontrarlo. Caminé de ida y vuelta a Betfagé, pero no pude encontrarlo.

—Si es sensato, se mantendrá oculto y se irá después de la Pascua —dijo Abías sombríamente—. Nada bueno puede resultar de lo que sucedió. Los principales sacerdotes y otros dirigentes del pueblo están en este mismo momento en el patio del sumo sacerdote, Caifás, hablando de Jesús.

—Creí que el pueblo haría una revuelta después de que Jesús habló contra los fariseos y los escribas —dijo José—. Todos gritaban, unos contra otros.

—¿Dónde podrá estar? —dijo María.

—Probablemente esté hospedándose con uno de sus amigos leprosos o alguna prostituta. Tu hijo parece preferir su compañía a la de su propia familia.

El rostro de Santiago se puso rojo.

—Y si viniera, ¿tú lo recibirías, Abías?

—¡Ahora no! Preferiría alojar a un escorpión antes que a él. ¡Ha ofendido a cada fariseo, saduceo y sacerdote de Jerusalén!

—Que el Señor abra tus ojos y tus oídos a la verdad. —María se cubrió el rostro con su manto de oración y lloró.



María durmió muy mal, soñando con Jesús en el templo. Lloraba y levantaba sus manos al cielo, mientras los hombres que lo rodeaban gritaban de ira. Se despertó con el corazón palpitando descontroladamente en su pecho. El cuarto estaba oscuro. Se levantó y fue a pararse afuera, preguntándose si solo había imaginado oír voces enfadadas a la distancia.

Todo estaba en silencio.

Sin embargo, la sensación de opresión aumentaba.

¿Dónde estaba su hijo? Sin duda, una madre sentía cuando algo terriblemente malo sucedía. Tenía miedo. *Oh, Señor, ¿por qué no me hablas como le hablabas a José?* Se tapó el rostro. ¿Quién era ella para exigirle cosas a Dios? Debería haberse ido con Jesús el día que se fue de Nazaret. Debería haber caminado por esa colina con él y nunca apartarse de su lado. Debería haber dejado en las manos de Dios a Santiago y a José, a Simón y a Judas, a sus hijas y a sus esposos, en lugar de tratar de convencerlos de que Jesús era el Mesías que tanto habían esperado.

Oh, Señor, que no sea demasiado tarde. Ayúdame a encontrarlo.

Se vistió rápidamente y salió. Se dirigió al templo y, a cada paso que daba, oraba a Dios que volviera a llevarla junto a su hijo. Cuando subió al monte del templo, un hombre pasó corriendo a su lado, llorando a gritos. Se dio vuelta bruscamente porque creyó reconocerlo. Era uno de los discípulos de Jesús.

«¡Judas! —gritó, volviéndose sobre sus pasos—. ¡Judas! ¿Dónde está mi hijo?».

Él huyó hacia la oscuridad.



María encontró a un hombre que dormitaba contra una de las enormes columnas del templo. Cuando le preguntó si sabía dónde estaba Jesús, el hombre bostezó y dijo:

—Anoche se lo llevaron del monte de los Olivos.

El corazón se le aceleró por el miedo.

—¿Quién se lo llevó?

—Todos subieron a buscarlo: los principales sacerdotes, las demás autoridades y una cohorte romana. Lo llevaron ante Caifás y brindaron testimonios contra él toda la noche. Hace un rato lo llevaron ante Poncio Pilato.

—Pero ¿por qué?

—Porque lo odian y quieren matarlo. —El hombre levantó la cabeza y sus ojos negros la atravesaron—. La ley exige que el hombre que blasfema sea apedreado hasta morir, ¿cierto? Y, como ya no tenemos autoridad para ejecutar a nuestros condenados, debemos suplicar a Roma el permiso para hacerlo.

María se apartó de él. Lo había visto anteriormente, pero ¿dónde? ¿Hacía cuánto tiempo?

Lentamente, el hombre se puso de pie, y el movimiento parecía el de una serpiente desenroscándose.

—Lo matarán, María.

María se quedó helada.

—No. —Ella retrocedió un poco más—. No, no lo harán. Él es el Ungido de Dios. Es el Mesías.

—Él es el gran Yo Soy —se burló el hombre oscuro—. Y va a morir.

—Los discípulos de Jesús lo apoyarán.

—¿Sus discípulos? —El hombre echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada; el sonido retumbó en el templo. La miró otra vez con una sonrisa salvaje—. Todos lo abandonaron. Todos salieron corriendo como conejos y se escondieron en sus madrigueras.

—No le creo. —Sacudió la cabeza, alejándose de él—. ¡No lo voy a creer!

—Jesús está solo. Ve a verlo tú misma. ***Ve a ver la obra de mis manos.***

Mientras huía, María escuchó su risa.



La multitud estaba reunida ante el asiento de juicio de Roma. María vio a los fariseos apiñados como cuervos negros cerca del frente, hablando entre ellos. Pilato estaba sentado en la silla del juicio y hablaba con uno de sus funcionarios. Hizo un gesto impaciente con la mano y las puertas se abrieron. María respiró hondo cuando vio que traían a rastras a su hijo y a otro hombre. El rostro de Jesús estaba golpeado y magullado, y su boca sangraba. Estaba de pie mirando a su pueblo, con las muñecas encadenadas como un criminal. Sollozando, María trató de abrirse paso hasta él, pero la empujaron hacia atrás.

—¡Jesús!

Pilato habló en voz alta a la multitud y explicó que la costumbre romana era mostrar clemencia a un prisionero que ellos escogieran durante la festividad.

—¿A quién quieren que ponga en libertad: a Barrabás o a Jesús, llamado el Mesías? —El guardia más cercano al gobernador se inclinó hacia él en señal de protesta, pues Barrabás era un zelote famoso y enemigo de Roma que había emboscado y masacrado a varios soldados romanos.

La multitud gritó:

—¡A Barrabás!

—¡A Jesús! —clamó María.

—¡Barrabás! ¡Barrabás! —gritaron otros.

—¡Jesús! ¡Jesús!

Un oficial se acercó a Pilato y le susurró algo al oído. El gobernador frunció el ceño profundamente y miró a Jesús.

Los principales sacerdotes y los ancianos se voltearon hacia la multitud y circularon entre ella.

—Jesús es un blasfemo. ¿Lo dejarán vivir? Ustedes saben lo que exige la ley, lo que demanda Dios.

—¡Barrabás!

Pilato le hizo un gesto al oficial para que se fuera y se levantó, extendiendo sus manos para que hicieran silencio.

—¿A cuál de estos dos quieren que deje en libertad?

—*¡A Barrabás!* —Querían violencia y derramamiento de sangre. Querían rebelión y odio contra Roma—. *¡Barrabás!*

Pilato extendió la mano hacia Jesús.

—Pero si suelto a Barrabás, ¿qué hago con Jesús, llamado el Mesías?

—¡Crucifícalo!

—¿Por qué? ¿Qué crimen ha cometido?

—¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

La multitud estaba convirtiéndose en una turba airada, y los soldados romanos se colocaron en posición, esperando la orden de Pilato para dispersarla. Pero no lo hizo. Llamó a uno de sus esclavos con un gesto, y este le trajo un recipiente con agua. Entonces el gobernador romano se lavó las manos, burlándose de la asamblea de judíos que hacían tantos esfuerzos por mantenerse limpios. Secándose las manos, gritó:

—Soy inocente de la sangre de este hombre. ¡La responsabilidad es de ustedes!

Y María escuchó que los que la rodeaban gritaban enfurecidos:

—¡Nos haremos responsables de su muerte, nosotros y nuestros hijos!

—¡No! ¡No hagan esto! —Sollozó María. Se estiró hacia Jesús mientras los guardias romanos se lo llevaban con violencia.



La multitud encolerizada dio vueltas esperando ver la crucifixión, y aclamaron cuando las puertas volvieron a abrirse y Jesús y otros dos fueron conducidos afuera por los guardias romanos. María sintió que se ponía pálida y que el pecho se le estrujaba por la angustia. Habían puesto una corona de espinas sobre la cabeza de Jesús, y la sangre se derramaba en riachuelos por su rostro. Su cara estaba cenicienta por el dolor; su espalda estaba encorvada bajo el peso de la cruz que arrastraba escaleras abajo.

—¡Blasfemo! —Las personas lo escupían mientras pasaba, sus rostros estaban desfigurados y grotescos a causa del odio—. ¡Blasfemo!

—¡Jesús! —gritó María y vio que su hijo ladeó ligeramente la cabeza. Él miró directamente hacia ella con ojos llenos de compasión y tristeza—. Jesús —Sollozó y trató nuevamente de acercarse a él, de lograr tocarlo a través del gentío. Él pasó a su lado; luego fue azotado por el guardia romano cuando se tropezó, cayó sobre una rodilla y luchó por volver a levantarse, abucheado por la turba ansiosa de verlo sufrir y morir.

—Esto no puede estar pasando —dijo María roncamente—. Esto no puede estar pasando… —Trató de caminar junto a él, empujando a la muchedumbre que se apiñaba a lo largo de la calle. Quería que su hijo supiera que ella estaba ahí, que lo amaba, que no lo abandonaría—. ¡Jesús! —gritó una y otra vez, sabiendo que él escucharía su voz.

Lo llevaron a las afueras de las murallas de Jerusalén a un lugar llamado Gólgota, cerca de la carretera principal, para que todos lo vieran. La colina tenía la forma de una calavera humana. Otro hombre había cargado sobre sus hombros la cruz de Jesús y lo empujaron a un lado cuando la dejó caer al suelo. Un guardia romano sujetó el hombro de Jesús y lo empujó al suelo. Otro se agachó y le ofreció algo para beber, pero Jesús volteó su rostro. Dos guardias le arrancaron la túnica y la arrojaron a un costado. Lo tomaron de los brazos y lo pusieron encima de la cruz, atando fuertemente sus brazos a las vigas con correas de cuero.

Uno de los otros dos hombres que estaban siendo ejecutados gritó cuando el guardia le atravesó las muñecas con los clavos.

—¡No quiero morir! —gritó el otro—. No quiero… —Forcejeó contra los guardias, luchando violentamente y gritando mientras lo clavaban a su cruz.

Temblando, María avanzó hacia el frente en medio del gentío, porque los que la rodeaban ahora estaban menos ansiosos por acercarse. Su corazón se agitó como un pájaro atrapado cuando vio que el guardia romano levantó un martillo al aire y lo dejó caer con fuerza. El cuerpo de Jesús se arqueó mientras gritaba y levantó los pies. Sollozante, María cayó de rodillas. Tres veces más el guardia martilló el clavo a través de la palma de la mano de Jesús y, en cada vez, el cuerpo de María se sacudió al oír los gritos de su hijo. Luego, el guardia pasó por encima de Jesús para amarrar su otra mano, mientras otro clavaba sus pies.

Usaron cuerdas y poleas para levantar la cruz. María sintió que se desmayaba al escuchar el golpe sordo cuando la cruz cayó dentro del hoyo. Clavaron pedazos de madera para acuñar la cruz en su lugar, y luego soltaron las cuerdas. Con cada movimiento, la agonía se acentuaba en el rostro de su hijo.

Y María no apartó sus ojos de él. Juntó las manos. *Oh, Señor, ahora vendrás y lo salvarás. No permitirás que muera. Es Tu Hijo. Es el Ungido. ¡Es nuestro Mesías!*

Un guardia romano apoyó una escalera contra la cruz de Jesús y subió para colgar un letrero que decía: «Jesús de Nazaret, el Rey de los judíos». Inmediatamente, los principales sacerdotes empezaron a gritar, furiosos:

—¡Quítalo! ¡Él no es nuestro rey! ¡Es un falso profeta!

—Fue colgado por orden de Poncio Pilato —dijo el guardia romano y desenfundó su espada cuando varios hombres comenzaron a subir la colina hacia la cruz. Retrocedieron.

La gran muchedumbre se dio vuelta para marcharse, las cabezas gachas. Pero muchos se quedaron para regodearse de lo que veían. Algunos insultaron a Jesús, meneando la cabeza.

—¿Y ahora? Puedes destruir el templo y volver a construirlo en tres días, ¿verdad? Bueno, entonces, si eres el Hijo de Dios, ¡sálvate a ti mismo y baja de la cruz!

—¡Salvó a otros, pero no puede salvarse a sí mismo! —gritó alguien, burlándose.

—¿Así que él es el rey de Israel? —gritó un sacerdote—. ¡Que baje de la cruz, y creeremos en él! —Metió las manos en su atuendo sacerdotal y lo miró fijo, con el rostro endurecido.

María se estremeció al escuchar la risa. Su ira de madre era tan feroz que los hubiera matado con sus propias manos si hubiera podido. Entonces miró a su hijo

a los ojos y sintió que la ira se disipaba, y la confusión y el dolor la llenaban hasta el borde como si ella fuera el vial de lágrimas alrededor del cuello de algún doliente.

Hasta uno de los hombres crucificados con Jesús lo insultaba.

Temblando de agonía, María no podía quitarle los ojos de encima a su hijo. Los ladrones crucificados discutían entre sí; luego, uno miró a Jesús y le rogó:

—Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino.

Jesús lo miró y sonrió.

—Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso.

María lloró en silencio; las lágrimas ardientes surcaban sus mejillas. Quería gritar furiosa contra aquellos que le habían hecho esto a su hijo. *Oh, Dios, ¿por qué? ¿Por qué?*

Los soldados se repartieron la ropa de Jesús y se pusieron en cuclillas para sortear la túnica que ella había tejido para su hijo.

Un murmullo atemorizado recorrió la multitud que todavía estaba reunida cuando la oscuridad cayó sobre la tierra.

—Dios mío —clamó Jesús en voz alta—, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

María se cubrió el rostro y su cuerpo se sacudía con sollozos desgarradores mientras su corazón gritaba la misma pregunta. *¿Por qué? ¿Por qué?* Durante toda su vida, Jesús había luchado y había triunfado sobre el pecado. Ella lo había visto pelear las batallas y ganarlas. Y ahora, durante la celebración más importante de su pueblo, la sangre de su hijo estaba siendo derramada como la de un cordero de Pascua.

—Este hombre está llamando a Elías —dijo un espectador.

Alguien corrió colina arriba con una esponja embebida en vino agrio. La subió con una caña para que Jesús pudiera beber.

—¡Veamos si Elías viene a salvarlo! —se burló otro.

Unas nubes negras se arremolinaron furiosamente y el viento se levantó. El sol se oscureció.

—María —escuchó que decía una voz suave y vacilante. Cuando levantó la mirada, vio a Juan, el hijo menor de Zebedeo, parado cerca de ella—. María —dijo nuevamente y se acercó más, rodeándola con el brazo. Cuando ella ocultó la cabeza en su hombro, él susurró quebrantado: —Lo lamento. —Él tomó aire entre sollozos mientras ella lo abrazaba. No podía condenarlo por haber huido, cuando ella misma se había mantenido tanto tiempo lejos de su hijo.

Con lágrimas que corrían por su rostro y el pecho agitado, Juan levantó la vista hacia Jesús.

—Apreciada mujer —dijo Jesús, mirándola—, ahí tienes a tu hijo. —Miró a Juan y su rostro se suavizó, aun en su agonía—. Ahí tienes a tu madre.

María entendió que estaba encomendándola al cuidado de Juan, en lugar del de sus hijos e hijas. Cuando Juan la rodeó con el brazo, ella apoyó su rostro sobre el pecho de Juan y lloró más fuerte.

—Padre —dijo Jesús, y María miró otra vez hacia arriba, esperando que el Señor en persona descendiera a bajar a Jesús de la cruz—. Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen—. Ella vio que le costaba mucho tomar aire y que su cuerpo bajaba un poco más—. ¡Todo está cumplido! —dijo él mientras su pecho subía y bajaba—. Padre, ¡encomiendo mi espíritu en tus manos! —Habiendo dicho esto, soltó el aliento en una larga, última exhalación, y su cuerpo se relajó.

María se quedó mirándolo fijo, incrédula y con el corazón destrozado; tenía la boca abierta en un gesto de negación silenciosa.

—No. No.

Juan la abrazó con fuerza.

La tierra tembló y las personas se dispersaron. El oficial romano que estaba a cargo de las ejecuciones miró a Jesús.

—¡Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios!

—Se terminó, madre —dijo Juan con voz entrecortada—. Vámonos de este lugar.

—No. No lo abandonaré.

—Entonces me quedaré contigo.

Los soldados se acercaron y quebraron las piernas del primer hombre y después del segundo. Sus gritos fueron breves y luego jadearon desesperados por

respirar. Murieron en pocos minutos porque no podían mantener sus cuerpos lo suficientemente erguidos como para llenar de aire sus pulmones.

—Este ya está muerto.

—Mejor asegurarse. —El guardia levantó su lanza y traspasó el costado de Jesús. Sangre y agua se derramaron—. Está muerto—. Desclavaron las cuñas y dejaron caer la cruz. Cuando estaban tironeando los clavos de sus pies y de sus manos, María se acercó.

Uno de los guardias se incorporó, con el martillo en la mano.

—¿Qué quieres?

—Mi hijo… mi hijo…

Con una expresión de disgusto, el hombre se apartó y fue a ayudar a bajar otra cruz.

María cayó de rodillas junto a Jesús y, tomando su cabeza, la apoyó sobre su regazo. Comenzó a llover, y ella acarició el rostro de su hijo, secando las gotas de lluvia. Cambiando de posición, se sentó y acercó más a su hijo, hasta que la mitad de su cuerpo quedó sobre su regazo, y lo acunó como cuando era niño.

—No —susurró, besando su frente—. Dios dijo que tú nos salvarías de nuestros pecados… —Dulcemente retiró el cabello de Jesús de su rostro y lo besó otra vez. Apoyó tiernamente su mano en la mejilla de su hijo y luego pasó la mano por encima de su brazo y la apoyó sobre su pecho, suplicando sentir su débil latido. No sintió nada. Mientras lo abrazaba, acunándolo todo el tiempo, notó que el calor de su cuerpo fue desvaneciéndose, hasta que se enfrió.

Y entonces lo supo. Su hijo estaba muerto.

Levantó la cabeza y gimió de dolor; luego lanzó un grito de desesperación por toda la humanidad. El Mesías había muerto y el mundo había quedado en la esclavitud.

Alrededor de María danzaban criaturas invisibles, regodeándose y pavoneándose orgullosas, mientras su amo reía sin parar.

¿No te dije que lo mataría? La tierra es mía ahora, y todo lo que hay en ella. ¡Yo he ganado! Contemplen mi poder. ¡Miren! ¡Yo he ganado!



María se sentó en la ladera enlodada, quitó con cuidado la corona de espinas y apoyó la cabeza de su hijo sobre su pecho. La lluvia caía como una cortina, empapándola.

—María —dijo Juan con voz amable—. José de Arimatea y Nicodemo están aquí.

—¿Quiénes? —dijo ella débilmente, alzando la vista hacia los dos hombres de ropas finas, respetuosamente parados a cierta distancia. Se veían como los hombres adinerados que eran miembros del Sanedrín. María apoyó su mano sobre el rostro frío de Jesús como si quisiera protegerlo de ellos.

Juan se arrodilló a su lado y la miró a los ojos con compasión.

—José ha recibido permiso de Pilato para llevarse el cuerpo de tu hijo y sepultarlo.

¿Sepultarlo? María acarició el rostro frío de Jesús. Juan apoyó sus manos sobre las de ella y María lo miró. El rostro de él estaba marcado por el dolor.

—Madre, pronto será el sabbat. Él necesita un lugar apropiado donde descansar. —Ella desvió la mirada hacia el cielo gris y a los pequeños grupos de personas que todavía estaban por ahí. Ya se habían llevado los cuerpos de los dos ladrones. Si ella no entregaba el cuerpo de su hijo ahora, no podría hacerse nada durante un día—. José de Arimatea ha ofrecido su propia tumba.

Miró a Jesús. La lluvia había enjuagado la sangre, dejando su rostro blanco como el mármol del templo. Inclinándose, María besó su rostro como lo hacía cuando era un bebé y dormía. Su cabello olía a perfume.

—Llévenselo —susurró y desplegó sus manos.

Nicodemo levantó el cuerpo lo suficiente para que José pudiera envolverlo con un lienzo limpio de lino. María, sentada en el barro, observaba. Juan puso sus brazos alrededor de ella y la ayudó a ponerse de pie.

—Vamos, madre —dijo tiernamente—. Te llevaré a casa conmigo ahora.

—¿Dónde está la tumba?

—En un jardín cerca de aquí. José dijo que está tallada en la roca. Es un bello lugar, con árboles de olivos y una cisterna. Allí, Jesús descansará en paz.

Varias mujeres se acercaron a reunirse con ellos y llorando abrazaron a María. Ella se sentía tan entumecida, tan despojada de toda emoción. No sabía qué decirles. Mientras Juan se la llevaba, vio a sus hijos, de pie, juntos. La miraron

avergonzados y afligidos. En sus miradas vio que esperaban que ella los rechazara, como ellos habían rechazado a Jesús.

—Ay —dijo ella y volvió a romper en llanto. Se acercó a ellos, entre sollozos, y abrazó y besó a cada uno.

—Vengan con nosotros —les dijo Juan, tomando el lugar que Jesús le había encargado junto a María—. Tengo una casa en la ciudad.

Mientras se marchaban juntos, María, con dolor, miró hacia atrás y vio que dos hombres a quienes no conocía se llevaban a su hijo a una tumba prestada.



María y sus acompañantes se reunieron con los discípulos en un aposento alto. La mayoría sentía demasiada vergüenza para mirar a María, pues todos habían huido y abandonado a Jesús. Las mujeres no estaban entre ellos.

—María Magdalena y la otra María están sentadas cerca de la tumba, esperando que pase el sabbat —dijo alguien.

—José de Arimatea y Nicodemo ya ungieron el cuerpo de Jesús con treinta y tres kilos de mirra y aloes y lo envolvieron con lino.

—Todos deberíamos irnos de la ciudad.

—Tiene razón. Los romanos nos buscarán.

—¿Por qué se molestarían en buscarnos? —dijo Pedro con el rostro angustiado—. Nosotros no somos una amenaza para nadie. Se terminó. Jesús está muerto. —Hundió la cara entre sus manos y rompió en llanto.

—No ha terminado —dijo María en voz baja. ¿Cómo podía haber terminado? Dios le había dicho que Jesús salvaría a su pueblo, que Jesús era el Mesías. Ella le creía. Por lo tanto, ¿cómo podía ser esto el fin?

Todos los hombres la miraron con lástima y apartaron la vista.

—No ha terminado —dijo ella nuevamente.

—Madre —dijo Juan dulcemente y la rodeó con un brazo.

No la harían callar.

—El ángel del Señor me visitó cuando era virgen y me dijo que el Espíritu Santo vendría sobre mí. Dijo que el poder del Altísimo me cubriría como una

sombra. Dijo que yo daría a luz a un hijo santo. Me dijo que tenía que llamarlo Jesús porque él salvaría a su pueblo.

Agacharon la cabeza.

—Dios dijo que Jesús salvaría a su pueblo de sus pecados —dijo ella, una vez más se desbordaron sus lágrimas—. *Dios dijo…*

No querían mirarla a los ojos. Ella sabía que pensaban que había perdido la razón por tanto dolor y que se aferraba a una esperanza a pesar de que todo parecía imposible. Pero cuando Dios hablaba, siempre cumplía su palabra.

—No puede haber terminado. —Su voz se quebró—. ¡Me niego a creer que se ha terminado! —Tragó un sollozo—. Dios… prometió… —Se cubrió el rostro y lloró.

Los hombres se quedaron callados durante unos minutos y luego volvieron a conversar entre ellos.

—Lo digo en serio, deberíamos irnos de Jerusalén.

—Sí, pero ¿cómo lo haremos sin que nos vean?

—¿Y qué si nos ven? —dijo Pedro con amarga angustia—. ¿Qué importa ahora? ¡Ya no importa nada!

María se levantó. Se dirigió a la parte de atrás del aposento alto, encendió una pequeña lámpara y se arrodilló para orar a Dios, quien le había prometido que esa salvación llegaría a través de su hijo Jesús.



A la mañana del tercer día, escucharon unas pisadas que subían corriendo las escaleras. Los hombres se movieron nerviosamente, mirándose asustados, sin saber qué hacer. La puerta se abrió de golpe y María de Magdala entró.

—¡He visto al Señor! ¡Está vivo! —Emocionada, se paró en medio del cuarto; su rostro estaba radiante y reía y lloraba de alegría, dándose vuelta y hablando tan precipitadamente que las palabras se le trababan.

—Fuimos a la tumba a llevar especias para la sepultura, y la piedra estaba corrida hacia un costado. Cuando entramos, Jesús no estaba.

—Mujer —dijo Pedro, levantando las manos para calmarla.

—Entramos en la tumba y vimos a dos hombres vestidos con unas túnicas resplandecientes. ¡Nos llenamos de miedo! Ellos nos dijeron: ¿Por qué buscan entre los muertos a alguien que está vivo? ¡Él no está aquí! ¡Ha resucitado! Recuerden lo que les dijo en Galilea, que el Hijo del Hombre debía ser traicionado y entregado en manos de hombres pecadores, y ser crucificado, y que resucitaría al tercer día. Y entonces nos acordamos de sus palabras. —Extendió las manos y se dio vuelta para mirarlos a todos—. Ustedes también las recuerdan, ¿verdad? Hablaban de eso porque no entendían.

María se puso de pie, sintiendo un cosquilleo en el cuerpo ante la verdad de las palabras de la joven.

—Él ha resucitado.

—¿Ves lo que hiciste? —le dijo uno de los hombres a María Magdalena.

—Está vivo, te digo. ¡Yo lo vi!

—¿Lo viste? ¿Cómo?

—Estaba llorando y él me habló. Me dijo: ¿Por qué lloras?. Pensé que era el que se había llevado al Señor y le pedí que me dijera dónde lo había puesto, para que pudiera ir a buscarlo. Entonces me dijo: ¡María!. Habría reconocido su voz en cualquier parte. Levanté la vista y ahí estaba. Me aferré a él. —Apretó sus manos contra su pecho—. No quería soltarlo, pero me dijo que dejara de aferrarme a él porque tenía que ascender a su Padre, a nuestro Señor y Dios.

—Ha perdido la razón por el dolor.

—María, has dado rienda suelta a tu imaginación. Solo porque quieras que Jesús esté vivo, no quiere decir que esté vivo.

María Magdalena los miró, frustrada.

—¿Cómo pueden no creer? Jesús les dijo que esto sucedería.

El discípulo Juan salió por la puerta y Pedro lo siguió de cerca.

—Que se vayan —dijo otro desoladamente.

María Magdalena se acercó a María y la miró a los ojos:

—Es verdad. Una vez él dijo que el Hijo del Hombre tendría que ser levantado sobre un madero, así como Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto.

María recordó lo que había sucedido en los tiempos de Moisés: por causa del pecado del pueblo, el Señor les mandó serpientes venenosas, y muchas personas fueron mordidas y murieron. Pero cuando las personas confesaron su pecado y le pidieron al Señor que las salvara, Él lo hizo. Dios le dijo a Moisés que hiciera una réplica de una serpiente venenosa y que la atara a la punta de un poste. Cada vez que alguno era mordido, si miraba a la serpiente de bronce ¡se recuperaba!

María Magdalena tomó las manos de María.

—Estábamos cerca del mar de Galilea, y Él dijo que Dios amó tanto al mundo que dio a Su único Hijo, para que todo el que crea en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna. —Sus dedos se estrecharon—. Ninguno de nosotros lo entendió. —La miró más intensamente—. Tu hijo está vivo, María. ¡Está vivo!

—Te creo. —Si tan solo hubiera sido ella quien lo había visto personalmente.



Pedro y Juan regresaron.

—Es verdad —dijo Juan con ojos resplandecientes.

Descartando lo que había dicho Juan, los discípulos miraron a Pedro en busca de una confirmación.

—Su cuerpo no está.

No sabían qué pensar, aún temerosos de lo que pudiera sucederles. Temían más a la muerte que a Dios; por eso, cerraron las puertas y las trabaron por dentro, pues estaban seguros de que el Concilio mandaría hombres a buscarlos y a detenerlos para interrogarlos.

Todos hablaban en voz baja, asustados, cuando una voz conocida habló con una pizca de buen humor.

—La paz sea con ustedes.

María levantó la cabeza. Su hijo estaba parado en medio de todos. Los hombres gritaron asustados y se postraron hasta el piso. Los otros hijos de María se quedaron mirándolo fijamente, con ojos asombrados y aterrados, y se cubrieron la cabeza. La garganta se le cerró en un sollozo mientras se ponía de pie.

—Jesús. —Corrió hacia él, dispuesta a abrazarlo como madre. Pero cuando la miró, sintió el impacto de la realidad de quién era Él. *Yo Soy El Que Soy* estaba

parado frente a ella. La espada de la verdad traspasó su alma, y María se detuvo. El hijo que había traído al mundo no le pertenecía. Ni le pertenecía a Israel.

Mucho tiempo atrás, la serpiente Satanás había engañado a los seres humanos para que desconfiaran de Dios y se rebelaran contra Él, y luego los mantuvo a todos sometidos por el miedo a la muerte.

María miró a los ojos a su hijo, quien había estado muerto, y vivía nuevamente.

Con lágrimas que corrían por sus mejillas y humildad de corazón, tomó las manos de Jesús y las besó, mientras recordaba las palabras del profeta Isaías, palabras que José les había leído en voz alta a ella y a sus hijos tantas veces anteriormente: *«Yo no los olvidaría a ustedes. Mira, he escrito tu nombre en las palmas de mis manos»*. Ahora veía que Jesús era la Palabra Viva. La plena consciencia de eso le atravesó el corazón. Aunque ella lo había llevado en su vientre, era el Hijo de Dios. Nunca había estado a sus órdenes. Jesús era el Hijo de Dios, el regalo de Dios para la salvación de Israel. «El Señor puso sobre Él los pecados de todos nosotros».

El sobrecogimiento de su primer encuentro con Dios vino sobre María otra vez. Su alma lo exaltaba. Su espíritu se regocijaba en Jesús, su Salvador. Durante toda su vida había luchado por hallar respuestas, por estar por encima de sus circunstancias, por obedecer a Dios y esperar —no siempre pacientemente— que Su plan se desarrollara, y ahora estaba llena de asombro por lo que Dios había hecho. Hizo duelo y fue consolada con la promesa de la vida eterna con Él. Tuvo hambre y sed de justicia, y ahora contemplaba al que juzgaría.

María cayó de rodillas ante Jesús e inclinó su cabeza hasta el piso.

—Mi Señor —dijo, completamente rendida—. Mi Señor y Dios.

OCHO

María estaba acostada en su lecho, meditando en los años transcurridos desde la última vez que había visto a Jesús. Juan estaba sentado cerca de ella, orando. Había otros presentes, justo al otro lado de la puerta de la casita que compartía con él en las afueras de Éfeso. Estaba preocupada por cómo lloraban.

—¿Juan?

Él se levantó, se acercó a ella y le tomó la mano.

—Sí, madre.

—¿Por qué lloran?

—Porque saben que tu tiempo con nosotros está llegando a su fin.

Ella suspiró.

—Me dan demasiada importancia.

—Porque eres la madre de nuestro Señor.

—¿Recuerdas los cuarenta días posteriores a la crucifixión? Jesús no me puso por encima de los demás. No me dio un lugar eminente entre sus seguidores. Diles eso.

—Les he dicho.

—Diles de nuevo, Juan. Todos estábamos juntos, compartiendo el pan con Él, mientras nos hablaba del reino de Dios. Yo le serví y toqué su mano y llené su copa con agua. —Sus pensamientos se distrajeron—. Ah, recuerdo su sonrisa. ¿Te acuerdas de su sonrisa, Juan?

Los ojos de Juan se humedecieron.

—Sí, madre.

—Ese día, cuando estábamos en el monte de los Olivos y todos lo vimos subir al cielo, creí que se me rompería el corazón. Lo extrañé desde el instante en que vi que era recibido en las nubes, y me pregunté cuánto tiempo pasaría hasta que volviera a ver su rostro. He anhelado tanto verlo una vez más.

—Todos nos sentimos así.

—Sí, y nos quedamos mirando a los cielos, a la espera y con la expectativa de que volviera enseguida.

—Hasta que vinieron los ángeles. —Juan cerró los ojos, sumándose a sus recuerdos—.

Dijeron: Hombres de Galilea, ¿por qué están aquí parados, mirando al cielo? Jesús fue tomado de entre ustedes y llevado al cielo, ¡pero un día volverá del cielo de la misma manera en que lo vieron irse.

María suspiró. Había acompañado a los seguidores de Jesús mientras atravesaban el corto trecho de vuelta a Jerusalén. Ella y sus hijos se quedaron con ellos y se reunieron continuamente con los hombres para orar, y esperaron y esperaron… María todavía esperaba. Ella y Juan oraban todos los días por el regreso de Jesús, para que Jesús los transformara en los instrumentos de fe que fueron creados para ser. Cada mañana, María se levantaba de su lecho con la idea de que ese podía ser el día esperado y que debía estar preparada. Pero sabía que Jesús volvería en el tiempo de Dios y no porque ella lo pidiera.

Sin embargo, Jesús estaba con ellos.

En el día de Pentecostés, siete semanas después de que Jesús se había levantado de la tumba, y mientras todos los que creían en él estaban reunidos, el Señor había derramado el Espíritu Santo sobre ellos. María recordaba aquel día tan claramente como si hubiera sido ayer, porque el Espíritu Santo seguía vivo dentro de ella como lo estaba dentro de cada creyente. El gozo de su salvación todavía la llenaba de júbilo, así como le había sucedido aquel día cuando salió corriendo con los demás a difundir la Buena Noticia por toda Jerusalén.

Y entonces, había llegado la persecución.

—Todos se han ido ya, ¿verdad, Juan? —Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar a todos los que habían muerto mientras Satanás procuraba extinguir el mensaje de la salvación por medio de Jesucristo. Casi podía ver sus rostros en su mente. El joven Esteban había sido el primero en morir, apedreado junto a la Puerta de Damasco. Luego siguieron otros.

Los apóstoles que ella conocía y amaba se dispersaron, llevando con ellos el mensaje del evangelio y esparciéndolo como semillas por todo el mundo. Y las semillas que sembraron habían echado raíces, pues había creyentes en Siria, Macedonia, Grecia y Roma.

Con el correr de los años llegaron noticias de cómo habían muerto los discípulos. Algunos fueron víctimas del escarnio y sajaron sus espaldas a latigazos. Otros fueron encadenados en calabozos. Algunos fueron aserrados a la mitad; otros murieron a espada. Pedro fue crucificado con la cabeza hacia abajo, cerca del obelisco de Roma; Pablo fue decapitado fuera de las murallas de la ciudad. Ninguno renunció a su fe.

Entre los martirizados estuvieron sus hijos.

Cuando se enteró de sus muertes, comprendió por qué Jesús la había puesto al cuidado de Juan. Jesús sabía lo que iba a suceder e hizo provisiones para ella, aun mientras estaba muriendo en la cruz. Cuando María pensaba en eso, aun ahora, se le cerraba la garganta. Desde el principio, Jesús había entregado su vida por los demás.

Juan la había traído a Éfeso durante los años de la persecución y, desde entonces, ella había vivido bajo su cuidado en las afueras de la ciudad de Satanás, diciéndoles a todos los que vivían a la sombra del templo de Artemisa que Jesucristo había muerto para salvarlos. Pablo había venido a ayudar a los efesios y luego les había escrito mientras viajaba. Su carta todavía se leía en las reuniones.

Satanás seguía librando la batalla contra la verdad, tratando de cerrar la mente de los hombres. Y seguiría siendo de esa manera. Cada día, la decisión era la misma: *¿Reinará Dios en mi vida, o triunfará mi deseo? ¿Le reclamaré cosas a Jesús y me desanimaré porque no vuelve a nosotros cuando lo llamo?*

Esperar era lo más difícil. La espera siempre había sido la lucha de María. Pero ahora era más madura. Estaba ansiosa; no impetuosa ni impaciente. Cada día era un fuego purificador. Cada día se preguntaba: ¿Obedecerás, cueste lo que cueste?

—Hoy digo que sí.

—¿Madre?

—Hoy digo que sí. Y hoy, y hoy, y hoy, hasta que no me queden más días.

Juan le apretó la mano.

—Cada día tiene su propio problema.

—Y el Señor nos ayudará a sobrellevarlo.

¿Cómo sucedió que Dios la escogió a ella, a una simple muchacha campesina, para que fuera su recipiente? El privilegio aún la estremecía. Jesús, nacido en la oscuridad, era la Luz del mundo. Él, el Pan de Vida, había conocido el hambre. El Agua de Vida había conocido la sed. Había sido malinterpretado, vendido por treinta piezas de plata, rechazado por todos y crucificado, y ahora estaba parado delante del trono de Dios mientras abogaba por todos los que creían en Él.

Recordó cómo oraba Jesús: incesantemente, en toda circunstancia, parado, sentado, acostado y yendo por el camino. Había orado, y ahora escuchaba las oraciones de ella, así como las de todos los que lo invocaban. Sin pecado alguno, había entregado su vida como ofrenda expiatoria por todos los pecados de la humanidad, incluso los de ella. Derrotando a la muerte, había resucitado de la tumba.

Ella había tenido esperanzas de que su hijo triunfara sobre los opresores de Israel. Había esperado que gobernara como rey. ¡Qué pequeños habían sido sus sueños! ¡Cuán grande y poderoso era el plan de Dios! Jesús estaba muy por encima de lo que esperaba el hombre. *¡Él es victorioso! ¡Él reina sobre todos los reyes! Él es la vida eterna, la santidad y la justicia de Dios. Él es el Hijo del Hombre, el Mesías, Dios en espíritu y en verdad.* Y había venido a salvar no solamente a Israel, sino también al mundo.

Oh, Jesús, mis pecados son muchos, como bien sabes. Estaba tan orgullosa de ti, tan orgullosa de la parte que me había tocado de traerte a este mundo. Estaba tan deseosa de verte gobernar el mundo como rey, con los hijos de José a tu lado… Y tú lo sabías, ¿cierto? Te presionaba y te empujaba para que lo hicieras, ¿verdad? No sabía que incluso yo podía ser usada por el diablo para tentarte. Yo misma, la elegida para ser tu madre, aumenté tus cargas. No entendía que habías venido para ser el sacrificio. Y te alabo por eso. Te alabo y te adoro por tu dulce misericordia y por tu compasión.

Oh, Señor Dios de mis padres, Abraham, Isaac y Jacob, fuiste tan bondadoso conmigo. Porque, ¿cómo podría haber vivido sabiendo que mi precioso bebé había nacido para ser clavado en una cruz? Estuve en Tu presencia durante treinta años. Contemplé Tu belleza, experimenté Tu amor y Tu misericordia, fui testigo de Tu fortaleza y de Tu rectitud, de Tu perfección y de Tu santidad. Yo vi el cumplimiento vivo de todas Tus promesas.

Señor, recién durante esos últimos tres años fue que empecé a ver lo que vendría. Y, aun así, no entendí. Mediante Tu muerte, eliminaste las barreras y podemos ir ante Ti y hablar contigo como Adán y Eva lo hicieron en el jardín

del Edén antes de que el pecado entrara en el mundo. El miedo a la muerte ya no nos aprisiona.

Sintió el cambio en su cuerpo.

—Pronto estaré con Él.

Juan se inclinó hacia adelante.

—Te extrañaré, madre, pero me alegraré de saber que estás con nuestro Señor Jesucristo.

María escuchó nuevamente los llantos al otro lado de la puerta. Profundamente afligida por eso, miró a Juan a los ojos.

—¿Han venido más?

Él asintió con la cabeza.

A través de los años, muchos habían ido a tocar el borde de su manto. Creían que, como ella era la madre de Jesús, tenía el poder de su hijo. Algunos incluso se habían postrado ante ella y le habían rogado que orara por ellos porque se sentían indignos de hacerlo personalmente. No era más digna que ellos. ¿Acaso no lo veían claramente? ¿No escuchaban el mensaje que se les había predicado?

Siempre los había corregido con firmeza y amor. «¿Acaso Jesús murió y resucitó de Su tumba para que ustedes pudieran venir a *mí* en busca de ayuda? ¡No se dejen engañar! ¡La salvación viene *del Señor*! ¡Jesús es el Salvador y el Señor! Jesús los ama. Él escucha sus oraciones. Confíen en Él».

Ahora sonreía con tristeza.

—Tal vez lo entiendan mejor cuando yo experimente el destino de cualquier ser humano. —Sintió el movimiento dentro de su cuerpo, el aflojamiento de lo que la ataba a esta tierra—. Cuando yo muera, Juan, entiérrenme donde nadie lo sepa. No dejes que hagan un santuario en mi honor. Es por medio de la gracia de Dios que somos salvos, por *Su* poder. Jesús murió por ellos para que fueran libres del pecado y de la muerte. Recuérdales que amen al Señor Dios por sobre todos los demás. Siempre fue de esa manera, desde el principio. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, toda tu mente, toda tu alma y todas tus fuerzas, y ámense unos a otros. Guarda puro el evangelio, hijo mío. Mantenlo puro.

—Lo haré, madre —dijo Juan. Le acarició la mano con ternura—. Les diré la verdad. Jesús es la Palabra, y la Palabra ya existía en el principio. Estaba con Dios y era Dios. Él existía en el principio con Dios. Dios creó todas las cosas por medio

de Él, y nada fue creado sin Él. La vida estaba en Él, y Su vida trajo luz a todos. La luz brilla en la oscuridad, y la oscuridad jamás podrá apagarla.

—Sí, hijo mío. Diles. Diles que… hagan lo que Jesús les diga.

Querido lector:

Usted acaba de leer la historia de María según la percepción de una autora. ¿Es esta la verdad completa sobre la historia? Jesús dijo que el que busca encuentra las respuestas que necesitamos para la vida. La mejor manera de descubrir la verdad es ¡que la busque usted mismo!

Esta sección «Busque y encuentre» está diseñada para ayudarlo a descubrir la historia de María según está registrada en la Biblia. Consiste en seis estudios cortos que usted puede hacer de forma individual o con un grupo pequeño.

Podría sorprenderlo descubrir que esta historia antigua tiene aplicaciones para su vida en la actualidad. No importa dónde viva ni en qué siglo, la Palabra de Dios es la verdad. Es tan relevante hoy como lo fue en el pasado. En ella encontramos un futuro y una esperanza.

Peggy Lynch

EL CONSENTIMIENTO

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Dios envió al ángel Gabriel a Nazaret, una aldea de Galilea, a una virgen llamada María. Ella estaba comprometida para casarse con un hombre llamado José, descendiente del rey David. Gabriel se le apareció y dijo: «¡Saludos, mujer favorecida! ¡El Señor está contigo!».

Confusa y perturbada, María trató de pensar lo que el ángel quería decir.

—No tengas miedo, María —le dijo el ángel—, ¡porque has hallado el favor de Dios! Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Él será muy grande y lo llamarán Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de su antepasado David. Y reinará sobre Israel para siempre; ¡su reino no tendrá fin!

—¿Pero cómo podrá suceder esto? —le preguntó María al ángel—. Soy virgen.

El ángel le contestó:

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por lo

tanto, el bebé que nacerá será santo y será llamado Hijo de Dios. [...]

María respondió:

—Soy la sierva del Señor. Que se cumpla todo lo que has dicho acerca de mí.

Y el ángel la dejó.

LUCAS 1:26-35, 38

Del pasaje anterior, ¿qué aprendemos acerca de María? (por ejemplo: que era de Galilea).

Según el saludo de Gabriel, ¿cuál era la actitud de Dios hacia María?

¿Cómo reaccionó María al saludo del ángel?

Gabriel tranquilizó a María y procedió a explicarle su misión. Enumere las cosas que le reveló a María sobre sí misma. Y, ¿qué le dice a María acerca del niño?

María le recuerda al ángel que ella es virgen y pregunta cómo podrá quedar embarazada. ¿Qué información adicional le da el ángel?

¿Cómo responde María?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Según el siguiente pasaje de la Escritura, Dios nos habla hoy por medio de Su Palabra escrita.

Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para enseñarnos lo que es verdad y para hacernos ver lo que está mal en nuestra vida. Nos corrige cuando estamos equivocados y nos enseña a hacer lo correcto. Dios la usa para preparar y capacitar a su pueblo para que haga toda buena obra.

2 TIMOTEO 3:16-17

¿De qué manera es útil para nosotros la Palabra de Dios?

María estaba sola y tranquila cuando Dios le habló. Hoy en día, Dios nos habla de maneras discretas y tranquilas, pero ¿estamos disponibles para escuchar? Enumere las cosas que podrían distraernos e impedir que lo escuchemos.

Cuando usted escucha la voz de Dios, ¿cómo reacciona?

Lea las palabras de Jesús en el siguiente pasaje de la Escritura:

Los que pertenecen a Dios escuchan con gusto las palabras de Dios, pero ustedes no las escuchan porque no pertenecen a Dios.

JUAN 8:47

¿Qué razón menciona Jesús por la que no escuchamos a Dios?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Pero los que no son espirituales no pueden recibir esas verdades de parte del Espíritu de Dios. Todo les suena ridículo y no pueden entenderlo, porque solo los que son espirituales pueden entender lo que el Espíritu quiere decir. Los que son espirituales pueden evaluar todas las cosas, pero ellos mismos no pueden ser evaluados por otros. Pues, «¿Quién puede reconocer los pensamientos del Señor? ¿Quién sabe lo suficiente para enseñarle a él?». Pero nosotros entendemos estas cosas porque tenemos la mente de Cristo.

1 CORINTIOS 2:14-16

¿Tiene usted la mente de Cristo?

LA CELEBRACIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

En esos días, Augusto, el emperador de Roma, decretó que se hiciera un censo en todo el Imperio romano. (Este fue el primer censo que se hizo cuando Cirenio era gobernador de Siria). Todos regresaron a los pueblos de sus antepasados a fin de inscribirse para el censo. Como José era descendiente del rey David, tuvo que ir a Belén de Judea, el antiguo hogar de David. Viajó hacia allí desde la aldea de Nazaret de Galilea. Llevó consigo a María, su prometida, quien estaba embarazada.

Mientras estaban allí, llegó el momento para que naciera el bebé. María dio a luz a su primer hijo varón. Lo envolvió en tiras de tela y lo acostó en un pesebre, porque no había alojamiento disponible para ellos.

Esa noche había unos pastores en los campos cercanos, que estaban cuidando sus rebaños de ovejas. De repente, apareció entre ellos un ángel del Señor, y el resplandor de la gloria del Señor los rodeó. Los pastores estaban aterrados, pero el ángel los tranquilizó. «No tengan miedo —dijo—. Les traigo buenas noticias que darán gran alegría a toda la gente. ¡El Salvador —sí, el Mesías, el Señor— ha nacido hoy en Belén, la ciudad de David! Y lo reconocerán por la siguiente señal: encontrarán a un niño envuelto en tiras de tela, acostado en un pesebre».

De pronto, se unió a ese ángel una inmensa multitud los —los ejércitos celestiales— que alababan a Dios y decían:

«Gloria a Dios en el cielo más alto

y paz en la tierra para aquellos en quienes Dios se complace».

Cuando los ángeles regresaron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: «¡Vayamos a Belén! Veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos anunció».

Fueron de prisa a la aldea y encontraron a María y a José. Y allí estaba el niño, acostado en el pesebre. Después de verlo, los pastores contaron a todos lo que había sucedido y lo que el ángel les había dicho acerca del niño. Todos los que escucharon el relato de los pastores quedaron asombrados, pero María guardaba todas estas cosas en el corazón y pensaba en ellas con frecuencia. Los pastores regresaron a sus rebaños, glorificando y alabando a Dios por lo que habían visto y oído. Todo sucedió tal como el ángel les había dicho.

LUCAS 2:1-20

¿Por qué estaban viajando María y José a Belén?

Cuando estaban en Belén, ¿qué le sucedió a María? ¿Qué detalles se dan?

Los ángeles visitaron a los pastores. ¿Qué señales recibieron los pastores acerca del acontecimiento? ¿Cuál fue su respuesta?

¿Cuál fue la reacción de María a la visita de los pastores?

Del pasaje anterior, enumere todas las evidencias de celebración.

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Aun los planes mejor trazados suelen salir mal. ¿Cómo lidia usted con los planes interrumpidos?

Comparta alguna ocasión en la que haya tenido que «arreglárselas» con sus circunstancias.

Lea el siguiente versículo:

Puedes hacer todos los planes que quieras, pero el propósito del Señor prevalecerá.

PROVERBIOS 19:21

¿Qué aprende de este versículo?

María encontró motivos para regocijarse y acontecimientos para atesorar, aun cuando las circunstancias no eran las que hubiera elegido. ¿Qué hace que usted atesore algo en su corazón?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Podemos hacer nuestros planes, pero el Señor determina nuestros pasos.

PROVERBIOS 16:9

El Señor dirige nuestros pasos, entonces, ¿por qué tratar de entender todo lo que pasa?

PROVERBIOS 20:24

Tu palabra es una lámpara que guía mis pies y una luz para mi camino.

SALMO 119:105

¿Tropieza usted con las interrupciones, o las atesora?

LA SUMISIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Unos sabios de Oriente llegaron en busca del bebé recién nacido. Siguiendo a una estrella, llegaron a Belén. Lea el siguiente pasaje sobre su llegada:

Cuando vieron la estrella, ¡se llenaron de alegría! Entraron en la casa y vieron al niño con su madre, María, y se inclinaron y lo adoraron. Luego abrieron sus cofres de tesoro y le dieron regalos de oro, incienso y mirra.

Cuando llegó el momento de irse, volvieron a su tierra por otro camino, ya que Dios les advirtió en un sueño que no regresaran a Herodes.

Después de que los sabios se fueron, un ángel del Señor se le apareció a José en un sueño. «¡Levántate! Huye a Egipto con el niño y su madre —dijo el ángel—. Quédate allí hasta que yo te diga que regreses, porque Herodes buscará al niño para matarlo».

Esa noche José salió para Egipto con el niño y con María, su madre, y se quedaron allí hasta la muerte de Herodes.[...]

Cuando Herodes murió, un ángel del Señor se le apareció en un sueño a José en Egipto. «¡Levántate! —dijo el ángel—. Lleva al niño y a su madre de regreso a la tierra de Israel, porque ya murieron los que trataban de matar al niño».

Entonces José se levantó y regresó a la tierra de Israel con Jesús y su madre.

MATEO 2:10-15, 19-21

Cuando llegan los magos, ¿qué hacen?

¿Qué regalos traen para el niño?

Después de que los magos se van, ¿a quién se le aparece el ángel? ¿Y por cuál medio?

¿Cuál es el mensaje del ángel?

¿Qué hace José, y cuándo?

Un tiempo después, el ángel volvió a aparecer. ¿Qué hecho provocó esta segunda aparición, y cuál fue el mensaje esta vez?

¿Cómo respondieron José y su esposa, María, en esta oportunidad?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

¿Cómo maneja usted el reconocimiento y los elogios de la gente que está cerca de usted?

¿Cómo reacciona ante los elogios de personas que no conoce bien?

Lea el siguiente pasaje bíblico:

No sean egoístas; no traten de impresionar a nadie. Sean humildes, es decir, considerando a los demás como mejores que ustedes. No se ocupen solo de sus propios intereses, sino también procuren interesarse en los demás.

FILIPENSES 2:3-4

Según los versículos anteriores, ¿cuál debería ser nuestra actitud?

Cuando recibió la orden de desarraigarse y mudarse, María cumplió sin reparos y obedeció. ¿Cómo lidia usted con los grandes cambios en su vida?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Confía en el Señor con todo tu corazón; no dependas de tu propio entendimiento. Busca su voluntad en todo lo que hagas, y él te mostrará cuál camino tomar.

PROVERBIOS 3:5-6

¿Confía usted en Dios y en el destino al cual Él pueda estar guiándolo?

LA PREOCUPACIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Cada año, los padres de Jesús iban a Jerusalén para el festival de la Pascua. Cuando Jesús tenía doce años, asistieron al festival como siempre. Una vez terminada la celebración, emprendieron el regreso a Nazaret, pero Jesús se quedó en Jerusalén. Al principio, sus padres no se dieron cuenta, porque creyeron que

estaba entre los otros viajeros; pero cuando se hizo de noche y no aparecía, comenzaron a buscarlo entre sus parientes y amigos.

Como no pudieron encontrarlo, regresaron a Jerusalén para buscarlo allí. Tres días después, por fin lo encontraron en el templo, sentado entre los maestros religiosos, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que oían quedaban asombrados de su entendimiento y de sus respuestas.

Sus padres no sabían qué pensar.

—Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? —le dijo su madre—. Tu padre y yo hemos estado desesperados buscándote por todas partes.

—¿Pero por qué tuvieron que buscarme? —les preguntó—. ¿No sabían que tengo que estar en la casa de mi Padre?

Pero ellos no entendieron lo que les quiso decir.

Luego regresó con sus padres a Nazaret, y vivió en obediencia a ellos. Y su madre guardó todas esas cosas en el corazón.

LUCAS 2:41-51

¿Qué evento anual llevó a la familia a Jerusalén?

¿Cuándo se fueron María y José de Jerusalén?

¿De qué cosa no estaban al tanto y por qué?

Describa su búsqueda.

Luego de encontrar a Jesús, ¿qué le dijo María a su hijo? ¿Qué le dijo su hijo a ella?

El relato dice que María y José no entendieron lo que Jesús les dijo. ¿Cuál fue la reacción de María a todo lo que sucedió?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Describa alguna ocasión durante su infancia en la que usted no estaba donde se suponía que debía estar. ¿Cómo se sintió?

¿Cómo reaccionaron sus padres?

¿Cuál fue su respuesta a la reacción de ellos?

Lea el siguiente pasaje:

Dios ha dicho: «Nunca te fallaré. Jamás te abandonaré». Así que podemos decir con toda confianza: «El Señor es quien me ayuda, por tanto, no temeré. ¿Qué me puede hacer un simple mortal?».

HEBREOS 13:5-6

Hay todo tipo de miedos. Los niños pueden tenerle miedo a sus padres cuando han sido desobedientes; los padres pueden temer por la seguridad de sus hijos, etcétera. ¿Qué seguridad tiene un hijo de Dios cuando se enfrenta a circunstancias que producen miedo?

AGUARDE Y REFLEXIONE

¡Tú guardarás en perfecta paz a todos los que confían en ti; a todos los que concentran en ti sus pensamientos! Confíen siempre en el Señor, porque el Señor Dios es la Roca eterna.

ISAÍAS 26:3-4

¿Dónde pone usted su confianza?

LOS CONFLICTOS

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Al día siguiente, se celebró una boda en la aldea de Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba presente, y también fueron invitados a la fiesta Jesús y sus discípulos. Durante la celebración, se acabó el vino, entonces la madre de Jesús le dijo:

—Se quedaron sin vino.

—Apreciada mujer, ese no es nuestro problema —respondió Jesús—. Todavía no ha llegado mi momento.

Sin embargo, su madre les dijo a los sirvientes: «Hagan lo que él les diga».

JUAN 2:1-5

Según este pasaje, ¿a qué evento estaba asistiendo María? ¿Quién más estaba allí?

En la boda, María se dio cuenta de que se había terminado el vino. ¿Qué hizo?

¿Cómo le responde Jesús?

¿Cómo lidia María con la respuesta de su hijo?

Lea acerca de otra ocasión:

Entonces la madre y los hermanos de Jesús vinieron a verlo, pero no pudieron acercarse a él debido a la cantidad de gente. Alguien le dijo a Jesús:

—Tu madre y tus hermanos están parados afuera y quieren verte.

Jesús respondió:

—Mi madre y mis hermanos son todos los que oyen la palabra de Dios y la obedecen.

LUCAS 8:19-21

A partir de este pasaje, ¿qué aprendemos sobre la relación entre María y Jesús?

¿Qué parece estar sucediendo en la relación que tenía ella con su primogénito?

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

Describa alguna ocasión en la que haya pasado vergüenza o haya avergonzado a algún integrante de su familia en un evento familiar.

¿Qué le hizo eso a su relación?

¿Cómo hace para ayudar a los familiares que cree que están en el margen de meterse en problemas?

Lea los siguientes pasajes:

Ayúdense a llevar los unos las cargas de los otros, y obedezcan de esa manera la ley de Cristo. Si te crees demasiado importante para ayudar a alguien, solo te engañas a ti mismo. No eres tan importante.

Presta mucha atención a tu propio trabajo, porque entonces obtendrás la satisfacción de haber hecho bien tu labor y no tendrás que compararte con nadie. Pues cada uno es responsable de su propia conducta.

GÁLATAS 6:2-5

No juzguen a los demás, y no serán juzgados. Pues serán tratados de la misma forma en que traten a los demás. El criterio que usen para juzgar a otros es el criterio con el que se les juzgará a ustedes.

MATEO 7:1-2

¿Qué aprendemos sobre las relaciones y la responsabilidad en los versículos anteriores?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Así que tengan cuidado de cómo viven. No vivan como necios sino como sabios. Saquen el mayor provecho de cada oportunidad en estos días malos. No actúen sin pensar, más bien procuren entender lo que el Señor quiere que hagan. […]

Es más, sométanse unos a otros por reverencia a Cristo.

EFESIOS 5:15-17, 21

En sus relaciones, ¿es usted desconsiderado o considerado?

LA CONFESIÓN

BUSQUE LA VERDAD EN LA PALABRA DE DIOS

Lea el siguiente pasaje:

Estaban de pie junto a la cruz la madre de Jesús, la hermana de su madre, María la esposa de Cleofas y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre al lado del discípulo que él amaba, le dijo: «Apreciada mujer, ahí tienes a tu hijo». Y al discípulo le dijo: «Ahí tienes a tu madre». Y, a partir de entonces, ese discípulo la llevó a vivir a su casa.

JUAN 19:25-27

De acuerdo con este pasaje, ¿dónde estaba María? ¿Quién estuvo con ella durante la crucifixión? ¿Quién faltaba?

¿Qué le dice Jesús a María?

¿Cómo hizo provisiones Jesús para ella?

Después de la muerte, la resurrección y la ascensión de Jesús, sus discípulos se reunieron en Jerusalén. Lea el siguiente pasaje:

Después los apóstoles regresaron del monte de los Olivos a Jerusalén, a un kilómetro de distancia. Cuando llegaron, subieron a la habitación de la planta alta de la casa donde se hospedaban.

Estos son los nombres de los que estaban presentes: Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago (hijo de Alfeo), Simón (el zelote) y Judas (hijo de Santiago). Todos se reunían y estaban constantemente unidos en oración junto con María la madre de Jesús, varias mujeres más y los hermanos de Jesús.

HECHOS 1:12-14

¿Dónde estaba María y qué estaba haciendo?

Además de los discípulos, ¿quién estaba con María esta vez?

Finalmente, María es recordada por su corazón obediente de sierva. En el Evangelio de Lucas, encontramos su cántico:

Oh, cuánto alaba mi alma al Señor.

¡Cuánto mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador!

Pues se fijó en su humilde sierva,

y de ahora en adelante todas las generaciones me llamarán bendita.

Pues el Poderoso es santo

y ha hecho grandes cosas por mí.

Él muestra su misericordia de generación en generación

a todos los que le temen.

¡Su brazo poderoso ha hecho cosas tremendas!

Dispersó a los orgullosos y a los altaneros.

A príncipes derrocó de sus tronos

y exaltó a los humildes.

Al hambriento llenó de cosas buenas

y a los ricos despidió con las manos vacías.

Ayudó a su siervo Israel

y no se olvidó de ser misericordioso.

Pues lo prometió a nuestros antepasados,

a Abraham y a sus descendientes para siempre.

LUCAS 1:46-55

Enumere los nombres y los atributos de Dios que encuentra en esta confesión de fe de María.

DESCUBRA LOS CAMINOS QUE DIOS TIENE PARA USTED

De todos los autores de los evangelios, Juan fue quien mejor conoció a María y, sin embargo, fue el que menos escribió sobre ella. Es en su Evangelio donde leemos las últimas palabras registradas de María: «Hagan lo que él [Jesús] les diga». Dado que María dijo que hiciéramos lo que Jesús nos dice, veamos qué tiene que decir Jesús en los siguientes pasajes:

Pues Dios amó tanto al mundo que dio a su único Hijo, para que todo el que crea en él no se

pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él.

No hay condenación para todo el que cree en él, pero todo el que no cree en él ya ha sido condenado por no haber creído en el único Hijo de Dios.

JUAN 3:16-18

Contraste las opciones que tiene ante usted.

¿Qué le ofrece Jesús?

No dejen que el corazón se les llene de angustia; confíen en Dios y confíen también en mí. En el hogar de mi Padre, hay lugar más que suficiente. Si no fuera así, ¿acaso les habría dicho que voy a prepararles un lugar? Cuando todo esté listo, volveré para llevarlos, para que siempre estén conmigo donde yo voy. Y ustedes conocen el camino que lleva adonde voy.

—No, Señor, no lo conocemos —dijo Tomás—. No tenemos ni idea de adónde vas, ¿cómo vamos a conocer el camino?

Jesús le contestó:

—Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie puede ir al Padre si no es por medio de mí. Si ustedes realmente me conocieran, también sabrían quién es mi Padre. De ahora en adelante, ya lo conocen y lo han visto.

JUAN 14:1-7

¿Cuáles son las instrucciones de Jesús? ¿Cuáles son sus promesas?

¿Quién es el único que nos salva?

AGUARDE Y REFLEXIONE

Lea las siguientes palabras de Jesús:

«¡Mira! Yo estoy a la puerta y llamo. Si oyes mi voz y abres la puerta, yo entraré y cenaremos juntos como amigos. Todos los que salgan vencedores se sentarán conmigo en mi trono, tal como yo salí vencedor y me senté con mi Padre en su trono.

»Todo el que tenga oídos para oír debe escuchar al Espíritu y entender lo que él dice a las iglesias».

APOCALIPSIS 3:20-22

¿Ha abierto usted la puerta?

LA GENEALOGÍA DE JESUCRISTO

El siguiente es un registro de los antepasados de Jesús el Mesías, descendiente de David y de Abraham:

Abraham fue el padre de Isaac.

Isaac fue el padre de Jacob.

Jacob fue el padre de Judá y de sus hermanos.

Judá fue el padre de Fares y de Zera (la madre fue **Tamar**).

Fares fue el padre de Hezrón.

Hezrón fue el padre de Ram.

Ram fue el padre de Aminadab.

Aminadab fue el padre de Naasón.

Naasón fue el padre de Salmón.

Salmón fue el padre de Booz (su madre fue **Rahab**).

Booz fue el padre de Obed (su madre fue **Rut**).

Obed fue el padre de Isaí.

Isaí fue el padre del rey David.

David fue el padre de Salomón (su madre fue **Betsabé**, la viuda de Urías).

Salomón fue el padre de Roboam.

Roboam fue el padre de Abías.

Abías fue el padre de Asa.

Asa fue el padre de Josafat.

Josafat fue el padre de Yoram.

Yoram fue el padre de Uzías.

Uzías fue el padre de Jotam.

Jotam fue el padre de Acaz.

Acaz fue el padre de Ezequías.

Ezequías fue el padre de Manasés.

Manasés fue el padre de Amón.

Amón fue el padre de Josías.

Josías fue el padre de Joaquín y de sus hermanos

(quienes nacieron en el tiempo del destierro a Babilonia).

Luego del destierro a Babilonia:

Joaquín fue el padre de Salatiel.

Salatiel fue el padre de Zorobabel.

Zorobabel fue el padre de Abiud.

Abiud fue el padre de Eliaquim.

Eliaquim fue el padre de Azor.

Azor fue el padre de Sadoc.

Sadoc fue el padre de Aquim.

Aquim fue el padre de Eliud.

Eliud fue el padre de Eleazar.

Eleazar fue el padre de Matán.

Matán fue el padre de Jacob.

Jacob fue el padre de José, esposo de María.

María fue la madre de Jesús, quien es llamado el Mesías.

MATEO 1:1-16